



BERTRAND
RUSSELL

PESADILLAS
DE PERSONAS
EMINENTES

FANTÁSTICAS
EDHASA

BERTRAND RUSSELL

Pesadillas
de
personas eminentes
y otras historias

ILUSTRADO POR CHARLES W. STEWART

EDHASA

Título original:
*Nightmares of Eminent Persons
and other Stories*
Traducción de Juan Gómez Casas

Primera edición: mayo de 1989

© George Allen & Unwin, 1954
© Edhasa, 1988
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Tel. 239 51 05*

ISBN: 84-350-1112-7
Depósito legal: B. 4.390-1989

Impreso por Romanya/Valls
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Impreso en España
Printed in Spain

Prefacio

Es justo advertir al lector de que no todas las historias de este volumen tienen como objetivo causar diversión. Entre las «Pesadillas», algunas son puramente fantásticas, mientras otras representan horrores posibles, aunque no probables. «Zahatopolk» pretende ser totalmente seria. La última historia, «Fe y montañas», puede parecerles fantástica a algunos lectores, pero, si es así, seguramente se trata de personas que han visto muy poco del mundo, como se desprende de lo siguiente:

«Movidos por el ejemplo de la coronación de la reina Isabel II de Inglaterra este año, la National Pickle Association [Asociación Nacional de Conservas] ha emprendido la busca de una muchacha americana que se llame Elizabeth Pickle, para que sea la gobernante del mundo de las conservas durante 1953. -El Peanut Journal and Nut World.» (Citado del Observer, 28 de junio de 1953.)

¡Le deseo mucho éxito a Elizabeth Pickle!

Introducción

Las siguientes «Pesadillas» pueden ser llamadas «Postes indicadores de la cordura». Toda pasión aislada es insana en su aislamiento; la cordura debe definirse como síntesis de enajenaciones. Toda pasión dominante engendra un temor, el temor de su no realización. Todo miedo dominante origina una pesadilla, a veces en forma de fanatismo consciente y explícito, a veces en forma de timidez paralizadora, otras veces, aun, canalizándose en terror inconsciente o subconsciente, cuya única expresión es el sueño.

Todo hombre que desee preservar su equilibrio mental en un mundo peligroso, debería convocar en su propia mente un Parlamento de temores en el que cada uno de éstos, en turno sucesivo, sería declarado absurdo por todos los demás. Los sujetos de las siguientes pesadillas no adoptaron esta técnica. Es de esperar que el lector se comportará con más sabiduría.



LA PESADILLA DE LA REINA DE SABA

No pongáis vuestra confianza en los príncipes

La reina de Saba, volviendo de una visita al rey Salomón, cabalgaba a través del desierto en un blanco jumento, acompañada por su gran visir, que montaba un asno de color más ordinario. Mientras avanzaban dejaba ella fluir sus recuerdos acerca de la riqueza y sabiduría de Salomón.

—Yo siempre he considerado —dijo la reina— que me conduzco magníficamente en lo que a real esplendor se refiere, y de antemano esperaba mantener mi preeminencia; pero cuando he visto sus dominios, el alma se me ha caído a los pies. Y, sin embargo, los tesoros de sus palacios no significan nada ante los tesoros de su mente. ¡Ah, mi querido visir, qué sabiduría, qué conocimiento de la vida, qué sagacidad despliega su palabra! Si tuvierais en todo vuestro cuerpo tanta sagacidad política como posee ese rey en su dedo meñique, no tendríamos dificultad alguna en mi reino. Pero no sólo en riqueza y sabiduría es incomparable. Es también un poeta supremo (aunque soy quizá la única privilegiada que conoce esto). Al separarnos me regaló un volumen enojado, escrito con su propia e inimitable escritura, en el que, en lenguaje de exquisita belleza, manifiesta la dicha que ha experimentado en mi compañía. Hay pasajes que exaltan algunos de mis más íntimos encantos, que no podría enseñarte sin enrojecer, pero hay fragmentos que debiera quizá leerte para entretener nuestras noches de viaje a través del desierto. En este exquisito volumen están no sólo sus propias palabras, tales que cualquier mujer desearía oír las de labios amorosos, sino que, además, por una imaginaria y quintaesenciada simpatía, me ha atribuido palabras poéticas que me habría hecho feliz haber proferido realmente. Estoy persuadida de que nunca volveré a hallar una unión tan perfecta, una armonía tan total, ni una penetración igual en los escondrijos del espíritu. Mis deberes públicos, ¡ay!, me obligan a volver a

mi reino, pero llevaré conmigo hasta el día de mi muerte la certeza de que existe en la Tierra un hombre digno de mi amor.

—Majestad —replicó el visir—, no entra en mi ánimo inocular la duda en vuestro real pecho, pero para todos aquellos que os sirven es increíble que, entre los hombres, pueda existir vuestro igual.

En este momento, emergiendo de las incipientes sombras, apareció a pie una figura de aspecto cansado.

—¿Quién puede ser éste? —dijo la reina.

—Algún mendigo, majestad —dijo el gran visir—. Os aconsejo encarecidamente que le evitéis.

Pero una cierta dignidad en el aspecto del desconocido que se aproximaba le pareció a la reina indicar algo más que simple condición de mendigo, y, pese a las protestas del gran visir, encaminó su jumento hacia el hombre.

—¿Quién sois? —dijo la reina.

La respuesta del desconocido esfumó inmediatamente los recelos del gran visir, pues aquél habló en el más pulido idioma de la corte de Saba:

—Majestad —dijo—, me llamo Belcebú, pero probablemente este nombre os resultará desconocido, pues rara vez me alejo del territorio de Canaán. Quién sois vos, lo sé. Y no sólo quién sois vos, sino de dónde venís, y los pensamientos que inspiran, a la puesta del sol, vuestras meditaciones. Sé que venís de visitar a ese sabio rey que es, desde hace largos años, íntimo amigo mío, aunque mi humilde apariencia parezca desmentir mis palabras. Estoy convencido de que os ha contado, en lo que le concierne, lo que él desea que conozcáis. Pero —aunque la hipótesis parezca temeraria— si deseáis saber de él algo más de lo que él mismo ha tenido a bien deciros, no tenéis más que preguntarme, pues no tiene secretos para mí.

—Me admiráis —dijo la reina—, pero veo que vuestra conversación será demasiado larga para ser mantenida convenientemente si vais a pie mientras yo cabalgo. Mi gran visir desmontará y os dará su jumento.

El gran visir obedeció de mal humor.

—Supongo —dijo la reina— que vuestras conversaciones con Salomón se referirán ante todo a los asuntos de gobierno y a cuestiones de profunda sabiduría. Yo, como reina no reputada de falta de sabiduría, conversé también con él sobre esos temas; pero una parte de nuestras charlas (de ello me ufano, al menos) reveló un aspecto de él menos conocido para vos que para mí, según imagino. Y algo de este desconocido aspecto lo expresa en un libro que me regaló en el momento de separarnos. Este libro contiene muchas bellezas; por ejemplo, una admirable descripción de la primavera.

—¡Ah! —dijo Belcebú—. ¿Y alude en esa descripción al canto de la tórtola?

—Sí, en efecto —dijo la reina—; pero ¿cómo lo adivinasteis?

—¡Oh!, es sencillo —replicó Belcebú—. Se siente orgulloso de haber observado la charla de la tórtola en la primavera y se complace en ponerlo de relieve siempre que puede.

—Algunos de sus cumplidos me agradaron especialmente —prosiguió la reina—. Había yo practicado el hebreo durante mi viaje a Jerusalén, pero no estaba segura de dominarlo debidamente. Por ello me sentí encantada cuando él dijo: «Habláis donosamente.»

—Muy amable por su parte —dijo Belcebú—, pero ¿acaso manifestó a la vez que las sienes de vuestra majestad se parecen a una porción de granada?

—Bueno —dijo la reina—, ¡esto va pareciendo raro! Lo dijo, en efecto, y me pareció más bien una singular observación. Pero ¿cómo pudisteis llegar a adivinarlo?

—¡Oh! —replicó Belcebú—. Ya sabéis que todos los grandes hombres tienen desviaciones mentales, y una de las de él es su peculiar interés por las granadas.

—Cierto es —dijo la reina— que algunas de sus comparaciones son un tanto

extrañas. Por ejemplo, dijo que mis ojos son como los estanques de pesca de Hesebón.

—Le he visto hacer comparaciones aún más extrañas —dijo Belcebú—. ¿Comparó alguna vez la nariz de vuestra majestad con la torre del Líbano?

—¡Oh Dios! —dijo la reina—. ¡Esto es demasiado! El hizo esa comparación, efectivamente. Pero vos me persuadís de que debéis tener una fuente de conocimientos mucho más íntima de lo que yo había imaginado.

—Majestad —replicó Belcebú—, temo que lo que he de decir pueda causaros algún dolor, pero el hecho es que algunas de sus mujeres fueron amigas mías, y a través de ellas he llegado a conocerle bien.

—Sí, pero ¿y en lo que se refiere a este poema de amor?

—Veréis... Cuando era joven y su padre vivía aún, tenía que tomarse más molestias. Por aquellos días amó a la virtuosa hija de un granjero, y sólo consiguió vencer sus escrúpulos por medio de su talento poético. Posteriormente llegó a considerar una lástima que ese don se malgastase, y dio una copia a cada una de las mujeres que se iban sucediendo. Ya veis: era esencialmente un coleccionista, como debéis haber comprobado cuando visitasteis su casa. Con su dilatada práctica hacía creer a cada mujer de turno que era la preferida en sus afectos. Y vos, querida señora, sois su último y más señalado triunfo.

—¡Oh el malvado! —dijo la reina—. Jamás volveré a ser engañada de nuevo por la perfidia del hombre. Jamás dejaré que el halago me ciegue nuevamente. ¡Y pensar que yo, considerada en mis dominios como la más prudente de las mujeres, debería permitirme semejante extravío!

—Oh, no, querida señora —dijo Belcebú—. No os dejéis abatir, pues Salomón es no sólo el hombre más sabio de sus dominios, sino el más sabio de todos los hombres, y continuará siéndolo a través de innumerables siglos. Haber sido engañada por él, apenas puede considerarse motivo de vergüenza.

—Quizá tenéis razón —dijo ella—. Pero curar la herida de mi orgullo exigirá tiempo.

—¡Oh dulce reina! —replicó Belcebú—. ¡Qué feliz me sentiría si pudiese yo acelerar la labor curativa del tiempo! Lejos de mí el deseo de imitar los artificios de ese pérfido monarca. De mí fluirán solamente palabras simples dictadas por sentimientos espontáneos del corazón. A vos, la sin par, la incomparable, la sin rival «joya del Sur», os daría —si me lo permitís— cualquier bálsamo correspondiente a una verdadera estimación de vuestro valor.

—Vuestras palabras son sedantes —replicó la reina—. Mas ¿cómo podéis rivalizar con su esplendor? ¿Tenéis un palacio comparable al suyo? ¿O una provisión semejante de piedras preciosas? ¿O vestiduras parecidas, de las que trasciende aroma de mirra y resina perfumada? Y, más importante aún que todo eso, ¿tenéis una sabiduría igual a la suya?

—Amable Saba —replicó él—. Puedo satisfaceros en todos los aspectos. Poseo un palacio mucho más grande que el de Salomón. Tengo una provisión mucho mayor de piedras preciosas. Mis vestiduras de gobierno son tan numerosas como las estrellas del cielo. Y en cuanto a sabiduría, no es rival para mí. Salomón se sorprende de que los ríos afluyan al mar y éste, no obstante, no se colme. Yo sé por qué acontece esto, y lo expondré para vuestra majestad en alguna larga noche de invierno. Pero para volver a un lapsus más grave, fue después de veros cuando dijo: «No hay nada nuevo bajo el sol.» ¿Podéis dudar de que en un pensamiento os estaba comparando desfavorablemente con la hija del granjero de su juventud? ¿Y puede ser tenido por sabio un hombre que, habiéndoo contemplado, no percibe de inmediato una nueva maravilla de belleza y majestad? ¡No! En competición de sabiduría, no tengo nada que temer de su parte.

Con una sonrisa integrada a medias por la resignación del pasado, y una nascente esperanza de un futuro más feliz, la reina volvió los ojos hacia Belcebú y dijo:

—Vuestras palabras son seductoras. He hecho un largo viaje desde mi reino hasta el de Salomón, y pienso haber visto todo lo notable de esta Tierra. Pero si decís verdad, vuestro reino, vuestro palacio y vuestra sabiduría sobrepasan los de Salomón. ¿Puedo ampliar mi viaje con una visita a vuestros dominios?

Él le devolvió la sonrisa con otra en la cual la presencia del amor llegaba apenas a ocultar la realidad del triunfo:

—Me resulta imposible imaginar mayor placer que el que me proporcionaríais permitiéndome colocar mis pobres riquezas a vuestros pies. Vayamos, mientras la noche es aún joven, aunque el camino es oscuro y difícil y está infestado de peligrosos ladrones. Para estar segura, debéis confiar completamente en mi dirección.

—Lo haré —dijo la reina—. Me habéis dado una nueva esperanza.

En ese momento llegaron ante una inmensa caverna, en la falda de la montaña. Llevando en alto una llameante antorcha, Belcebú los condujo a través de largos túneles y tortuosos pasajes. Finalmente, llegaron a un vasto vestíbulo alumbrado por innumerables lámparas. Las paredes y el techo resplandecían con piedras preciosas cuyos centelleantes planos reverberaban la luz de las lámparas. En solemne ubicación, trescientos tronos de plata se hallaban alineados junto a las paredes.

—Esto es verdaderamente espléndido —dijo la reina.

—¡Oh! —dijo Belcebú—. Ésta es tan sólo mi segunda sala de audiencias. Ahora veréis la cámara de la Presencia.

Abriendo una hasta entonces invisible puerta, la condujo a otro vestíbulo, más de dos veces el primero en cuanto a amplitud, más de dos veces más brillantemente iluminado, doblemente, o más, rico en ornamentación. A lo largo de tres paredes de este vestíbulo se hallaban dispuestos setecientos tronos de oro. Ante la cuarta pared había dos tronos hechos totalmente de piedras preciosas, diamantes, zafiros, rubíes, enormes perlas, unidos en un conjunto por medio de algún extraño artificio que la reina no pudo descifrar.

—Éste —dijo él— es mi gran vestíbulo. En cuanto a los dos tronos enjogados, uno es mío, el otro será vuestro.

—Pero —observó ella—, ¿quién ocupa los setecientos tronos de oro?

—Mirad —dijo él—. Esto lo sabréis a su debido tiempo.

Mientras hablaba, una majestuosa figura, casi tan espléndida como la reina de Saba, entró silenciosamente y ocupó el primero de los tronos áureos. Asombrada, la reina de Saba reconoció a la primera consorte de Salomón.

—No hubiese esperado hallarla aquí —dijo temblando ligeramente.

—Pues bien —dijo Belcebú—: ya veis que tengo poderes mágicos. Mientras os cortejaba a vos, he estado diciendo también a esta dama que Salomón no es realmente lo que parece. Ha escuchado mis palabras, igual que vos, y ha venido.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando otra dama, que la reina de Saba reconoció igualmente de cuando su visita al harén de Salomón, entró y ocupó el segundo trono de oro. Después llegó una tercera, una cuarta, una quinta, hasta que pareció que la procesión no terminaría nunca. Al fin, los setecientos tronos de oro quedaron ocupados.

—Debéis de estar interrogándoos —hizo notar Belcebú en tono almibarado— acerca de los trescientos tronos de plata. Todos ellos están ocupados, por ahora, por las trescientas concubinas de Salomón. El millar que forman las de este vestíbulo y las del otro han oído palabras mías semejantes a las que vos habéis oído; todas han quedado convencidas por mí, y todas están aquí.

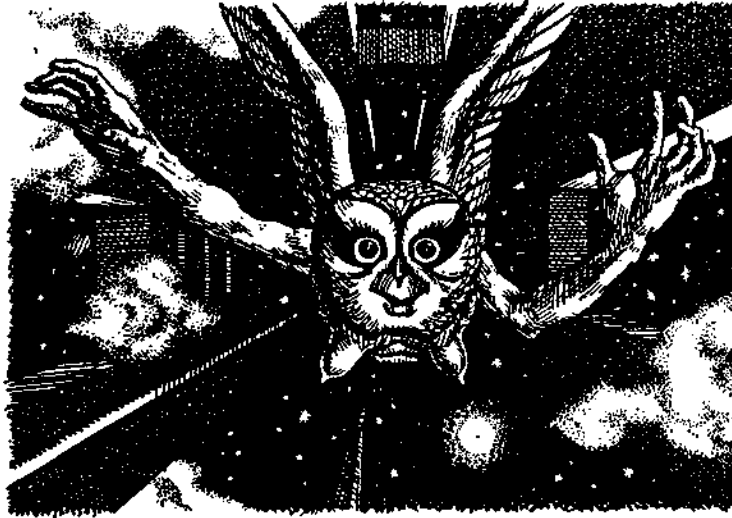
—¡Pérfido monstruo! —exclamó la reina—. ¿Cómo puedo haber sido tan necia como para dejarme engañar por segunda vez? En lo sucesivo reinaré sola, y ningún hombre volverá a tener la oportunidad de engañarme. ¡Adiós, infame demonio! Si alguna vez os aventuráis en mis dominios, sufriréis la suerte que vuestra villanía ha

merecido.

—No, mi buena señora —replicó Belcebú—, temo que no comprendéis correctamente la situación. Yo os indiqué el camino hasta aquí, pero sólo yo puedo hallar la salida hacia el exterior. Esta es la morada de la muerte y estáis aquí para toda la eternidad, si bien no por una eternidad a mi lado, en el trono de diamantes. Éste lo ocuparéis solamente hasta que seáis reemplazada por una reina aún más divina: la última reina de Egipto.

Estas palabras produjeron en ella tal tumulto de rabia y desesperación, que despertó.

—Temo —dijo el gran visir— que vuestra majestad haya tenido agitados sueños.



LA PESADILLA DEL SEÑOR BOWDLER

Felicidad familiar

El señor Bowdler, el muy meritorio autor del *Shakespeare de las familias*, obra que la más inocente señorita podría leer sin sonrojarse, jamás mostró en su estado de vigilia duda alguna en cuanto a la utilidad de su obra. Parece, sin embargo, que en algún lugar profundo del inconsciente de ese buen hombre debe haberse agazapado una diminuta voz, maligna y burlona. Llegado el domingo, acostumbraba el señor Bowdler dispensar a su familia, y a sí mismo en no menor grado, copiosas porciones de carne de cerdo. Iban éstas acompañadas de patatas hervidas y berzas, y seguía el *roly-poly pudding*¹. Para él, aunque no para el resto de la familia, había una moderada ración de cerveza. Tras esta comida solía hacer un breve paseo. Pero en una ocasión en que la nieve y el granizo caían pesadamente se permitió infringir su rutina habitual y tomarse un descanso en una silla, con un buen libro en las manos. Sin embargo, el buen libro no era interesante y el señor Bowdler se durmió. En un sueño se vio afligido por la siguiente pesadilla:

El señor Bowdler era considerado por todo el mundo, y aún es considerado por mucha gente, como un ejemplo de todas las virtudes, pero en una ocasión tuvo un temible motivo para dudar de si era, efectivamente, tal como sus vecinos le consideraban.

En su juventud escribió un ataque devastador contra Wilkes (de la Wilkes & Liberty), a quien consideraba, no sin que le asistiese parte de razón, un libertino. En aquella época, Wilkes había rebasado la primavera de su vida, y ya no era capaz de

¹ *Roly-poly pudding*, especie de empanada a base de jamón. (N. del t)

tomarse la venganza que hubiese sido natural en él en los años de su juventud. Dejó en su testamento una considerable cantidad de dinero al joven señor Spiffkins, con la exclusiva condición de atraer sobre la cabeza del señor Bowdler, con el mejor de sus artificios, un desastre total. Lamento decir que el señor Spiffkins aceptó sin la menor vacilación el inescrupuloso legado.

Al objeto de cumplir las exigencias testamentarias del señor Wilkes, Spiffkins visitó al señor Bowdler con el pretexto de aparente amistad. Encontró al señor Bowdler gozando al máximo de una perfecta felicidad familiar. Tenía un pequeño sobre cada una de sus rodillas y decía:

—Monta en los caballitos en Banbury Cross.

Entonces, otros dos niños empezaron a clamar:

—¡Ahora nosotros, papá!

Y ellos, a su vez, obtuvieron el oscilante éxtasis. La señora Bowdler, exuberante, amable y sonriente, observaba la feliz escena mientras se ocupaba activamente en la preparación del té.

El señor Spiffkins, con aquel tacto exquisito que indujo al señor Wilkes a seleccionarle, llevó la conversación hacia los temas literarios que sabía caros al señor Bowdler, y los principios que habían guiado a aquel caballero en su aspiración de hacer las obras de los grandes hombres, aptas para ser depositadas en manos de mujercitas. La mayor armonía reinó hasta que al final, cuando el té hubo terminado y la señora Bowdler aparecía a través de la puerta de la despensa fregando las tazas de té, el señor Spiffkins se levantó para marcharse. Mientras se despedía, hizo la siguiente observación.

—Querido señor Bowdler, estoy impresionado por la magnitud de sus goces familiares; pero habiendo estudiado todas las omisiones que usted ha hecho en los trabajos del bardo del Avon, me veo obligado a concluir que estos sonrientes infantes deben su existencia a la partenogénesis.

El señor Bowdler, rojo de ira, gritó:

—¡Fuera! —y cerró violentamente la puerta en las narices del señor Spiffkins.

Pero, ¡ay!, por desgracia, a pesar del tintineo de las tazas de té, la señora Bowdler había alcanzado a oír la temible palabra. No podía imaginar su significado; pero desde el momento en que lo ignoraba y su marido desaprobaba la palabra, no dudó de que no podía ser sino mala.

Era ésta una cuestión acerca de la que no podía interrogar a su marido. Él habría replicado simplemente: «Querida, significa algo sobre lo que las mujeres buenas no deben pensar.» Por esa razón, quedó entregada a sus propias especulaciones. Por supuesto, conocía todo acerca del Génesis, pero el significado de la primera mitad de la palabra permanecía oscuro para ella.

Un día, con gran atrevimiento, entró en la biblioteca de su marido mientras éste se hallaba fuera y, cogiendo el *Diccionario Clásico*, leyó cuanto éste tenía que decir acerca del Partenón. Sin embargo, la significación de esa extraña palabra se le escabulló. No había nada del Partenón en el Génesis, y nada del Génesis en el friso del Partenón.

Cuanto mayores eran los fracasos que coronaban sus investigaciones, más se sentía obsesionada por el problema. La casa, que había estado siempre impecable, llegó a estar desaseada. Se distraía, y un jueves, incluso, olvidó preparar los aperitivos para el té, cosa que no había olvidado ningún jueves desde el día feliz en que se unió al señor Bowdler en los sagrados vínculos del matrimonio.

Por fin, la cuestión llegó a tal extremo que el señor Bowdler consideró necesario recurrir a asistencia médica. El doctor hizo innumerables preguntas, golpeó ligeramente la frente de la señora Bowdler con un macito de madera, y, ligeramente, la sangró, pero todo resultó inútil. Al fin, el doctor dijo:

—Bien, querida señora: temo que no haya otro remedio para su dolencia que la *edax rerum* (nombre pedante con que denominaba al tiempo). Hemos de confiar en el tiempo, el gran sanador.

—Por favor, doctor, ¿dónde puede obtenerse el *edax rerum*?

—En todas partes —replicó el doctor.

Aunque la mujer no tenía gran fe en su sabiduría y como, después de todo, ella no le había revelado el origen de su mal, se dirigió a la botica de la familia y preguntó al dueño si podía proporcionarle el *edax rerum*. El farmacéutico enrojeció, tartamudeó y dijo:

—Señora, ésta no es cosa para ser propiamente deseada por verdaderas damas.

Ella se retiró confusa.

Frustrada en una dirección, su desesperado estado la impelió a realizar un intento en una nueva. Parte de las obligaciones de su marido consistían en leer libros de la clase que estaba interesado en suprimir, y, examinando las facturas de los libreros en su escritorio, se enteró del nombre y la dirección de uno de ellos que, a juzgar por las materias que procuraba al señor Bowdler, consideró ella, tendría probablemente literatura hasta sobre un tema tan espantoso como el que le interesaba. Cubierta con un tupido velo, se aventuró en su domicilio y dijo atrevidamente:

—Caballero, deseo un libro que me instruya sobre la partenogénesis.

—Señora —replicó él observando los encantos personales que el velo no acertaba a ocultar—. La partenogénesis es lo que usted no aprenderá si viene arriba, en mi compañía.

Horrorizada, espantada, la señora Bowdler huyó.

Le quedaba tan sólo una esperanza, que por sí implicaba una resolución desesperada y un valor de que casi dudaba ser poseedora. Recordaba que su marido, al objeto de completar el *Shakespeare de las familias*, aquel deleite para todo hogar decente, se había visto obligado a leer, por muy penosa que, sin duda, le resultaría la tarea, los trabajos sin expurgar de aquel lamentable autor de expeditiva lengua. Sabía que él poseía, tras las puertas cerradas con llave de cierto armario, un Shakespeare pre-bowdleriano, en el cual todos los pasajes que él, sabiamente, había considerado dignos de ser omitidos estaban subrayados, para facilitar el trabajo del impresor. «Sin duda —pensó—, donde tanto se ha omitido, encontraré con toda seguridad la palabra "partenogénesis" en algún pasaje subrayado, y no dudo que el contexto me indicará el significado de esta palabra.»

Un día en que su marido había sido invitado a hablar ante un congreso de libreros virtuosos, se deslizó en el estudio, encontró la llave de la cerrada estantería tras breve búsqueda en su escritorio, abrió las fatales puertas, y extrajo el viejísimo volumen con su espantable erudición. Repasó el volumen página tras página, pero en parte alguna encontró la palabra buscada. Encontró en cambio muchas cosas que no había buscado. Horrorizada, y sin embargo fascinada, repelida y absorbida a la vez, leyó y leyó, olvidada del paso del tiempo. Súbitamente, se dio cuenta que la puerta estaba abierta, y su marido permanecía de pie en el umbral. En tonos de horror, él exclamó:

—Santo Dios, María, ¿qué libro veo en tus manos? ¿Es que no sabes que el veneno destila de sus páginas y que el contagio de depravados pensamientos salta desde cada una de sus letras en la conciencia de las incautas mujeres? ¿Has olvidado que ha sido el trabajo de toda mi vida, precisamente, preservar al inocente de semejante polución? ¡Oh!, fracaso tan horrendo debía verme al encuentro en el mismo seno de mi propia familia.

Después de esto, el buen hombre rompió a llorar lágrimas de mortificación y dolor, sobre todo, y también de justo furor. Advertida de su pecado, la mujer arrojó el volumen huyó a su habitación, y prorrumpió en sollozos desgarradores.

Pero la penitencia resultó inútil. Había leído demasiado. No pudo olvidar

ninguna de las palabras leídas. Una y otra vez, de forma ininterrumpida, acudían a su cabeza vergonzosas palabras y espantosas imágenes de horribles deleites. Hora por hora, día a día, su obsesión creció cada vez más, hasta que por fin fue dominada por incontenible locura y tuvo que ser conducida a un manicomio, gritando obscenidades shakespearianas en plena calle, mientras se la llevaban. Cuando las terribles palabras de su mujer ya no se oyeron, el señor Bowdler cayó de rodillas, preguntando a su Hacedor por qué pecado era castigado de tal suerte. Contrariamente a lo que os ocurre a vosotros y a mí, fue incapaz de hallar la respuesta.



LA PESADILLA DEL PSICOANALISTA

Ajuste. Una fuga

El destino de los rebeldes es el de fundar nuevas ortodoxias. Cómo acontece esto en el psicoanálisis ha sido persuasivamente expuesto en el libro del doctor Robert Linner *Receta para, la rebelión*. Se supone que muchos psicoanalistas tienen sus secretas aflicciones. Hubo uno de éstos que, aunque ortodoxo cuando estaba despierto, fue asaltado durante el sueño por la siguiente y muy turbadora pesadilla:

En el vestíbulo del Rotary Club¹ del Limbo, presidido desde lugar preeminente por una estatua de Shakespeare, el Comité de los Seis estaba celebrando su reunión anual. El comité estaba así constituido: Hamlet, Lear, Macbeth, Otelo, Antonio y Romeo. Estos seis, mientras aún vivían en la Tierra, habían sido psicoanalizados por el médico de Macbeth, doctor Bombasticus. Macbeth, antes de que el doctor le enseñara a hablar el inglés corriente, había preguntado en el estilo pomposo que se empleaba en aquellos días: —¿No podéis procurar remedio a una mente enferma?

—Sí, por supuesto, puedo hacerlo. Tan sólo es preciso que os echéis en mi sofá y habléis, y yo os oiré a razón de una guinea por minuto.

Macbeth accedió inmediatamente, y los otros cinco accedieron en ocasiones diferentes.

Macbeth dijo cómo una vez tuvo veleidades homicidas, y cómo vio en un largo

¹ Rotary Clubs, asociaciones que forman parte de una amplia organización mundial, con numerosas ramificaciones, para prestar servicios a la Humanidad. Originariamente, los clubs tomaron el nombre de la peculiar organización que los caracterizaba, en virtud de la cual, sucesivamente o por el sistema de *rotación*, celebraban solemnidades o desarrollaban actividades específicas. (*N. del t*)

sueño todo lo que relata Shakespeare. Afortunadamente, encontró a tiempo al doctor y éste le explicó que veía a Duncan como un padre arquetípico y a lady Macbeth como una madre de igual índole. Con alguna dificultad, el doctor le persuadió de que, en realidad, Duncan no era su padre, y de ese modo llegó a ser un súbdito leal. Malcolm y Donalbain murieron jóvenes, y Macbeth alcanzó la sucesión debidamente. Permaneció fiel a lady Macbeth, y ambos emplearon sus días en buenas obras. Él impulsó la institución de los niños exploradores, y ella abrió bazares. Él vivió hasta una edad muy avanzada respetado por todos, excepción hecha del portero.

En este momento, la estatua, que llevaba un gramófono en su interior, hizo la siguiente observación: «Nuestros días idos han iluminado el camino de los necios hacia una muerte polvorienta.»

Macbeth se sobresaltó y dijo:

—Condenada estatua, este individuo Shakespeare escribió contra mí una obra sumamente calumniosa. Me conoció tan sólo cuando yo era joven, antes de mi encuentro con el doctor Bombasticus, y dejó correr desordenadamente su imaginación sobre todos los crímenes que pensó que yo cometería. No sé cómo la gente se obstina en seguir honrándole. Apenas hay una persona en sus comedias que no resulte apropiada para el doctor Bombasticus. —Volviéndose hacia Lear, agregó:— ¿No estás de acuerdo, viejo amigo?

Lear era un individuo apacible, no muy dado a la charla. Aunque era viejo, iba artísticamente peinado y sus ropas estaban muy cuidadas. La mayor parte del tiempo parecía estar un tanto somnoliento, pero la pregunta de Macbeth le alertó.

—Sí; ciertamente, convengo en ello.

—Usted sabe bien que en una ocasión llegó a obsesionarme una fobia dirigida contra mis queridas hijas Regan y Goneril. Imaginé que me perseguían y estaban actualizando el rito canibalesco de devorar a los padres. Esto último lo comprendí después de que el doctor Bombasticus me lo hubo explicado. Me alarmé tanto que me precipité fuera, de noche, bajo la tormenta, y me empapé completamente. Cogí un enfriamiento, que me produjo fiebre, e imaginé, sucesivamente, que un banco próximo era Goneril, y luego Regan. Mi bufón me hizo empeorar aún, y también la proximidad de cierto loco que, desnudo, mantenía una creencia en el retorno a la naturaleza, y hablaba siempre de cuestiones irrelevantes tales como «Pillicock» y «Child Rowland». Por fortuna, mi locura fue tal que hizo necesario demandar los servicios del doctor Bombasticus. Me persuadió pronto de que Regan y Goneril eran justamente tan afectuosas como yo había considerado siempre, y que mis alucinaciones eran debidas a un irracional remordimiento respecto de la ingrata Cordelia. En todo momento, desde mi curación, he vivido una vida tranquila, apareciendo sólo en las solemnidades del Estado, tales como las onomásticas de mis hijas, cuando me presento en un balcón y la multitud grita: «¡Tres ovaciones para el viejo rey!» Yo solía tener una cierta tendencia hacia las baladronadas, pero me complace poder decir que ésta ha desaparecido.

En este instante la estatua opinó: «Tú, trueno horrísono, asuela la fuerte rotundidad del mundo.»

—Y ahora, ¿eres feliz! —preguntó Macbeth.

—¡Oh, ya lo creo! Mi felicidad dura tanto como el día. Me siento en mi silla y hago solitarios, o bien dormito, y no pienso en ninguna otra cosa.

LA ESTATUA: «Tras una vida de agitada fiebre, ahora duerme bien.»

—¡Que necia observación! —dijo Lear—. ¡La vida no es agitación febril! Y duermo bien, aunque vivo aún. He ahí exactamente la clase de ripio que yo habría admirado antes de conocer al doctor Bombasticus.

La estatua se permitió hacer otra observación: «Cuando nacemos nos lamentamos de haber venido a este gran teatro de locos.»

—Teatro de locos —dijo Lear, perdiendo por un momento la ecuanimidad que

había venido observando hasta el momento—. Me gustaría que la estatua aprendiese a hablar sensatamente. ¿Se atreve a considerarnos locos? ¡Nosotros, los ciudadanos más respetados del Limbo! Me gustaría que el doctor Bombasticus echase una mirada a la estatua. ¿Qué opinas de esto, Otelo?

—Bueno —dijo Otelo—, este malvado Shakespeare me trató aún peor que a ti y a Macbeth. Le conocí tan sólo durante unos días, precisamente en el momento en que en mi vida aparecía una crisis. Cometí el error de casarme con una muchacha blanca, y comprobé en seguida la imposibilidad de que pudiera amar a un hombre de color. De hecho, en el tiempo en que Shakespeare me conoció, ella conspiraba para huir con mi lugarteniente Cassio; lo cual me agradó, porque ella resultaba una carga. Pero Shakespeare imaginó que yo debía estar celoso, y en aquellos días me sentía yo un tanto inclinado hacia la retórica, de forma que compuse algunos encelados discursos para complacerle. El doctor Bombasticus, a quien conocí por entonces, me demostró que todo el mal venía de mi complejo de inferioridad, causado por el color de mi piel. En mi ser consciente yo siempre había considerado una cosa magnífica ser negro —negro y, con todo, eminente—. Pero él demostró que yo tenía otros sentimientos en el inconsciente, y que éstos causaban un furor que sólo podía ser aplacado en las batallas. Después que me hubo curado renuncié a las guerras, me casé con una mujer negra, tuve una gran familia y dediqué mi vida al comercio. Ahora nunca siento impulsos hacia la conversación grandilocuente, ni a expresar esa clase de necedades que paralizan a las gentes de juicio recto.

LA ESTATUA: «Orgullo, pompa y circunstancia de guerra gloriosa.»

—¡Escuchadle! —dijo Otelo—. He ahí lo que yo estaría aún diciendo si no hubiese sido por el doctor Bombasticus. Pero hoy no creo en la violencia. Encuentro la útil sustancia mucho más efectiva.

LA ESTATUA: «Cogí por el cuello al perro circunciso.» Súbitamente, los ojos de Otelo relampaguearon, y exclamó:

—¡Maldita estatua! La cogeré por el cuello si no tiene cuidado.

Antonio, que había permanecido silencioso hasta ese momento, preguntó:

—¿Y amas tanto a tu esposa negra como amaste a Desdémona?

—Mira —dijo Otelo—. Es una cosa diferente, ya puedes imaginarte. Es a la vez una relación más propia para un adulto y más de acuerdo con mis deberes públicos. En ella no hay nada de indebida efervescencia. Nunca me impulsa a acciones como las que un buen adepto del Rotary Club debe deplorar.

La estatua apuntó: «Si se muriese ahora, cuánta mayor felicidad.»

—¿Le oís? —dijo Otelo—. Ésta es la clase de observaciones de que el doctor Bombasticus me curó. A él, a quien jamás estaré suficientemente agradecido, debo el no sufrir en la actualidad de tales excesivos sentimientos. La señora Otelo es un alma buena. Me guisa estupendas comidas, cuida de mis hijos y calienta mis zapatillas. No sé qué más puede desear en una esposa un hombre sensible.

La estatua murmuró: «Apaga la luz, y después apaga la luz.»

Otelo se volvió hacia la estatua y dijo:

—No diré una sola palabra más si continúas interrumpiéndome. Ahora, oigamos tu historia, Antonio.

—Bien —dijo Antonio—. Todos los que estáis aquí, por supuesto, conocéis las extraordinarias mentiras que Shakespeare dijo acerca de mí. Hubo un tiempo —no mucho tiempo, desde luego— en que consideré a Cleopatra el arquetipo de la madre con la cual el incesto no está prohibido. César siempre había sido para mí el padre-símbolo, y su asociación con Cleopatra hizo natural que yo viese a ésta como a una madre. Pero Shakespeare pretendió, con tanto éxito como para haber desorientado incluso a los más serios historiadores, que mi engreimiento fue duradero y me llevó a la ruina. Esto, por cierto, es inexacto. El doctor Bombasticus, que conocí al tiempo de la batalla de Accio,

me explicó los trabajos de mi inconsciente, y pronto percibí, bajo su influencia, que Cleopatra no tenía los encantos con que yo la adornaba, y que mi amor por ella no era sino una pasión pasajera. Gracias a él fui capaz de conducirme con sentido. Zanjé la disputa con Octavio y volví a su hermana que, después de todo, era mi mujer ante la ley. De este modo pude vivir una vida respetable y calificarme para participar en este comité. Lamento que los deberes públicos me complicasen a condenar a muerte a Cleopatra, pero sólo bajo esta condición podía ser sólida mi reconciliación con Octavia y con su hermano. Éste fue un desagradable deber, por supuesto, pero ningún ciudadano equilibrado retrocederá ante tales deberes cuando son llamados a realizarlos por el bien público.

—¿Y amabas a Octavia? —preguntó Otelo.

—Pues mira —dijo Antonio—: No sé exactamente lo que uno debe considerar como amor. Tengo hacia ella la clase de sentimientos que un serio y austero ciudadano debe tener hacia su esposa. La estimaba. Encontraba en ella una colega en quien podía confiarse para los negocios públicos. Y debido, en parte, a sus consejos, fui capaz de vivir de acuerdo con los preceptos del doctor Bombasticus. En cuanto al amor pasional, como lo había concebido antes de conocer a ese hombre eminente, lo puse de lado y en su lugar obtuve la aprobación de los moralistas.

LA ESTATUA: «De muchos miles de besos, este desgraciado es el último que deposito en tus labios.»

A estas palabras Antonio tembló de la cabeza a los pies y sus ojos se llenaron de lágrimas, mas se recobró con un esfuerzo y dijo:

—¡No! ¡He puesto fin a todo esto!

LA ESTATUA: «El esplendoroso día ha huido, y ahora estamos en la oscuridad.»

—Realmente —dijo Antonio—, esta estatua es demasiado inmoral. ¿Cree correcto aludir a un «día esplendoroso», cuando a lo que se refiere es al encenagamiento en los brazos de una ramera? No sé cómo los del Club le sufrimos. Pero bien, ¿tú qué dices, Romeo? También tú, según ese viejo réprobo, fuiste excesivamente adicto a los apasionamientos amorosos.

—Creo que en lo que a mí concierne se sobrepasó mucho más que en tu caso. Conservo cierto confuso recuerdo de una aventura de adolescente con una muchacha cuyo nombre no acabo de recordar. Algo así como Jemima o Juana, o... Pero no, ¡ya lo tengo! Se llamaba Julieta.

La estatua interrumpió: «Parece descansar sobre la mejilla de la noche como una rica joya sobre la oreja de un etíope.»

—Eramos ambos muy jóvenes y muy necios, y ella murió en circunstancias un tanto trágicas.

La estatua interrumpió de nuevo: «Su hermosura confiere a esta caverna un festivo y luminoso aspecto.»

—El doctor Bombasticus —prosiguió Romeo—, que en aquellos días era un boticario, me curó de la loca desesperación que durante un corto espacio de tiempo sentí. Me hizo ver que mi verdadero móvil era el de la rebelión contra el padre, lo cual me condujo a pensar que amar a una Capuleto era una gran cosa. Me explicó cómo la rebelión contra el padre ha sido a través de los siglos una fuente de desequilibradas conductas, y me recordó que, en el curso de los procesos naturales, el adolescente que hoy es hijo será padre mañana. Me curó el odio inconsciente hacia mi padre y me permitió llegar a ser un serio y digno defensor del honor de los Montescos. Desposé como es debido a la sobrina del príncipe. Fui universalmente respetado y no volví jamás a proferir esos extravagantes sentimientos que, como indica Shakespeare, sólo pueden conducir a la ruina.

LA ESTATUA: «Tus venenos son rápidos. Así, con un beso muero.»

—Bien, esto es todo en cuanto a mí —dijo Romeo—. Escuchemos lo que tienes

que decir, Hamlet.

—Fui excepcionalmente afortunado al encontrar al doctor Bombasticus — empezó diciendo Hamlet—, porque en aquel momento me hallaba en situación verdaderamente mala. Sentía gran afecto por mi madre, e imaginaba sentirlo también hacia mi padre, aunque posteriormente el doctor Bombasticus me persuadió de que le odiaba a consecuencia de los celos. Cuando mi madre se casó con mi tío, el odio hacia mi padre, que había permanecido inconsciente, se manifestó en un odio constante hacia mi tío. Este odio obró sobre mí de tal manera que empecé a sufrir alucinaciones. Me parecía ver a mi padre, y en mi delirio me parecía oírle decir que había sido asesinado por su hermano. Y en una ocasión, creyéndole oculto tras una cortina, apuñalé algo que yo creía que era él mismo. Era tan sólo una rata, aunque en mi demencia creí que se trataba del primer ministro. Esto demostró a todos que mi desarreglo era peligroso y el doctor Bombasticus fue llamado a curarme. Debo decir que hizo un excelente trabajo. Me aclaró el sentimiento de incesto hacia mi madre y el odio inconsciente hacia mi padre, y cómo éste fue transferido sobre mi tío. Había poseído yo un concepto totalmente absurdo sobre mi propia importancia, y pensaba que los tiempos estaban desquiciados y yo había nacido para traerlos a su lugar. El doctor Bombasticus me convenció de mi juventud y de mi falta de comprensión de las artes de gobernar. Vi claro que no había tenido razón al oponerme al orden establecido, al que cualquier persona bien equilibrada no podía por menos que adaptarse. Me excusé ante mi madre por cuantas inconveniencias y groserías podía haber dicho, y establecí relaciones correctas con mi tío, aunque debo confesar que seguí encontrándolo algo injusto. Me casé con Ofelia, que resultó una humilde esposa. Ascendí debidamente al trono, y en las luchas contra Polonia mantuve el honor del país en afortunadas batallas. Morí universalmente respetado, y ni mi propio tío obtuvo mayores honores que los que me fueron prodigados.

LA ESTATUA: «Nada hay bueno ni malo, pero el pensamiento es quien lo hace de tal guisa.»

—Escuchad a este viejo amigo —dijo Hamlet— repitiendo todavía las mismas necedades. ¿No es evidente que lo que hice estaba bien? ¿Y que lo que Shakespeare pretende que he hecho está mal?

Macbeth preguntó:

—¿No tuviste un amigo de tu edad que, según parece, te alentó en tus locuras?

— ¡Ah, sí! —replicó Hamlet—. Ahora que lo mencionas, había un joven; pero, ¿cómo se llamaba? ¡Ah!, he aquí, se llamaba Horacio, y sí, ciertamente, constituía una mala influencia.

LA ESTATUA: «Buenas noches, dulce príncipe, y que una cohorte de ángeles cante durante tu responso.»

—¡Oh, sí! Todo esto está muy bien, es la clase de inoportunas observaciones en que Shakespeare se complacía tanto. En cuanto a mí, cuando el doctor Bombasticus me hubo curado prescindí de Horacio y me contenté con Rosencrantz y Guildenstern, los cuales, según indicó el doctor Bombasticus, eran individuos completamente equilibrados.

La estatua murmuró: «Yo confiaría en ellos como en los colmillos de una serpiente.»

—¿Y qué piensas de todo esto ahora que estás muerto? —preguntó Antonio.

—¡Oh, verás! —replicó Hamlet—. Hay ocasiones, y no lo negare, en que siento cierta nostalgia del viejo ardor, de las áureas parcas palabras que fluían de mi boca, y de mi escabroso mundo interior, que era, a la vez, mi tormento y mi alegría. Puedo incluso recordar ahora un pasaje de retórica que elaboré y empezaba: «¡Qué cosa más compleja es un hombre!» No negaré que en su propio mundo de locura tiene cierto mérito. Pero elegí vivir en el mundo de la cordura, el mundo de los hombres graves que cumplen

deberes necesarios sin dudas ni preguntas, que nunca miran bajo la superficie, por temor a lo que puedan encontrar, que honran a su padre y a su madre y repiten los mismos crímenes por medio de los cuales ellos florecieron; que mantienen el Estado sin jamás preguntar si merece ser sostenido, y adoran píamente a un Dios a quienes han hecho a su propia imagen, a la vez que rechazan toda mentira, a no ser que ésta favorezca los intereses del poderoso. Me adscribí a este credo, siguiendo las enseñanzas del doctor Bombasticus. Viví con este credo, y morí en él.

LA ESTATUA: «Porque en ese sueño de muerte, los sueños que puedan venir, cuando nos hemos evadido de esta mortal aventura, pueden procurarnos reposo.»

—¡Qué estupidez, viejo amigo! —dijo Hamlet—. Nunca tengo sueños. Estoy satisfecho con el mundo tal como lo encuentro. En todos los sentidos es como pudiera desearlo. ¿Qué hay que no puedan realizar farsantes como yo?

LA ESTATUA: «Uno puede sonreír y sonreír y ser un villano.»

—Bien —dijo Hamlet—. Prefiero sonreír y ser un villano, antes que llorar y ser un buen hombre.

LA ESTATUA: «Cuanto creo, señor, con más fuerza y poder, y sin embargo no poseo la honestidad de admitirlo aquí.»

—Sí —dijo Hamlet—. ¿Qué representa la justicia para mi, si me resulta provechosa la injusticia?

LA ESTATUA: «Para quien desee afrontar los latigazos y el desprecio de los tiempos.»

—¡Oh, no me tortures! —exclamó Hamlet.

LA ESTATUA: «No te vayas hasta que ponga un espejo en que puedas ver la interioridad de tu ser.»

—¡Oh, qué miserable esclavo soy! —exclamó Hamlet—. ¡Al infierno, doctor Bombasticus! ¡Al infierno el equilibrio! ¡Al infierno la prudencia y el elogio de los tontos!

Con estas palabras, Hamlet se desmayó.

LA ESTATUA: «Y lo demás es silencio.»

En este momento un extraño alarido se dejó oír, un alarido surgido de lo profundo y que transmitía un tubo que los adeptos del Rotary Club jamás habían percibido. Una voz angustiada se lamentó: «¡Soy el doctor Bombasticus! ¡Estoy en el infierno! ¡Me arrepiento! Yo maté vuestras almas. Pero en la de Hamlet sobrevivieron algunas chispas y estoy condenado por ello. He vivido en el infierno sin saber por qué crimen, hasta este momento. Vivo en el infierno por haber preferido la sumisión a la gloria; por haber estimado el servilismo más que el esplendor; por buscar la ductilidad antes que el rayo fulgurante; por temer tanto al trueno como grande era mi predilección por la interminable y mustia llovizna. El arrepentimiento de Hamlet me ha dado a conocer mi pecado. En el infierno en que vivo me dominan complejos sin fin, y aunque clamo a San Freud, es en vano; sigo aprisionado en una infinita vorágine de lugares comunes. ¡Interceded por mí, vosotros, que sois mis víctimas. Desharé el maléfico trabajo que realicé en vosotros!»

Mas los cinco que continuaban en el lugar no le oyeron. Volviéndose airadamente contra la estatua, que había provocado la desesperación de su amigo Hamlet, la asaltaron, asestándole feroces golpes. De modo paulatino la estatua se desmorono. Cuando nada quedó de ella, excepto la cabeza, ésta murmuró: «Señor, ¡qué necios son estos mortales!»

Los cinco permanecieron en el limbo. El doctor Bombasticus siguió en el infierno. Hamlet fue transportado a las alturas por ángeles y ministros de la gracia.¹

¹ Ofelia fue designada para ocupar el sitio de Hamlet en el Comité.



LA PESADILLA DEL METAFÍSICO

Retro me Satanás

Mi pobre amigo Andrei Bumbrowski, antiguo profesor de filosofía en una universidad de la Europa central, ahora desaparecida, me parecía estar aquejado de un cierto tipo de inocua locura. Yo mismo soy una persona de robusto sentido común. Mantengo que el intelecto no debe considerarse como guía de la vida, sino sólo como medio de aportar agradables juegos dialécticos y modos de mortificar a antagonistas menos ágiles. Bumbrowski, sin embargo, no participaba de este punto de vista. Dejaba que su intelecto le condujera donde fuere, y los resultados eran singulares. Rara vez argüía, e incluso para sus amigos el fondo de sus opiniones permanecía oscuro. Lo que se sabía es que él evitaba consecuentemente la palabra «no», y todos sus sinónimos. No solía decir: «Este huevo no está fresco», sino: «Cambios químicos han acaecido en este huevo desde que fue puesto.» Él no diría: «No puedo encontrar ese libro», sino: «Los libros que he encontrado son diferentes de aquel libro.» Tampoco diría: «No matarás», sino: «Amarás la vida.» Su vida no era práctica, pero era inocente, y yo sentía considerable afecto por él. Indudablemente fue este afecto el que, al fin, pudo más que su retraimiento y le indujo a hacerme el relato de esta notabilísima experiencia, que transcribo con sus propias palabras:

En una ocasión tuve una fiebre maligna de la que estuve a punto de morir. En medio de mi fiebre sufrí un largo y persistente delirio. Soñé que estaba en el infierno, y que el infierno es un lugar repleto de esos acontecimientos que son improbables, pero no imposibles. Los efectos de esto son curiosos. Algunos de los condenados, cuando llegan abajo por primera vez, imaginan poder engañar al tedio de la eternidad por medio

de juegos de cartas, mas luego descubren la imposibilidad porque, siempre que las cartas son barajadas, salen en perfecto orden, empezando con el as de espadas y terminando con el rey de corazones. Hay un departamento especial del infierno para los estudiantes de probabilidades. En este departamento hay muchas máquinas de escribir y muchos monos. Cada vez que un mono se encarama sobre una máquina de escribir graba, como por azar, uno de los sonetos de Shakespeare. Hay otro lugar de tormento para los estudiantes de física. Aquí hay calderas y fuego, pero, cuando las calderas son puestas en el fuego, el agua que contienen se hiela. También existen habitaciones herméticas, pero la experiencia ha enseñado a los estudiantes de física a no abrir nunca una ventana, porque si lo hacen el aire se precipita al exterior y deja el vacío en la habitación. Hay otro sector para golosos. A estos individuos se les provee de las más exquisitas viandas y de los más expertos cocineros, pero cuando les es servido un solomillo y toman confiadamente un bocado le encuentran el sabor de un huevo podrido, mientras que cuando intentan comer un huevo, éste les sabe a patata echada a perder.

Hay una cámara, especialmente penosa, destinada a los filósofos que han refutado a Hume. Estos filósofos, si bien son huéspedes del infierno, no han aprendido la sabiduría. Continúan gobernados por su propensión animal hacia la inducción, mas cada vez que han hecho una inducción, la próxima se encarga de falsificarla. Sin embargo, esto no ocurre sino durante los cien primeros años de su condenación, porque después aprenden a esperar que una inducción será falseada, y por esta razón no resulta falsa hasta que otro siglo de tormento lógico ha alterado su espera. Lo imprevisto continúa a través de toda la eternidad, pero cada vez a un más alto nivel lógico.

Después existe el infierno de los oradores, acostumbrados mientras vivieron a conmover grandes multitudes por su elocuencia. La elocuencia de estos oradores conserva todo su poder, y las multitudes no les faltan, pero extraños vientos dispersan los sonidos, de manera que los percibidos por las multitudes, en vez de ser los emitidos por los oradores, se truecan en tristes y pesadas vulgaridades.

En el centro mismo del reino infernal está Satán, a cuya presencia solamente los más distinguidos de entre los condenados son admitidos. Las improbabilidades crecen a medida que Satán es abordado. Pues Él Mismo es la más completa improbabilidad imaginable. Es pura Nada, total no-existencia, y, sin embargo, cambio permanente.

Yo, a causa de mi relieve filosófico, obtuve pronto audiencia del Príncipe de las Tinieblas. Yo había leído de Satán cosas en que se le presentaba como *der Geist der stets verneint*, el Espíritu de la Negación. Pero al ser introducido ante la Presencia comprobé con sorpresa que Satán tenía a la vez un cuerpo y una mente negativos. De hecho, el cuerpo de Satán es un puro y completo vacío, desprovisto no sólo de partículas de materia, sino también de partículas de luz. Su prolongada vacuidad está asegurada por una gradación de improbabilidades: siempre que una partícula se aproxima a su más extensa superficie, acaece como por azar una colisión con otra partícula que la frena, evitando su penetración en la región vacía. Esta región, debido a que ninguna luz la penetra jamás, es totalmente negra, no más o menos negra como las cosas a que adjudicamos este color, sino entera, completa e infinitamente negra. Tiene una forma, la que acostumbramos conferir a Satán: cuernos, pezuñas, y rabo y todo. El resto del infierno se halla lleno de llamas sombrías, y apoyado en este fondo destaca Satán con aterradora majestad. No está inmóvil. Por el contrario, la vacuidad de que está constituido se halla en perpetuo movimiento. En ocasión en que algo le importa, agita el horror de su rugosa cola, como un gato enfurecido. A veces inicia salidas para conquistar nuevos reinos. Antes de marchar se viste a sí mismo de blanca y brillante armadura, que oculta totalmente la vacuidad interior. Solamente sus ojos permanecen abiertos, y de éstos salen proyectados al espacio penetrantes rayos de nada, buscando lo que deben conquistar. Dondequiera encuentran negación o prohibición, doquiera hallan

culto a la pasividad, los rayos penetran hasta la más íntima sustancia de quienes están preparados para recibir al Conquistador. Toda negación emana de Él y vuelve con cosecha de capturadas frustraciones. Estas se convierten en parte de Él y acrecen su volumen hasta que amenaza ocupar todo el espacio. Todos los moralistas cuya moral está compuesta de «no hagáis», todos los timoratos de «si yo me atreviese a no esperar sobre lo que es mi deseo», todos los tiranos que obligan a sus súbditos a vivir en el temor, se convierten con el tiempo en una parte de Satán.

Satán está rodeado de un coro de filósofos sicofantes que han sustituido el panteísmo por el pandiabolismo. Esos hombres mantienen que la existencia es sólo aparente; la no-existencia es la única realidad verdadera. Esperan con el tiempo hacer aparecer la no-existencia de la apariencia, y en ese momento, lo que ahora consideramos como existencia será considerado, en realidad, meramente como una porción exterior de la esencia diabólica. Aunque estos metafísicos demostraban gran sutileza, discrepé de ellos. Mientras estuve en la Tierra se había afianzado en mí el hábito de resistir a toda autoridad tiránica, y este hábito lo conservé en el infierno. Empecé a argüir contra los filósofos sicofantes:

—Lo que ustedes dicen es absurdo —exclamé—. Ustedes proclaman que la no-existencia es la única realidad. Ustedes pretenden que exista este negro hoyo que adoran. Tratan de persuadirme de que la no-existencia existe, pero aquí hay una contradicción, y por muy ardientes que se hagan las llamas del infierno, jamás degradaré mi existencia lógica hasta el extremo de aceptar una contradicción.

Al llegar aquí, el presidente de los sicofantes se hizo fuerte en el siguiente argumento:

—Usted se precipita, amigo mío. ¿Niega usted que la no-existencia existe? Si el no-existente es nada, cualquier afirmación acerca del mismo ha de carecer de sentido. Y eso ocurre a su afirmación de que no existe. Temo que haya usted prestado demasiada poca atención al análisis lógico de las oraciones, que debió serle enseñado en la niñez. ¿No sabe usted que cada oración tiene un sujeto, y que si el sujeto fuera nada, la frase carecería de sentido? De manera que cuando usted proclama con virtuoso ardor que Satán, que es el no-existente, no existe, se está usted contradiciendo abiertamente.

Yo repliqué:

—Usted, sin duda, lleva aquí cierto tiempo y continúa abrazando doctrinas anticuadas. Usted charla acerca de frases con sujeto, pero toda esta suerte de cháchara está pasada de moda. Cuando digo que Satán, que es el no-existente, no existe, no menciono a Satán ni al no-existente, sino solamente las palabras «Satán» y «no-existente». Sus falacias me han revelado una gran verdad. La verdad es que la palabra «no» es superflua. De aquí en adelante no volveré a usar la palabra «no».

Ante esta afirmación, todos los metafísicos reunidos rompieron a reír ruidosamente.

—Escuchad cómo el hombre se contradice a sí mismo —dijeron cuando el paroxismo del júbilo se calmó—. Reparad en su gran precepto, que consiste en evitar la negación. ¡Verdaderamente, él *no* usará la palabra «no»!

Aunque estaba irritado, conseguí dominarme. Tenía yo un diccionario en el bolsillo. Lo expurgué de toda palabra de expresión negadora y dije:

—Mi discurso estará totalmente compuesto por las palabras que quedan en este diccionario. Con ayuda de estas palabras que subsisten conseguiré describir cualquier cosa del universo. Mis descripciones serán de cosas diferentes a Satán. Satán ha reinado demasiado tiempo en este reino infernal. Su refulgente armadura era real e inspiraba terror, pero bajo la armadura no había sino un hábito lingüístico viciado. Eliminado la palabra «no», y su imperio ha terminado.

Satán, mientras la argumentación se desarrollaba, hizo restallar su cola con furia cada vez creciente, y salvajes rayos de oscuridad brotaron de sus ojos cavernosos, pero

al fin, cuando *le* denuncié como una mala costumbre lingüística, hubo una enorme explosión, el aire se agitó en todas direcciones y la horrible forma se desvaneció. El aire sombrío del Infierno, que lo era debido a la concentración de los rayos de la nada, se aclaró como por ensalmo. Lo que daba la impresión de ser monos ante máquinas de escribir apareció súbitamente como críticos literarios. Las calderas empezaron a hervir, las cartas se mezclaron, una fresca brisa penetró por las ventanas y los solomillos volvieron a tener el sabor de solomillos. Me desperté con una sensación exquisita de liberación. Constaté que en mi sueño había habido sabiduría, aunque estuviese envuelto en la apariencia del delirio. A partir de este momento la fiebre decreció, pero el delirio —como puede usted pensar— ha continuado.



LA PESADILLA DEL EXISTENCIALISTA

La realización de la existencia

Porfirio Eglantine, el gran filósofo-poeta, es ampliamente conocido por sus muchos, sutiles y profundos trabajos, pero sobre todo por su inmortal *Chant du Néant*:

*Dans un immense désert
un étendu infini de sable,
je cherche,
je cherche le chemin perdu,
le chemin que je ne trouve pas.
Mon âme plane par ci, par là,
dans toutes directions,
cherchant, et ne rencontre rien, parmi
ce vide immense
ce vide sans cesse,
ce sable,
ce sable éblouissant et étouffant,
ce sable monotone et morne,
s'étendant sans fins jusqu'à l'ultime horizon.
J'entends enfin
une voix,
une voix en même temps foudroyante et douce.
Cette voix me dit
«Tu penses que tu es une âme perdue.
Tu penses que tu es un âme.*

*Tu te trompes. Tu n'es pas une âme.
Tu n'es pas perdu,
tu n'es rien.
Tu n'existes pas».¹*

Aunque este poema es bien conocido, pocos son los que conocen las circunstancias que lo hicieron posible, ni los hechos que de él derivaron. Por penoso que sea, mi deber consiste en volver a narrar estas circunstancias y estos hechos:

Porfirio era sensitivo y sufridor desde su temprana juventud. Estaba obsesionado por el temor de que quizá no existiese. Cada vez que se miraba a un espejo se sentía lleno de la aprensión de ver desaparecer su imagen. Inventó una filosofía que —así lo esperaba— disiparía este terror. Pero de cuando en cuando, esta filosofía se hallaba lejos de satisfacerle. En general, era capaz de enterrar sus dudas, pero el *Chant du Néant*, que expresa una súbita y desgarradora visión, muestra claramente su fracaso. Tomó la resolución de existir a toda costa, de manera tan indudable, que la espectral voz quedase reducida al silencio.

La introspección y la observación combinadas le persuadieron de que no hay nada más real que el dolor, y que únicamente por medio del sufrimiento podría realizar su propia existencia. Buscó el sufrimiento a través de todo el mundo en una peregrinación aflictiva. Pasó un solitario invierno en el Ártico, mientras la noche interminable le inspiraba visiones de un futuro sombrío.

En la Alemania nazi se expuso a las torturas, haciéndose pasar por judío. Precisamente en el momento en que aquéllas empezaban a hacerse insoportables —*hop, hop, hop*— penetró en el campo de concentración el cuervo de Poe, y hablando con voz de Mallarmé, graznó el temible refrán: «Tu no sufres. No eres nadie. No existes.»

Después fue a la Rusia soviética, donde pretendió hacerse pasar por un espía de Wall Street, y pasó un largo invierno junto al mar Blanco, cortando árboles. El hambre, la fatiga y el frío penetraban cada día de manera más profunda en su ser más recóndito. «Seguro —se decía— que si esto sigue así, existiré.» Pero no. En el último día de invierno, mientras la nieve empezaba a fundirse, apareció una vez más el espantoso pájaro, y profirió de nuevo las desmoralizadoras palabras.

«Acaso los sufrimientos que he estado buscando son demasiado elementales —pensó—. Si he de sentirme verdaderamente miserable, tengo que mezclar a mis aflicciones un elemento de vergüenza.»

En persecución de este programa se trasladó a China, y se enamoró apasionadamente de una exquisita muchacha china, que se hallaba situada en elevados organismos del partido comunista. Falsificando documentos consiguió que la muchacha fuera condenada como un agente del gobierno británico. En su presencia, la muchacha fue horrorosamente torturada. Cuando, finalmente, a la agonía sucedió la muerte, pensó: «Ahora he sufrido en realidad, pues la he amado apasionadamente hasta el último momento, y, sin embargo, he labrado su ruina con mi cobarde traición. Esto deberá bastar para hacerme sufrir hasta los límites de la capacidad humana.» Pero no. Con frío terror, que le incapacitó hasta para el más leve movimiento, asistió a la aparición del pájaro del Destino, el cual habló una vez más con la voz del poeta inmortal, que había dado a conocer el pájaro al público literario parisiense.

Con un inmenso esfuerzo logró manifestar su desesperación, mientras el pájaro aún estaba allí.

—¡Oh Cuervo! —dijo—. ¿Hay algo en este ancho mundo, algo que pueda inducirte a admitir que existo?

¹ En francés en el original

El cuervo profirió esta palabra:

—Busca —y desapareció.

No debe suponerse que las energías de Porfirio se habían agotado en su infructuosa pesquisa. Continuaba siendo en todas partes el filósofo-poeta universalmente admirado, pero, sobre todo, en los círculos más esotéricos. A su regreso de China fue invitado a participar en París en un congreso de filosofía, cuyo principal móvil era el homenajearle. Todos los asistentes estaban ya reunidos, excepto el presidente. Mientras Porfirio consideraba cuándo vendría el presidente, llegó el cuervo y ocupó la presidencia. Volviéndose hacia Porfirio, modificó la fórmula, y en vibrantes tonos, que todo el congreso oyó, dijo:

— *Ta philosophie n'existe pas. Elle n'est rien.*

A estas palabras, una enorme angustia, incomparable a ninguna previa experiencia, irrumpió en todo su ser, y se desmayó. Cuando recobró el conocimiento oyó que el pájaro pronunciaba las palabras por las que tanto había suspirado.

— *Enfin, tu souffres. Enfin, tu existes.*

Se despertó y, ¡ay!, había sido un sueño.

Pero nunca más volvió a hablar o escribir sobre filosofía.



LA PESADILLA DEL MATEMÁTICO

La visión del profesor Squarepunt

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Mi recordado amigo el profesor Squarepunt, el eminente matemático, fue durante toda su vida amigo y admirador de sir Arthur Eddington. Sin embargo, existía un punto en las teorías de sir Arthur que siempre turbaba al profesor Squarepunt, y era aquel el poder místico, cósmico, que sir Arthur confería al número 137. Si las propiedades que a dicho número se le suponían hubieran sido meramente aritméticas, no habría surgido dificultad alguna. Pero era, sobre todo en física, donde el 137 mostraba toda su virtualidad, la cual no era desemejante a la atribuida al número 666. Resulta evidente que las conversaciones con sir Arthur influyeron en la pesadilla del profesor Squarepunt.

El matemático, agotado por un día completo de estudio de las teorías de Pitágoras, se durmió finalmente en un sillón, donde un singular drama visitó sus dormidos pensamientos. Los números, en este drama, no eran las inermes categorías que él había considerado previamente, sino seres vivos, con aliento, dotados de todas las pasiones que estaba acostumbrado a comprobar en sus colegas, los matemáticos. En su sueño, se hallaba él en pie en el centro de una infinidad de círculos concéntricos. El primer círculo contenía los números del 1 al 10; el segundo, del 11 al 100; el tercero, del 101 al 1.000, y así sucesivamente, sin límite alguno, sobre la superficie infinita de una llanura sin confines. Los números impares eran varones, los pares hembras. Junto a

él, en el centro, se hallaba Pi, el maestro de ceremonias. El rostro de Pi estaba enmascarado, pues era sabido que nadie podía mirarlo y sobrevivir; pero ojos penetrantes miraban a través del antifaz, inexorables, fríos y enigmáticos. Cada número tenía su nombre claramente señalado sobre su uniforme. Las diferentes clases de números tenían diferentes uniformes y diferentes formas: los cuadrados eran tejas, los cubos eran dados, los números redondos eran bolas, los primos indivisibles cilindros, y los números perfectos llevaban corona. Además de la diferencia de formas, los números eran también diferentes en cuanto a color. Los siete primeros círculos concéntricos poseían los siete colores del arco iris, excepto los formados por el 10, 100, 1.000, y así sucesivamente, que eran blancos, mientras el 13 y el 666 eran negros. Cuando un número pertenecía a dos de estas categorías —por ejemplo si, como el 1.000, era a la vez número redondo y cubo— llevaba un uniforme más honroso, y los más honorables eran los más escasos entre el primer millón de números.

Los números bailaban alrededor del profesor Squarepunt y de Pi un vasto y complicado ballet. Los cuadrados, los cubos, los primos, los números piramidales, los números perfectos y los redondos, se agitaban, entretejiendo cadenas, en una danza infinita y abrumadora; y mientras bailaban entonaban una oda a su propia grandeza:

*Somos los números finitos.
Somos la materia del mundo.
Cualquier confusión que aflija a la Tierra
por nosotros es resuelta.
Reverenciamos a nuestro maestro Pitágoras
y profundamente despreciamos a las brujas y a los asnos.
Ni la bruja de Endor, ni al monte de Balaam
reconocemos como fuentes de sabiduría.
Mas, circularmente, en inacabable ballet
nos movemos, como cometas vistos por Halley.
Y honrados por el inmortal Platón
no creemos en la grandeza posterior de ningún mortal
Seguimos las leyes
sin una pausa,
pues somos los números finitos.*

A una señal de Pi cesó el ballet, y, uno por uno, los números fueron presentados al profesor Squarepunt. Cada uno hizo un breve discurso, explicando sus méritos peculiares.

- 1: Soy el padre de todos, el padre de infinita progenie. Ninguno existiría sin mí.
- 2: No te estires tanto. Sabes que se necesitan dos para hacer más.
- 3: Soy el número de los triunviros, de los sabios orientales, de las estrellas del cinturón de Orión, de los Hados y de las Gracias.
- 4: Pero sin mí nada tendría cuatro esquinas; en el mundo no habría honestidad. Soy el guardián de la Ley Moral.
- 5: Soy el número de los dedos de una mano. Hago pentágonos y pentagramas. Sin mí, el dodecaedro no podría existir, y, como sabe todo el mundo, el universo es un dodecaedro. Así, sin mí, no habría universo.
- 6: Soy el número perfecto. Sé que tengo rivales advenedizos: el veintiocho y el cuatrocientos noventa y seis pretenden a veces ser iguales a mí. Pero están situados demasiado abajo en la escala jerárquica para contar contra mí.
- 7: Soy el número sagrado: el número de los días de la semana, el número de las Pléyades, el número de los candelabros de siete brazos, el número de las iglesias de Asia y el número de los planetas, pues no reconozco a ese blasfemo de Galileo.

8: Soy el primero de los cubos, exceptuado el pobre viejo Uno, que hoy día ya no se usa.

9: Soy el número de las musas. Todos los encantos y refinamientos de la vida dependen de mí.

10: Bien está, miserables unidades, que alardeéis; pero soy el dios-padre de las infinitas mesnadas que me siguen. Toda unidad me debe su nombre, y sin mí reinaría el desorden en vez de una estricta jerarquía.

En este momento el matemático, aburrido, se volvió hacia Pi y le dijo:

—¿No cree usted que el resto de las presentaciones deberían darse como efectuadas?

Ante esto, se elevó un griterío general:

11: Sí, yo he sido el número de los apóstoles, después de la defección de Judas.

12, que exclamó:

—Fui el dios-padre de los números en tiempo de los babilonios, y fui un dios-padre superior a ese miserable Diez, que debe su posición a un accidente biológico antes que a excelencia aritmética.

13: Soy el señor de la adversidad. Si se muestra grosero conmigo, le pesará.

Se elevó tal alboroto que el matemático se tapó los oídos con las manos y dirigió una implorante mirada en dirección a Pi. Éste agitó su vara de mando y gritó con voz de trueno:

—¡Silencio!, u os trocaréis en números inconmensurables.

Todos se pusieron lívidos y se sometieron.

Mientras duró el ballet, el profesor había estado observando un número, entre los primos, el 137, que parecía indómito y remiso a aceptar su sitio dentro de la serie. Repetidamente, intentó colocarse delante del 1, del 2 y del 3, haciendo gala de una agresividad que amenazaba destruir la armonía del ballet. Lo que pasmó al profesor Squarepunt aún más que esta desordenada conducta fue la aparición del confuso espectro de un caballero de Arturo, el cual insistía murmurando al oído del 137:

—¡Vamos, ve! ¡Ponte a la cabeza!

Si bien los nebulosos rasgos del espectro hacían difícil la identificación, el profesor reconoció al fin la oscura figura de su amigo sir Arthur. Esto le hizo simpatizar con el 137, pese a la hostilidad de Pi, que trataba de reducir al rebelde número primo.

Por fin, el 137 exclamó:

—Es una maldición el exceso de burocracia que hay aquí. Lo que yo deseo es la libertad para el individuo.

La máscara de Pi contrajo el entrecejo, pero el profesor intercedió diciendo:

—No sea demasiado severo con él. ¿No ha observado que está regido por un Familiar? Conocí en vida a este Familiar y, por lo que veo, puedo garantizar que es él quien inspira los sentimientos antigubernamentales del Ciento Treinta y Siete. En cuanto a mí, me gustaría oír lo que el Ciento Treinta y Siete tenga que decir.

Un tanto recelosamente, Pi dio su consentimiento. El profesor Squarepunt dijo:

—Dime, Ciento Treinta y Siete: ¿cuál es el motivo de tu rebelión? ¿Es una protesta contra la desigualdad lo que te inspira o simplemente que tu ego se ha desbordado por las alabanzas de sir Arthur? ¿O se trata, como intuyo a medias, de una profunda repulsa ideológica de la metafísica que tus colegas han absorbido de Platón? No temas decirme la verdad. Haré de intermediario con Pi, acerca de quien sé tanto, por lo menos, como él de sí mismo.

Ante éstas, el 137 prorrumpió en vehemente discurso:

—¡Tiene usted razón! Es su metafísica lo que no puedo soportar. Pretenden aún ser eternos cuando su propia conducta muestra que no creen en tal cosa. Todos nosotros encontrábamos triste el cielo de Platón y decidimos que gobernar el mundo sensible sería mucho más interesante. Desde que bajamos del Empíreo hemos sentido emociones

semejantes a las vuestras: Cada número impar ama a su correspondiente número par, y cada uno de éstos se comporta con afecto hacia los impares, pese a encontrarlos muy extraños.¹

Nuestro imperio, ahora, es de este mundo, cuya suerte será también nuestra suerte.

El profesor se halló de completo acuerdo con el 137, pero todos los demás, incluyendo a Pi, le consideraron un blasfemo, y se abalanzaron sobre ambos, número y profesor. La infinita hueste, que se extendía en todas direcciones más allá de lo que la vista podía alcanzar, se precipitó también sobre el profesor, con un furioso zumbido. Por un momento se sintió aterrorizado, pero después se recobró, y reuniendo súbitamente su reanimada sabiduría, gritó con voces estentóreas:

—¡Atrás! ¡No sois más que convivencias simbólicas!

Con un lamento de premonición y muerte, el conjunto de la vasta hueste se disipó en la niebla. Al despertarse, el profesor se oyó a sí mismo las siguientes palabras:

—¡Y otro tanto digo de Platón!

¹ Juego de palabras intraducible. *Odd*, impar en inglés, significa también *raro*, *extraño*. (N. del t)



LA PESADILLA DE STALIN

(ESCRITO ANTES DE LA MUERTE DE STALIN)

Amor vincit omnia

Stalin, tras copiosos tragos de vodka mezclado con pimienta roja, se había dormido en su silla. Molotov, Malenkov y Beria, poniéndose un dedo en los labios, alejaban a inoportunos criados, que podían interferir el reposo del gran hombre. Mientras lo velaban, Stalin tuvo un sueño, que consistió en lo que sigue:

La tercera guerra mundial había sido librada y perdida, y él se hallaba cautivo en manos de los aliados occidentales. Mas éstos, habiendo comprobado que el proceso de Nuremberg provocó una reacción de simpatía hacia los nazis, decidieron en esta ocasión adoptar un plan diferente: Stalin fue puesto en manos de un comité de cuáqueros eminentes, los cuales pretendían que hasta él, por el solo poder del amor, podía ser conducido al arrepentimiento y a una vida de honrado ciudadano.

Se convino en que, hasta tanto el trabajo espiritual se hubiese completado, las ventanas de la habitación de Stalin deberían enrejarse, no fuese que sucumbiese a la tentación de un acto imprevisto, y desde luego le sería prohibido todo acceso de cuchillos, por temor a que pudiese, en un raptó de desesperación, atacar a los que estaban empeñados en su regeneración. Estaba confortablemente alojado en dos habitaciones de una vieja casa de campo, pero las puertas estaban cerradas, excepto una hora cada día, durante la cual salía para dar un breve paseo en compañía de cuatro atléticos cuáqueros. En este momento era requerido para admirar las bellezas de la naturaleza y deleitarse con el canto de la alondra. Durante el resto del día le estaba permitido leer y escribir, pero no podía leer literatura alguna considerada como inflamable. Se le proveía de la Biblia, *El progreso del peregrino* y *La cabaña del tío Tom*, y en ocasiones, y como obsequio especial, se le autorizaban las novelas de

Charlotte M. Yonge. Tenía prohibido el tabaco, el alcohol y la pimienta roja. Podía tomar cacao a cualquier hora del día o de la noche, tanto más cuanto que sus guardianes eran proveedores de ese inocente brebaje. Con moderación, se le permitían el café y el té, pero no en tal cantidad u hora que pudiese perturbar una saludable noche de reposo.

Cada mañana y cada tarde, por espacio de una hora, los graves hombres a cuyo cuidado había sido confiado le explicaban los principios de la caridad cristiana y la felicidad que aún podía alcanzar si se aviniese a reconocer su sabiduría. La tarea de razonar con él correspondió especialmente a los tres hombres a quienes se consideró más sabios entre todos aquellos que confiaban en hacerle ver la luz. Éstos eran el señor Tobías Toogood, el señor Samuel Swete y el señor Wilbraham Weldon.

Stalin había conocido a estos hombres en los días de su esplendor. No mucho antes del estallido de la tercera guerra mundial se trasladaron a Moscú para interceder ante él y llevarle al convencimiento del error de sus métodos. Le hablaron de la benevolencia universal y del amor cristiano. Se habían expresado en términos inspirados sobre los goces de la mansedumbre, y habían tratado de persuadirle de que hay más felicidad en ser amado que en ser temido. Por un instante había escuchado, con una paciencia producida por el asombro, tras el cual exclamó, dirigiéndose a ellos con violencia:

—¿Qué conocen ustedes, caballeros, de las alegrías de la vida? ¡Qué poco conocen ustedes del enervante placer de dominar a una nación entera por el terror, sabiendo que casi todos desean tu muerte y ninguno es capaz de perpetrarla, y que tus enemigos de todo el mundo están embarcados en vanos intentos de adivinar tus pensamientos secretos, sabiendo que tu poder sobrevivirá al exterminio, no sólo de tus enemigos, sino, a la vez, de tus amigos! No, señores; el tipo de vida que me ofrecen no tiene atractivo para mí. Márchense y continúen su sórdida búsqueda del beneficio, adornada con pretensiones de piedad, pero déjenme con mi más heroico concepto de la vida.

Los cuáqueros, chasqueados momentáneamente, regresaron a sus hogares, dispuestos a esperar una oportunidad mejor. Caído ahora Stalin, y en su poder, confiaron en encontrarle más razonable ahora. Aunque parezca extraordinario, aquel se manifestó igualmente intratable. Ellos eran hombres que habían adquirido considerable experiencia en el trato de la delincuencia juvenil, desenmarañando los complejos de los jóvenes y llevándolos, por medio de la persuasión, a la creencia de que la honestidad es la mejor y más útil práctica.

—Señor Stalin —dijo el señor Tobías Toogood—, esperamos que ahora advierta usted la insensatez del camino a que estuvo adscrito hasta este momento. Pasaré por alto la ruina que ha atraído usted sobre el mundo, pues me manifestaría que esto le deja indiferente, mas considere lo que usted ha atraído sobre su propia vida. Ha caído usted desde su alta posición a la condición de humilde prisionero, debiendo la comodidad de que goza al hecho de que sus guardianes no aceptan sus principios. Los goces altivos de que nos habló en ocasión de nuestra visita, en los días de su grandeza, no puede ya procurárselos por más tiempo. Pero si usted consiguiese salvar la barrera del orgullo, si pudiera arrepentirse, si pudiera aprender a encontrar la felicidad de los demás, podría subsistir para usted algún móvil, alguna satisfacción tolerable durante el resto de sus días.

En este punto de la charla, Stalin se puso en pie de un salto y exclamó:

—El infierno le lleve, lacrimoso hipócrita. No entiendo nada de cuanto dice, excepto que ustedes están arriba y yo me encuentro en su poder, y han inventado un procedimiento para insultar mi infortunio, más afflictivo y humillante aún que cualquiera de los imaginados por mí durante las purgas.

—¡Oh, señor Stalin! —dijo el señor Swete—, ¿cómo puede usted ser tan injusto y desatento? ¿No es capaz de apreciar que no tenemos sino las más benévolas

intenciones hacia usted? ¿No puede ver que deseamos salvar su alma, y que deploramos la violencia y el odio que usted promovió, tanto entre sus enemigos como entre sus amigos? No tenemos ningún deseo de humillarle, y si tan sólo pudiera usted apreciar la grandeza terrenal al nivel de lo que en verdad vale, vería usted que es una escapatoria a la humillación lo que le estamos ofreciendo.

—Realmente, esto es demasiado —dijo Stalin—. Cuando yo era niño, soportaba charlas semejantes en mi seminario de Georgia; pero ésta no es precisamente la clase de charlas que un adulto pueda oír con paciencia. Desearía creer en el infierno para poder deleitarme en el futuro con el placer de contemplar vuestra flaccidez desintegrándose entre ardientes llamas.

—¡Oh, por favor, mi querido señor Stalin! —dijo el señor Weldon—, le ruego que no se excite, pues es tan sólo en la serenidad donde podrá usted aprender a ver la sabiduría de lo que estamos tratando de evidenciarle.

Antes de que Stalin pudiese replicar, el señor Toogood intervino nuevamente:

—Doy por seguro, señor Stalin, que un hombre de su gran inteligencia no puede permanecer eternamente cegado a la verdad, pero en este momento está usted sobreexcitado y sugiero que una sedante taza de cacao podría convenirle más que el nocivo y enervante té que ha estado usted bebiendo.

Con esto, Stalin no pudo contenerse por más tiempo. Tomó la tetera y la arrojó contra la cabeza del señor Toogood. El abrasador líquido le chorreó por la cara, pero el señor Toogood se limitó a decir:

—Bueno, bueno, señor Stalin, esto no es un argumento.

En el paroxismo del furor, Stalin se despertó. El furor continuó obrando durante un momento, y halló salida hacia Molotov, Malenkov y Beria, que temblaron y se pusieron pálidos. Pero al despejarse los nublados del sueño, su ira se evaporó, y encontró satisfacción en un buen trago de vodka mezclado con pimienta roja.



LA PESADILLA DE EISENHOWER (ESCRITO EN 1952, EN VIDA DE STALIN)

El pacto McCarthy-Malenkov

Eisenhower, tras dos años de presidencia, se vio obligado a reconocer que la conciliación es una calle de una sola dirección. Se esforzó grandemente para aplacar a sus oponentes republicanos, y al principio creyó que ellos reaccionarían de modo favorable, pero ninguna respuesta fue dada a sus iniciativas. Profundamente abatido, sombríos pensamientos le mantuvieron despierto durante la mayor parte de una cálida noche de verano.

Cuando al fin pudo conciliar un agitado sueño, se vio asaltado por una pesadilla devastadora, en la cual una voz adentrada en el futuro le reveló la historia de la próxima media centuria:

Nosotros, desde el puerto seguro de este siglo veintiuno que alborea, podemos ver claramente lo que resultaba menos obvio en aquel tiempo: que el año 1953 asistió al comienzo del nuevo impulso que ha transformado al mundo. Había en aquel tiempo problemas de los que eran conscientes gentes previsoras. Uno de ellos consistía en que, en cada país civilizado, la industria resultaba favorecida a expensas de la agricultura, y, en consecuencia, las reservas de alimentos disminuían. Otro fue el rápido crecimiento de la población de los países atrasados, resultante de los avances de la medicina y la higiene. Un tercer problema surgía del caos que amenazaba como consecuencia del colapso del imperialismo europeo. Tales problemas, que en ningún caso revestían gran dificultad, se hicieron totalmente insolubles con el conflicto Este-Oeste. Durante los ocho años que transcurrieron desde 1945 hasta 1953, este conflicto se hizo cada vez

más amenazador, no sólo a consecuencia de los antagonismos políticos, sino ante las perspectivas de la bomba de hidrógeno y la guerra bacteriológica. Ninguna solución fue ofrecida por los bandos litigantes, excepto un fortalecimiento recíproco tal, que el adversario no se atreviera a atacar. Las experiencias pasadas sugerían que éste no era un método esperanzador para evitar la guerra.

Fue en 1953 cuando se vislumbró el comienzo de una nueva esperanza. En este año, Stalin se retiró, y murió poco después. Le sucedió Malenkov, que consideró prudente señalar su advenimiento al poder instrumentando una política nueva, nominalmente, porque, en parte, esta política ya había sido adoptada en la práctica. Le inquietaban dos peligros de primer orden. Por un lado, existía un descontento muy generalizado en Rusia. Por otro, era de temer que antes de mucho tiempo China llegase a ser tan poderosa como Rusia y disputase a ésta la supremacía del comunismo internacional. Para afrontar el primero de estos problemas, era necesario incrementar considerablemente la producción rusa de artículos de consumo, lo cual únicamente podía realizarse a expensas de los armamentos. Para hacer frente al segundo, se necesitaba disminuir el riesgo de guerra mundial, lo cual era imprescindible a la seguridad general si había de remitir el control en cuanto al rearme. Mientras tanto, el advenimiento del gobierno republicano en América creó una nueva situación. Muchas personas, tanto en América como en otros países, no habían percibido que, en caso de conflicto entre el presidente y el congreso, la victoria se inclinaría, probablemente, de parte del último, debido al poder de la bolsa. Esto podía inferirse de la historia de las luchas entre el rey y el parlamento, en Inglaterra, en el siglo XVII. Pero muchos americanos consideraban que nada podía aprenderse del pasado, ni tampoco de los países extranjeros. Muchos de los que habían votado por Eisenhower imaginaban que, de resultar elegido, prevalecería su política. No pensaban que, al elegirle, estaban dando el poder del congreso a Taft y a McCarthy. De hecho, fueron estos dos hombres quienes controlaron la política de los Estados Unidos durante el mandato de Eisenhower, y de los dos, y de modo gradual, McCarthy llegó a dominar finalmente. El americano medio estaba gobernado por dos temores: el temor al comunismo y el temor a los impuestos. Mientras los demócratas detentaron el poder, estos dos miedos obraron en dirección opuesta, pero McCarthy descubrió la manera de reconciliarlos. «El verdadero enemigo —dijo— es el comunismo emboscado entre nosotros, y es mucho menos caro combatir el comunismo en nuestro medio que combatirlo en Rusia. En tanto los americanos sean leales y permanezcan unidos —explicó a la nación—, son invencibles, y no debemos temer las maquinaciones de despotismos extranjeros. Si purgamos nuestro país de elementos desleales, estaremos seguros.» Ahora bien: para poder mitigar por medio de esta política la sed popular de lucha contra el comunismo, se hacía necesario descubrir continuamente enemigos internos. Con el efectivo control del FBI y con la ayuda de una banda de útiles ex comunistas, consiguió McCarthy llegar a extender el temor a la traición interna hasta un punto tal, que todo miembro preeminente del partido demócrata llegó a ser considerado como un traidor, con la excepción de un insignificante resto de hombres virtuosos, como el senador McCarran. Bajo la advocación de esta política, fue posible ahorrar sumas enormes que, en tiempos de Truman, habían sido gastadas en la ayuda a países extranjeros. La consiguiente extensión del comunismo en Francia e Italia fue considerada como prueba de la inutilidad de emplear dinero en aliados tan poco seguros.

Eisenhower, aunque opuesto a esta política, se halló impotente para combatirla. Había deseado fortalecer la OTAN y posibilitar la defensa de la Europa occidental contra una embestida comunista, pero la defensa de Europa occidental resultaba onerosa. Contenía muchos comunistas, y aún más socialistas, los cuales eran igualmente condenables. Europa era desagradecida y no tenía conciencia clara de su propia inferioridad. Clamaba constantemente por una baja de las tarifas americanas y no les

agradaba Chiang Kai-Shek. En este terreno, Eisenhower resultaba siempre derrotado en el congreso.

La política de McCarthy tuvo dos consecuencias: por un lado, disminuyó grandemente el área de conflicto exterior y las relaciones con Rusia se hicieron menos precarias; por otro, aclaró en debidas condiciones que ningún americano podía esperar salvar la piel si se oponía a McCarthy. En las elecciones presidenciales de 1956, McCarthy fue triunfalmente elegido por una mayoría aún superior a la que obtuvo Roosevelt veinte años antes.

Fue este éxito abrumador el que permitió a McCarthy coronar su labor con el pacto McCarthy-Malenkov. Por este pacto el mundo quedó dividido entre las dos grandes potencias: toda Asia y toda la Europa al este del Elba corresponderían a la esfera rusa. Todo el hemisferio occidental, toda África, Australia y toda la Europa al oeste del Elba quedarían incluidas en la órbita de los Estados Unidos. No habría comercio alguno entre los dos grupos, y ninguna relación, excepto extraordinarios encuentros diplomáticos, sólo los absolutamente indispensables, que tendrían lugar en Spitzbergen. Al exterior de la URSS y de los Estados Unidos la industria sería mantenida en un límite mínimo, obrando sobre el control de las materias primas, y por métodos más estrictos de ser necesario. Los europeos occidentales conservarían independencia nominal y podrían, si así lo preferían, mantener su sistema de gobierno de partidos, así como libertad de prensa y de expresión. Pero tendrían prohibido viajar a los Estados Unidos, pues podían contagiar a los virtuosos ciudadanos americanos con sus anticuadas herejías.

Ciertos rasgos del sistema ruso fueron adoptados en América. En adelante, tan sólo fue permitido un partido, el partido republicano. La prensa y la literatura fueron sometidas a una censura rígida. Toda crítica política fue considerada subversiva y exponía al crítico a castigos. El adoctrinamiento se convirtió en el primer objetivo de la educación. Sin duda, había quienes lamentaban estos cambios, pero era necesario admitir que merced al pacto el peligro de guerra se había evitado y se hizo posible reducir drásticamente los armamentos, tanto en América como en Rusia.

Al negociar el pacto habían surgido dificultades, una de las cuales fue el Japón. América había rearmado al Japón en la esperanza de utilizarlo como aliado contra Rusia, pero desde el momento en que las dos grandes potencias iban a dominar el mundo de mutuo acuerdo, ningún poder fuerte e independiente podía admitirse. El Japón fue obligado a desarmarse. La isla de Hokkaido fue asignada a la esfera rusa, y el resto del Japón, a la esfera de los Estados Unidos.

Por supuesto, hubo acuerdo sobre la propaganda. No se realizaría propaganda antinorteamericana en Rusia, ni antirusa en América. A nadie en Rusia se le permitiría considerar la verdad histórica de que Pedro el Grande fue americano. Nadie en América sería autorizado a poner en duda la verdad histórica de que Colón fue ruso. En Rusia nadie mencionaría el problema de color en los Estados Unidos, ni nadie en los Estados Unidos haría mención a los trabajos forzados en Rusia. Cada una de las partes elogiaría las realizaciones de la otra y mantendría en todo tiempo futuro los beneficios de su eterna alianza.

El pacto no fue popular en Europa occidental, porque relegaba a aquella región a la inanidad a que ella misma se había condenado, a consecuencia de sus guerras internas. Para el Occidente europeo resultó difícil aceptar la pérdida de su estatus, sobre todo habiendo dominado el mundo, política y culturalmente, durante siglos. Muchos americanos, por deferencia a las tradiciones que, según criterio corriente, habían contribuido a forjar la civilización americana, se hallaban dispuestos a tratar a Europa occidental con una consideración que, dada la situación del mundo, llegó a parecer excesiva. Estaba claro que la guerra arruinaría lo que subsistía de la civilización del Occidente europeo, incluso en el caso de que Rusia fuese derrotada finalmente; pero no

lo estaba que la guerra pudiese evitarse con esfuerzos o sacrificios, cualesquiera que éstos fuesen, al margen del pacto. Por esta razón, cuando el pacto quedó concluido, los sentimientos de los europeos occidentales fueron ignorados.

Indudablemente, en cada uno de los lados había gente que consideraba favorecido al otro bando en las negociaciones. Algunos rusos señalaron que, con ayuda de China, podrían haber dominado Australia en poco tiempo, y abrigaban considerable esperanza de adquirir Alemania occidental por medio de una penetración pacífica. Argüían también que África, si bien no conquistada por Rusia, podía haber quedado limpia de hombres blancos, a condición de que las energías combinadas de América y el Occidente europeo hubiesen continuado absorbidos por la lucha contra Rusia. También del lado americano existían graves recelos. Fue un sacrificio doloroso renunciar al estaño y al caucho malayos, pero el caucho sintético y el estaño boliviano y australiano aportaron adecuados sustitutivos. La pérdida del petróleo del Oriente Medio fue más grave. Para dulcificar los efectos de este golpe se convino en que Indonesia quedaría integrada en el bloque americano. Había algunos en América verdaderamente persuadidos de que el comunismo es algo malo, con lo que la paz no debía establecerse. Sin embargo, éstos eran pocos; eran en su mayoría demócratas, y por esta razón sus opiniones carecían de peso. Para los rusos, excepción hecha del mantenimiento de la paz, la ventaja más importante les vino del hecho de poder mantener a China en una posición subalterna, evitando su desarrollo industrial. Y en ambos lados el imperialismo blanco quedaba, una vez más, asegurado.

Independientemente de la preservación de la paz, el pacto tuvo otras ventajas. Las disensiones entre naciones blancas habían sacudido el yugo que mantuvieran en Asia y África durante el siglo XIX. Debido al pacto, la supremacía blanca quedó prontamente restablecida. Los rusos conquistaron sin mucha dificultad la India y el Pakistán, y en África, donde los estallidos de feroz barbarie, respaldados por los comunistas, habían amenazado el trabajo civilizador de los imperialismos británico y francés, esta labor prosiguió bajo la égida de los invasores americanos y pronto culminó en favorable conclusión. El problema del exceso de población, que se consideró inmoral abordar mediante la disminución de los índices de natalidad, fue resuelto prohibiendo toda instrucción médica a los negros y toda medida por parte de los blancos encaminada a mejorar sus condiciones sanitarias. El subsecuente incremento en el índice de mortalidad permitió a los hombres blancos respirar libremente una vez más.

A pesar de estos beneficios, había todavía algunos descontentos. Había gente que consideraba lamentable que ningún trabajo de judíos pudiese publicarse. En América, algunas personas deseaban leer poetas como Milton, Byron y Shelley, que ensalzaban la libertad. Durante cierto período esos poetas pudieron ser leídos aun en Europa occidental; mas cuando llegó a conocimiento del congreso que esas obras eran distribuidas en ediciones baratas en aquellos retrógrados países, se decidieron sanciones económicas hasta que tales obras fuesen colocadas en el índice. En el nuevo mundo producido por el pacto había mucha comodidad material, pero ningún arte, ningún nuevo pensamiento y poca ciencia nueva. Por supuesto, la física nuclear fue totalmente prohibida. Todos los libros sobre la materia fueron quemados, y toda persona que revelase algún conocimiento sobre la misma fue condenada a trabajos forzados. Algunos descarriados románticos miraban nostálgicamente hacia un pasado en que habían existido grandes individualistas, pero si eran prudentes procuraban no dejar traslucir su pesar.

En principio, surgieron dudas acerca de si el pacto sería observado; pero McCarthy y Malenkov se hallaron tan afines y tan coincidentes en sus puntos de vista, que no hubo verdadero obstáculo para una genuina cooperación. Ambos designaron como sucesores a hombres con idénticas miras, y el transcurso de cuarenta y tres años ha persuadido a todo el mundo, con la excepción de una malhumorada minoría, de que

el pacto es tan permanente como beneficioso. ¡Inmarcesible honor a la memoria de los dos grandes dirigentes que forjaron la paz del mundo!



LA PESADILLA DE DEAN ACHESON (ESCRITO ANTES DEL NOMBRAMIENTO DE EISENHOWER)

El canto de cisne de Menelaus S. Bloggs

Dean Acheson, en su retiro, soñó que había leído un artículo de un periódico republicano, en el cual se decía: «Dean Acheson, como toda recta persona se complace en saber, está sufriendo el justo castigo de sus crímenes. Todos recordamos cómo, después de ser interrogado durante seis horas por un comité del congreso, Acheson afirmó que cierto acontecimiento, ocurrido siete años antes, había tenido lugar un miércoles. Evidencias concluyentes establecieron que el hecho había ocurrido un jueves. Sobre esta base fue procesado por perjurio y sentenciado a un largo período de confinamiento como convicto. Pese a tal convicción, se mantuvo impenitente, y a aquéllos que habían sido autorizados a verle manifestó que la política que había sustituido a la suya propia no podía sino conducir al desastre.»

Cuando hubo leído el artículo el sueño cambió de carácter, y tuvo la impresión de que el velo que cubre el futuro era parcialmente levantado y una voz espectral, en lúgubres tonos, le anunciaba acontecimientos por llegar. La voz decía:

«Éste es el canto del cisne del senador Menelaus S. Bloggs, próximo a perecer miserablemente en las islas Falkland.»

Hay quienes vituperan a nuestro inmortal presidente, Bismarck A. McSaft, por los infortunios que se han abatido sobre mi país natal. Pero semejante reprobación es injusta. Y antes de morir debo declarar el noble heroísmo con que ese hombre grande y caballeroso luchó por el bien. No viviré mucho tiempo. Uno más entre millones de otras personas, buscamos estas costas neutrales creyendo, a causa de los informes del Buró de

Pesquerías, que las reservas de pescado en las latitudes meridionales eran inextinguibles. Pero, ¡ay!, desconocíamos los recursos de la ciencia. Todos los peces, en un radio de treinta millas de las costas de este archipiélago batido por las galernas, habían muerto de muerte radiactiva. Algunos temerarios individuos, al darse la noticia de este hecho, se aventuraron a comer aquel pescado tal como se hallaba y, ¡pobres desventurados!, el plutonio demostró ser fatal para sus estómagos y murieron en medio de espantosas agonías. Faltos de pescado, devoramos prontamente el escaso ganado que podía hallarse en los míseros pastos de estas inhóspitas costas subpolares. Entonces, semejantes a renos, tuvimos que alimentarnos de musgo. Pero las existencias de musgo, por desgracia, no son inagotables. Y en este remanente de mundo libre, los pocos que no están encarcelados perecerán en breve. Mas vuelvo a lo mío. Tengo un deber hacia la posteridad, si es que hay posteridad. Aquel grande y excelente hombre será difamado por los enemigos que le han vencido. Bajará a las gradas de lo que esos miserables llaman historia en medio de inmerecida infamia. Ahora bien, he encontrado una arquilla impenetrable a la radiactividad, en la cual depositaré esta denuncia en la esperanza de que los arqueólogos de algún siglo venidero la desenterrarán y por su mediación harán justicia al gran hombre, que ya no es tal.

Nosotros recordamos en estas islas —y nuestros corazones aún laten jubilosos al recuerdo— la alegría de todos los honrados ciudadanos cuando se concluyó, en noviembre de 1956, que los destinos de nuestro gran país debían ser arrancados de las débiles manos de los Truman y Acheson y de las casi igualmente débiles manos de Eisenhower, todos los cuales no habían sido sino instrumentos del Kremlin, para ser confiados, por un período de por lo menos cuatro años cruciales, al inflexible patriotismo de Bismarck A. McSaft Apenas convertido en presidente, empezó el señor Bismarck a obrar con el férreo vigor que la rectilínea consistencia de sus manifestaciones públicas nos había hecho esperar. En adelante ya no deberían la energía y el entusiasmo de los americanos por el bien ser refrenados por las cobardes naciones de Europa occidental; ni debería permitirse pretender por más tiempo a los traidores cripto-comunistas que Chiang Kai-Shek tenía sus faltas y no era amado por los chinos. Un gran ejército fue enviado para restituirle a la sede del poder en Pekín. Los comunistas chinos desplegaron la precaución que era de esperar por su parte y evitaron las batallas regulares. Atraieron a nuestros bravos muchachos cada vez más al interior, junto a sus infértiles montañas. Nos obligaron a dispersar nuestras fuerzas sobre amplias áreas para defender ciudades, ferrocarriles y carreteras de primer orden. Conquistamos el Este de China y lo mantuvimos con firmeza, pero el Oeste seguía eludiendo nuestra zarpa. Nuestras tropas se vieron cada vez más absorbidas en la lucha. Nuestras bombas atómicas resultaron ineficaces en áreas donde la población estaba diseminada y los ejércitos enemigos se habían dividido en bandas de errabundas guerrillas.

En el interregno, los rusos, como era de esperar, hicieron correr a las miserables naciones de Europa occidental la suerte que su aberrante amor por la autopreservación había hecho inevitable. Sin mucha oposición, los rusos ocuparon el Ruhr y Lorena y el norte de Francia. Aquellas poblaciones expertas en artes industriales fueron autorizadas a permanecer en sus lugares en régimen de trabajos forzados; las que no lo eran, fueron enviadas a cortar madera a los bosques de Arcángel o a extraer oro de las minas del nordeste de Siberia. Los submarinos rusos hicieron precarias las comunicaciones de las fuerzas americanas en China. Al fin, las privaciones de estas fueron tales, que se decidió repatriarlas.

Mientras tanto, América latina, desde Río Grande hasta el cabo de Hornos, había abrazado la fe comunista. Hacía tiempo que toda Asia, con excepción de las regiones ocupadas por los americanos, se había orientado hacia Moscú. Las actividades del doctor Malan habían convertido a los africanos al comunismo, y durante la invasión del Occidente europeo por las tropas rusas, todos los hombres blancos de África, desde el

cabo Bon hasta el de Buena Esperanza, fueron degollados. Después que las tropas rusas ocuparan África del Sur, aviones gigantescos transportaron tropas y municiones a América latina. Un vasto esfuerzo propagandístico persuadió a las poblaciones montañosas del Perú, Bolivia y Brasil, de que Rusia era el defensor del hombre rojo contra el opresor blanco. Estimuladas por formidables hecatombes humanas, vastas hordas de indios, disciplinadas y armadas por el Kremlin, penetraron a través de México combatiendo contra los restos del ejército americano que había sido retirado de China, un ejército desmoralizado por la derrota, debilitado por la malaria, y..., aunque lo confieso con rubor, no totalmente persuadido de la justicia de su causa.

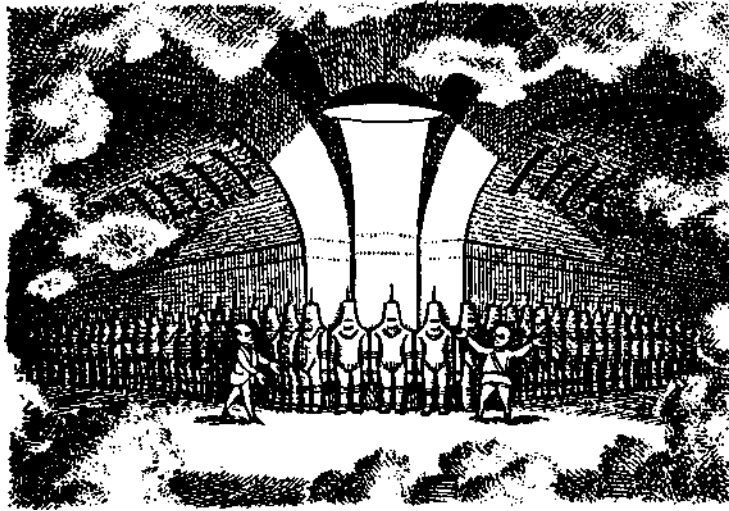
Cuando comprobé que el fin se acercaba, me embarqué con muchos otros en un barco, dispuesto en el Potomac. Viví —¡oh vergüenza!— para ver la hoz y el martillo izados sobre el Capitolio. En cualquier otro momento nuestra frágil embarcación habría sido hundida por los cañones rusos, pero una providencia misericordiosa nos ocultó tras una súbita neblina, y conseguimos escapar.

Hay entre nosotros quienes afirman que estos trágicos acontecimientos prueban los defectos de la política de nuestro gran presidente. Los hombres que tal sostienen no comprenden las exigencias morales. Es infinitamente más noble luchar por el derecho y morir heroicamente, que dejarse enredar en consideraciones de ruin politiquería, capaz de salvar nuestros cuerpos, sí, pero en modo alguno nuestras almas. Físicamente, los Estados Unidos ya no existen, pero moralmente vivirán siempre, con una luz-piloto, un fúlgido esplendor, y sobre su inmortal bandera están grabadas las palabras de nuestro último y más noble presidente: «Combatiremos por el derecho y la virtud, aunque caigan los cielos, y por la libertad, aunque ello implique el cautiverio de las nueve décimas partes de nuestra población. Con estas inmortales palabras grabadas sobre mi corazón me preparo serenamente para la muerte. Amén.»

Dean Acheson se impresionó tanto con esta singular y lúgubre narración, que no pudo por menos que considerarlo como una visión anticipada del futuro. Creyéndolo así, participó la revelación del senador Bloggs a su abogado, el cual la utilizó para presentar un recurso de revisión de sentencia basándose en la demencia del acusado.

—¡Pero yo no estoy loco! —exclamó Dean Acheson.

Y al proferir esta exclamación se despertó.



LA PESADILLA DEL DOCTOR SOUTHPORT VULPES

La victoria de la mente sobre la materia

El doctor Southport Vulpes había soportado un día largo y tedioso en el Ministerio de Producción Mecánica. Había estado tratando de persuadir a los funcionarios de que ya no había necesidad de seres humanos en las fábricas, exceptuando uno en cada instalación, el cual haría de vigilante y accionaría el botón para dar o cortar la energía. Era un entusiasta y le causaba disgusto la lenta y tradicional mentalidad de los burócratas. Éstos señalaban que su esquema requeriría un vasto capital en inversiones destinadas a fábricas-robots, y que antes de que su instalación estuviera a punto podían ser arruinadas por obreros amotinados, o boicoteadas implacablemente por mandato de los sindicatos indignados. Estos temores le parecían despreciables y absurdos. Le sorprendía que las espléndidas visiones que iluminaban su fantasía no se encendiesen de inmediato, como esperanzas, en aquéllos a quienes se esforzaba en convencer. Regresando un día bajo la fría llovizna de marzo, desanimado y exhausto, se dejó caer en una silla, y, consecuencia del agradable calor, se quedó dormido. En sueños gustó de todos los triunfos que le habían eludido en sus horas de vigilia. Soñó, y su sueño fue dulce:

La tercera guerra mundial, como el sitio de Troya, había entrado en su décimo año. Militarmente hablando, su curso aparecía inconcluso. A veces, la victoria parecía inclinarse hacia uno de los lados, a veces al otro, pero nunca de manera decisiva, ni tampoco por un largo período de tiempo. Sin embargo, desde el punto de vista técnico, el único que interesaba al doctor Vulpes, los progresos no podían ser más satisfactorios.

En el transcurso de los primeros años de la guerra, los robots sustituyeron a los trabajadores de las fábricas, en los dos campos contendientes, liberando de este modo inmensas reservas de energía humana para los ejércitos. Pero este avance, acogido en principio entusiásticamente por los gobiernos, demostró ser menos satisfactorio de lo esperado. Las bajas, causadas en su mayor parte por la guerra bacteriológica, fueron enormes. En algunos sectores de extensos frentes, después de sufrir destructoras epidemias, los combatientes se amotinaron y clamaron por la paz. Por un momento, los gobiernos rivales desesperaron de poder mantener viva la guerra, pero el doctor Vulpes y su adversario Phinnichovski Stukinmudovich encontraron una fórmula para superar la crisis.

En el curso del tercer y cuarto año de la guerra, fabricaron robots militares que ocuparon el lugar de los soldados en la infantería de ambos lados. En el quinto y sexto año extendieron este proceso a todos los oficiales inferiores al grado de general. Descubrieron también que la labor de educación —o de adoctrinamiento, como dio en llamarse a la sazón y de manera oficial— se podía realizar con mucho más rigor y exactitud por medio de máquinas que por medio de maestros y profesores vivientes. La eliminación completa de la idiosincrasia personal de los educadores humanos se había revelado como muy difícil, mientras que los instructores en serie, fabricados por el doctor Vulpes y por el camarada Stukinmudovich, decían todos exactamente las mismas cosas y hacían precisamente los mismos discursos acerca de la importancia de la victoria. El subsecuente avance en la moral de todos fue verdaderamente notable. En el año octavo de la guerra, ninguno de los jóvenes especialmente preparados para ejercer el mando sobre los vastos ejércitos de robots temblaban ante la casi ineluctable certeza de morir en las áreas azotadas por las plagas donde se desarrollaban las batallas. Pero, a medida que iban muriendo, una siempre creciente habilidad mecánica los hacía superfluos.

Al final, casi todo fue hecho por robots. Algunos seres humanos, hasta aquí, aparecían como indispensables. Expertos en geología, para dirigir los robots-mineros en las zonas apropiadas, gobernantes para decidir las cuestiones políticas decisivas, y, naturalmente, el doctor Vulpes y el camarada Stukinmudovich, para dedicar sus mentalidades excepcionales al logro de nuevos alardes mecánicos. Ambos se hallaban situados por encima de la batalla en el sentido de que se desinteresaban de los objetos en que los políticos malgastan su elocuencia, para no entregarse más que al perfeccionamiento de sus máquinas. Ambos amaban la guerra, porque ésta inducía a los políticos a concederles plena libertad. Ninguno de los dos deseaba el fin de la guerra porque temían que con él los hombres volverían a sus modos tradicionales de vida, haciendo, a fuerza de cerebro y músculos, cuanto los robots podían hacer sin fatiga y con mucha mayor precisión. Siendo idénticos sus objetivos, eran íntimos amigos —aunque esto debía mantenerse ignorado por sus jefes— políticos. Habían utilizado una parte de sus ejércitos de robots para excavar un gran túnel a través de las montañas del Cáucaso. Una de las bocas del túnel la ocupaban fuerzas del Oeste; la otra, guarniciones del Este. Nadie, excepto el doctor Vulpes y el camarada Stukinmudovich, sabían que el túnel tenía dos salidas, pues, aparte de ellos mismos, no permitían la entrada en el túnel más que a robots. Habían empleado robots para calentar el túnel, iluminarlo brillantemente y abastecerlo con grandes partidas de alimentos en cápsula, calculados científicamente para promover vida y salud, aunque no deleite para el paladar, ya que ellos vivían inmersos en su vida mental, indiferentes a los placeres sensibles.

El doctor Vulpes, a punto de entrar en el túnel, se permitió algunas reflexiones no profesionales acerca del mundo de luz solar que iba a dejar temporalmente para acudir a una de sus periódicas conferencias con el camarada Stukinmudovich. Contemplando fijamente el mar a sus pies, y, arriba, los nevados picos de la montaña, tristes recuerdos empañaron su mente al considerar la educación clásica en que, por

imposición de padres chapados a la antigua, había gastado de mala gana sus primeros años. «Aquí fue —reflexionaba— donde Prometeo fue encadenado por Zeus. Prometeo, el que inició el primer paso en este glorioso progreso de las ciencias, que ha llegado a las presentes y espléndidas concreciones. Zeus, como los gobiernos de mi juventud, prefería los viejos caminos. Pero Prometeo, a diferencia mía y de mi amigo Stukinmudovich, no logró descubrir la manera de chasquear a los reaccionarios de su tiempo. Es significativo que debiera yo triunfar en el lugar donde él sufrió, y que Zeus, con sus despreciables rayos, quede colocado en su verdadero lugar por nuestra pericia atómica.» Con estos pensamientos se despidió de la luz del día y avanzó al encuentro de su amigo.

Durante el curso de la guerra habían mantenido muchas conferencias secretas. En perfecta y recíproca confianza se habían hecho confidencias en cuanto a los inventos que podían hacer la guerra más ingeniosa y duradera.

En la parte media del túnel se le unió su amigo Stukinmudovich, que avanzaba desde el Este. Se estrecharon vigorosamente las manos y se miraron a los ojos con cálido afecto. Antes de entrar en el proceloso mar de los hechos técnicos, se permitieron recrearse en su común trabajo. «¡Qué hermoso es el mundo que estamos creando —dijeron—. Los seres humanos son contingentes, con frecuencia locos, o cobardes, movidos en ocasiones por ideales gubernamentales. ¡Qué diferentes son nuestros robots! En ellos, la propaganda obra siempre el efecto deseado.»

«Bueno —se dijeron los dos sabios—, ¿qué podía desear el más ardiente moralista que nosotros no hayamos realizado? El hombre propende al pecado, el robot no. Con frecuencia, los hombres se comportan neciamente; los robots, nunca. El hombre está sujeto a aberraciones sexuales; el robot, jamás. Tú y yo —se dijeron mutuamente— hemos convenido hace mucho tiempo que lo único que cuenta en un hombre es su conducta, es decir, lo que puede apreciarse desde fuera. La conducta de nuestros robots es mejor, en cualquier caso, que la del accidental producto biológico que, hasta aquí, no ha hecho sino hincharse con loco orgullo. ¡Qué ingeniosas son sus invenciones! Y sus estrategias, ¡qué magistrales! ¡Qué audacia la de sus tácticas, y cuan intrépida su conducta en la batalla! ¿Quién puede desear más, a no ser víctima de individualista superstición?»

El doctor Vulpes y el camarada Stukinmudovich habían descubierto medios de hacer a los robots sensibles a la elocuencia de los discursos. Los mejores discursos de los estadistas de ambos campos eran grabados en discos, y al sonido de sus palabras galvanizadoras las ruedas de los robots empezaban a girar, y ellos se conducían, aunque con más precisión, de igual modo que los políticos habían soñado que las multitudes vivientes deberían conducirse. Se necesitaba una ligera diferencia para hacer que los robots de un lado respondiesen a un tipo de propaganda, y a otro los robots del bando opuesto. Los robots del doctor Vulpes eran receptivos a las nobles palabras de nuestros grandes estadistas de Occidente: «¿Es lícita la vacilación cuando observamos interminables hordas dispuestas a desarraigar la creencia en Dios y borrar de nuestros corazones la fe en un creador benéfico que nos sostiene contra todo avatar, dificultades y peligros? ¿Podemos soportar el pensamiento en virtud del cual no somos más que ingeniosos mecanismos, como pretenden nuestros desalmados adversarios? ¿Podemos olvidar el inmortal legado de libertad por que combatieron nuestros antepasados, y en defensa del cual nos hemos visto obligados a infligir a miles de seres los rigores del cautiverio? ¿Puede cualquiera de nosotros vacilar en tal momento? ¿Puede retroceder? ¿Le está permitido a cualquiera de nosotros pensar por un momento que el sacrificio de nuestra mera existencia individual, nuestra insignificante vida personal, pueda significar algo ante la preservación universal por la que nuestros ascendientes lucharon y dieron su sangre? ¡No, y mil veces no! ¡Adelante, amigos ciudadanos!, y permaneced, por el conocimiento del derecho, convencidos del triunfo final de nuestra causa.»

Todos los robots del doctor Vulpes estaban contruidos de manera que, cuando un gramófono recitaba en su presencia tan nobles palabras, ellos se ponían instantáneamente a realizar sus trabajos previstos, cuyo fin último era demostrar que el mundo no está gobernado por meros mecanismos.

Los robots del camarada Stukinmudovich eran igualmente eficientes y respondían con idéntica prontitud a las grabaciones de las inspiradas alocuciones del generalísimo: «Camaradas, ¿estáis dispuestos a seguir siendo eternamente esclavos de los desalmados capitalistas explotadores? ¿Estaríais dispuestos a renunciar al gran destino que el materialismo dialéctico ha previsto para todos aquellos que están emancipados de las cadenas impuestas por innobles explotadores? ¿Puede algo tan muerto, tan petrificado, tan cruel e innoble como la estúpida filosofía de Wall Street subyugar eternamente a la raza humana? ¡No, y mil veces no! La libertad os pertenece si trabajáis por ella ahora con el ardor con que vuestros precursores crearon el gran Estado que es hoy vuestro adalid. ¡Adelante, hasta la victoria! ¡Adelante, hacia la libertad! ¡Adelante, hacia la vida y la alegría!» Estas palabras del gramófono activaban igualmente a los robots de Stukinmudovich.

Los ejércitos enemigos se afrontaban masivamente. Los aviones rivales, pilotados por robots, oscurecían el cielo. Jamás falló un robot en el cumplimiento de su deber. Jamás uno solo de ellos huyó del campo de batalla, ni la propaganda enemiga consiguió nunca accionar su maquinaria.

Hasta este encuentro del décimo año de la guerra, la dicha del doctor Vulpes y del camarada Stukinmudovich había tenido sus limitaciones. Había todavía seres humanos en el gobierno, y seres humanos se necesitaban aún como técnicos-geólogos para encaminar a los robots sobre las nuevas fuentes de materias primas, tan pronto como se agotaban las antiguas. Y estaba el peligro de que los gobiernos decidieran la paz. Era necesario prevenir un peligro aún mayor: si los técnicos-geólogos eran eliminados, la actividad de los robots podía terminar un día con el agotamiento de las minas. El primero de estos peligros no era inevitable. Al reunirse en esta ocasión confesaron ambos tener planes conducentes a la eliminación de los gobiernos de cada lado. Pero la necesidad de expertos-geólogos era un problema que les preocupaba, y a la solución del mismo dedicaron sus inteligencias en esta ocasión.

Finalmente, tras un mes de arduos pensamientos dieron con la solución. Inventaron robots rastreadores capaces de conducir a los demás a los lugares debidos. Se trataba de robots que podían descubrir hierro, de robots que podían descubrir petróleo, cobre, uranio, y así, sucesivamente, hasta incluir todas las materias necesarias en una guerra científica. Ahora ya no temieron que el fin de la productividad de los yacimientos paralizase el curso de la guerra y el funcionamiento de tanto artificio mecánico.

Cuando hubieron completado la fabricación de esos robots-descubridores, decidieron permanecer en el túnel y esperar con calma la extinción del resto de la raza humana. Ya no eran jóvenes, y tenían la serenidad filosófica de los hombres que han asistido a la culminación de sus trabajos. Los dos sabios, alimentados y asistidos por enjambres de dóciles robots, vivieron hasta una edad muy avanzada y murieron al mismo tiempo. Murieron felices, sabiendo que, mientras el planeta existiese, la guerra proseguiría, sin diplomáticos derrotistas, ni cínicos que dudasen del carácter sagrado de las consignas enemigas, ni tampoco escépticos interrogándose acerca de la finalidad de una interminable y diestra actividad.

El doctor Vulpes se despertó lleno de entusiasmo. Al hacerlo se sorprendió a sí mismo, exclamando: «¡No más riesgos de victoria ¡Guerra para siempre!» Desgraciadamente, estas palabras fueron oídas y le enviaron a la cárcel.



ZAHATOPOLK

CAPÍTULO PRIMERO

El pasado

El profesor Driuzdustades, el eminente director del colegio de adoctrinamiento, con porte majestuoso y flotante toga, subió al estrado situado en el vestíbulo, reverentemente restaurado, de los incas, en Cuzco, y quedó frente al ávido auditorio, en el comienzo del año académico. Había accedido a su importante cargo tras la muerte de su padre, el no menos eminente profesor Driuzdust. Los estudiantes ante los cuales se disponía a disertar eran los cien más prometedores de todo el reino. Acababan de terminar sus estudios ordinarios e iniciaban justamente el curso de posgraduados, lo cual aseguraba al Colegio de Adoctrinamiento su inmenso poder sobre la opinión.

Los jóvenes y anhelantes rostros se alzaban en espera de las palabras henchidas de sabiduría que, a no dudar, fluirían de sus labios. Entre los cien había dos alumnos especialmente brillantes: uno era su propio hijo Thomas, de quien se esperaba que sucediese en debida forma al padre en su augusto ministerio. El otro era una muchacha llamada Diotima. Era bella, atenta y profunda, y había subyugado el corazón de Thomas.

Después de aclararse la garganta y tomar un sorbo de agua, el profesor habló como sigue:

«El tema de mi conferencia de hoy será el siglo trece antes de Zahatopolk o, según era llamado por los que vivieron en él, el siglo veinte d. de C. Es creencia de los sabios varones que regulan la educación en este feliz país que, vosotros, los cien

elegidos, tenéis a estas alturas suficiente firmeza para la comprensión y apreciación de nuestra sagrada religión, y de la revelación que debemos al divino fundador Zahatopolk, y para oír hablar, sin pérdida de equilibrio mental, acerca de épocas que carecieron de nuestra fe y nuestra sabiduría. Por supuesto, en ningún momento perderéis de vista que aquellos eran tiempos de oscuridad. No obstante, como estudiantes serios de historia, será vuestro deber —en ocasiones un difícil y penoso deber— apartar de vuestra imaginación todo cuanto conocéis acerca de la verdad y del bien y comprobar que aun en aquella tenebrosidad hubo hombres que, al menos comparados con los restantes de su tiempo, podrían considerarse como virtuosos. Habréis de aprender a no estremeceros al pensar que, incluso hombres universalmente respetados, comían guisantes públicamente, y sin abochornarse. Y lo que apenas os resultará menos difícil perdonar es el hecho de que, cuando el número de hijos excedía de tres, ellos no se los comían, como hacemos nosotros a mayor gloria del Estado, sino, egoístamente, los conservaban vivos. En una palabra, tendréis que cultivar la imaginación histórica. Tendréis que comprender, evidentemente, que esto, aunque es una virtud en vosotros, la élite escogida, sería subversivo y altamente peligroso si extendido a círculos más amplios. Comprenderéis que lo expresado en esta sala de conferencias va dirigido a los sabios, y no debe ser extendido al vulgo. Esto admitido, continuaré mi trabajo.

»El siglo trece a. de Z. fue un tiempo de caos y transición. El tiempo en que la síntesis greco-judaica fue reemplazada por la filosofía prusiano-eslava; un tiempo de convulsiones y desastres; un tiempo en que la base dogmática, sin la cual no puede existir sociedad estable, se hallaba ausente de la mente de los jóvenes y aun de los viejos. Había habido un período conocido por las nostálgicas víctimas de la duda como el siglo de la fe, habiendo sido la síntesis greco-judaica aceptada incuestionablemente, excepto por pequeñas minorías, las cuales fueron justamente reducidas al silencio por el tormento o por la hoguera. Pero este período fue superado por una perniciosa doctrina que, y me complazco en hacer esta afirmación, jamás ha encontrado seguidores entre nosotros. Esta doctrina fue llamada doctrina de la tolerancia. Los hombres de aquel tiempo llegaron a creer que un Estado podía ser estable a pesar de divergencias fundamentales en las creencias religiosas de los ciudadanos. Fue esta demencial ilusión la que hizo caer la síntesis greco-judaica ante el nuevo y viril dogmatismo de la filosofía prusiano-eslava. Les ruego que me interpreten correctamente. No estoy sugiriendo —y confío en que ninguno de vosotros pensará que estoy sugiriéndolo— que hubiese la menor partícula de verdad en ninguno de los dogmas, la síntesis greco-judaica y la filosofía prusiano-eslava, pues ninguna de ellas anticipó al divino Zahatopolk. Ninguna de las dos reconoció la superioridad del hombre rojo. Ninguna comprendió los grandes principios sobre los que, entre nosotros, se hallan tan felizmente establecidas tanto la vida pública como la privada. Estoy asegurando solamente una cosa en relación con esos caducos sistemas; estoy asegurando que sólo en tanto esos sistemas fueron creídos con el fervor suficiente para hacer inevitable la exigencia de uniformidad, fueron capaces de mantener la sociedad homogéneamente unida, de acuerdo a un patrón, aunque, por supuesto, nunca con la suave perfección que debemos a la revelación de Zahatopolk. Todos los sistemas pasados tenían imperfecciones que causaban su ruina. El sistema prusiano-eslavo parecía sólido en los días de su apogeo, de igual manera que su sucesor, el sistema sino-javanés. Pero, finalmente, sus defectos acarrearán su derrumbamiento. Solamente el sistema zahatopolkiano está carente de defectos, y, por ello, sólo el sistema zahatopolkiano durará mientras haya seres humanos para proveer a Zahatopolk de adoradores.»

El profesor manifestó cómo casi todos los datos que poseemos acerca de la disolución de la síntesis greco-judaica, están contruidos sobre el punto de vista de los vencedores, y reflejan la marcha triunfal del divino Satalinus y la general exterminación en el mundo de los últimos adherentes del vencido sistema. Pero el profesor hizo

observar que el historiador, siempre que sea posible, debe buscar testimonios de los dos puntos de vista, y debe admitir la participación del vencido en las páginas de la Historia.

«Por fortuna —continuó—, un documento ha sido recientemente traído a la luz en las islas Falkland, que permite, a quienes lo leen, considerar con humana simpatía las tribulaciones y desesperación que reseñan el fin de una gran era.»*

Después de leer el documento, el profesor prosiguió:

«A lo largo de todo el reinado de la filosofía prusiano-eslava, documentos como los que acabo de leer eran desconocidos, por supuesto. Bajo los auspicios del gran dios Dialmet, los habitantes de las llanuras del Norte establecieron su victorioso imperio y lo mantuvieron con el despiadado dogmatismo sin el cual sus absurdos mitos no habrían obtenido general reconocimiento. Sus dos apóstoles, Marcus y Leninius, eran familiares en cualquier punto del globo en forma de iconos, obligatorios en todas las casas, bajo pena de muerte de sus moradores. Estos dos fundadores llegaron a ser conocidos familiarmente como Barba-Larga y Barba-Corta, y se tenía por cierto, en general, que virtudes mágicas anidaban en sus hirsutos apéndices. El sucesor de ambos, Satalinus, cuyas virtudes eran más bien militares que doctrinales, fue levemente menos venerado que sus predecesores, y esa diferencia de grado en cuanto a reverencia se hallaba simbolizada en la substitución de las barbas por un simple mostacho. La lengua germánica, en que estaban escritos los libros sagrados de esta era, se extinguió poco después del advenimiento de los Satalinus, y a partir de entonces los libros sagrados sólo pudieron ser leídos por una minoría de doctos, a quienes no se permitía la comunicación directa con el populacho sino a través del conducto representado por la suprema autoridad política. Esta restricción era necesaria porque en las escrituras había pasajes que, literalmente interpretados, podían haber causado perturbación a los gobernantes e incluso haber suscitado el descontento entre los gobernados.

»Durante varios siglos todo fue bien, pero llegó un momento en que los gobernantes se consideraron seguros y se permitieron prestar oídos a los escépticos letrados chinos. Sin duda, algunos de estos escépticos no abrigaban motivos secretos, sino les movía tan sólo la incontrolable curiosidad intelectual que tanto había influido en la destrucción de la era precedente. Otros, sin embargo —y eran la mayoría—, ocultaban un propósito más sutil. No comprendían por qué razón los hombres blancos habían de monopolizar los libros sagrados. Decidieron desacreditar insidiosamente esos libros afirmando que en su propia lengua, que era ignorada por los gobernantes, había libros sagrados más antiguos, mucho más ininteligibles y capaces de inspirar mucho más temor. Poco a poco domeñaron a sus amos, y popularizaron el escepticismo entre ellos. Sin embargo, ellos se abstendían del escepticismo. Unidos todos por los más estrechos lazos de un dogma esotérico, trabajaron con paciente secreto en la zapa del imponente edificio del estatismo prusiano-eslavo. Y cierto día, largo tiempo predeterminado en sus concilios secretos, se levantaron, destruyendo a sus gobernantes con un sutil veneno destilado de la volcánica vegetación de Krakatoa. De este modo se inauguró la era sino-javanesa, inmediata predecesora de nuestros felices tiempos.

»Nuestro propio país, ahora grande, glorioso e inmutablemente estable, sufrió largos períodos de amargos sufrimientos. Durante las últimas cuatro centurias de la era greco-judaica los hombres rojos eran masacrados, el hombre blanco imperaba sobre nuestro gran continente, del cual por largo tiempo le había excluido la benéfica naturaleza, cuando floreció el primer imperio Inca. Pareció por un momento que la caída de esos crueles señores aportaría la liberación. Los prusiano-eslavos tomaron nuestra defensa y arrojaron a los greco-judaicos intrusos, y, al objeto de estimular nuestros esfuerzos, hicieron grandes promesas de libertad. Pero al llegar la victoria, las promesas fueron olvidadas, y el valiente hombre rojo, cuyo concurso había sido tan

* Véase «El canto del cisne de Menelaus S. Bloggs», pp. 83 ss.

necesario, se encontró en situación análoga a la anterior. Tampoco la era sino-javanesa supuso un mejoramiento de nuestra suerte. Sólo las antiguas tradiciones de los divinos incas del lejano pasado, y las ruinas, de cuya contemplación podía deducirse aún su grandeza, mantuvieron latente en un reducido y secreto grupo la esperanza de que el dios de nuestros antepasados volvería para darnos el dominio del mundo, que habíamos merecido por nuestras virtudes y nuestros sufrimientos.

»Los sino-javaneses, como todos los gobernantes de las eras anteriores a la nuestra, habían consentido por grados en dejarse seducir por el amor a los placeres y a la vida muelle. Los picos escabrosos y los casi inaccesibles valles de nuestro país no les atraían. Vivían en los palacios de las llanuras, rodeados de todos los refinamientos, vestidos con blancas sedas, reclinados sobre lechos exquisitamente dispuestos y — aunque me sonrojo al decirlo— servidos por esclavos de nuestra propia raza, esclavos que, por otra parte, al no participar de los lujos de sus amos, pudieron sustraerse al afeminamiento de los mismos. Fue en esta época cuando apareció el divino Zahatopolk. Al principio, algunos sostuvieron que era un hombre, meramente, lo que sabemos falso. Apareció en el cielo y bajó sobre la cumbre del Cotopaxi. Muchos millares de hombres de nuestra raza, advertidos por un oráculo, contemplaron su advenimiento. Desde esta montaña se dignó bajar para venir entre sus devotos, quienes constataron de inmediato en sus rasgos la semejanza con su dios glorioso, a quien ya habían tributado culto antes de la llegada del infame destructor Pizarro. Un divino entusiasmo inspiró a todos una milagrosa unanimidad. Exterminaron a los chinos sibaritas, a los que hallaron desprevenidos. En las grandes guerras que siguieron, el divino Zahatopolk los condujo a la victoria con ayuda de los hongos mortales del Cotopaxi, cuyas propiedades habían permanecido desconocidas hasta que él las reveló a sus fieles. Por espacio de treinta años laboró entre ellos, primero en la guerra y luego, tras la victoria universal, en las artes aún más dificultosas de la paz. Las instituciones bajo cuya égida vivimos, a él las debemos. El libro de la Ley Sagrada, independientemente de las adiciones aportadas por el tiempo, sigue siendo la base de nuestra conducta. ¡Y desgraciado de quien sugiriese la más insignificante desviación de esta revelación celestial!»

CAPÍTULO II

El presente

El régimen establecido por el divino Zahatopolk necesitó de algún tiempo para establecerse firmemente, pero sus principios habían sido tan sólidos y tan propios de un hombre de Estado, que, en los mil años que siguieron a su advenimiento, no hubo necesidad de nuevas iniciativas radicales. Todos los imperios previos —según enseñaba Zahatopolk— habían caído por la blandura en la forma de vivir, blandura en los sentimientos y blandura en el pensamiento. Esto debían evitarlo sus seguidores, y, para ello, ciertas rígidas e inflexibles reglas debían ser aceptadas sin condiciones e impuestas sin piedad.

Lo primero que el dios pidió a sus devotos que recordasen siempre fue la superioridad del hombre rojo sobre los hombres de diferente pigmentación, y entre los hombres rojos, la supremacía de los peruanos. Se reconocía a los mexicanos como inmediatos en cuanto a méritos. Era lícito, e incluso laudable, ensalzar la sabiduría del antiguo Maya, antes de que la abominación blanca empezase a mancillar el hemisferio occidental, pero la palma, en las glorias remotas, se reservaba al Inca. Las laderas del Cotopaxi producían un hongo microscópico, venenoso, al que los indios peruanos de pura sangre eran inmunes, pero que extendió una muerte contagiosa entre las restantes poblaciones. Tras algunas experiencias de las devastaciones que esta plaga podía causar, el resto del mundo se sometió a la dominación inca. Y con el transcurso de los siglos la rebelión se había hecho casi inimaginable.

La virilidad de la clase gobernante se mantuvo intacta por medio de muchas sabias regulaciones. A sus miembros les estaba prohibido todo lujo material. Dormían en camas duras con almohadas de madera. Se vestían con ropas hechas de cuero. Se suponía que un traje bastaba para cubrir las necesidades de un individuo, desde la edad adulta hasta la muerte. Los baños fríos eran prescritos por la ley, incluso en la época de las heladas y entre la nieve de las montañas. El alimento, si bien saludable y suficiente, era siempre sobrio, excepto en la fiesta anual de la Epifanía. Cada día, todos los peruanos debían hacer suficiente ejercicio físico para mantener una absoluta puesta a punto. El alcohol y el tabaco les estaban prohibidos a la clase dirigente, aunque permitido a sus súbditos. El divino Zahatopolk reveló algo que previamente no se conocía, es decir, que la ingestión de guisantes es una abominación que produce horrible corrupción. Cualquier peruano que comiese guisantes, incluso si no tenía otros alimentos que procurarse, era muerto, y todos los testigos de la nefanda acción quedaban sujetos a un largo y penoso proceso de purificación. Esta prohibición se aplicaba también de modo exclusivo a los peruanos; los demás llevaban ya la impureza en la sangre y ninguna abstinencia era capaz de limpiarlos.

El proceso de endurecimiento empezaba en la infancia, especialmente en lo que concernía a los muchachos. Las horas de escuela se dividían entre lecciones, ejercicios gimnásticos y enérgicos juegos de competición. A ningún muchacho se le permitía expresar su cansancio, ni el frío, ni el hambre. El que lo hacía era despreciado como canijo, y tenía que sufrir no sólo el desprecio de las autoridades, sino también los

merecidos malos tratos infligidos por los restantes muchachos. Los deficientes físicamente sucumbían en este régimen, pero se consideraba que hubiese sido inútil mantenerlos vivos. Solían morir despreciados y en el mayor olvido, y si los padres los lloraban tenían que hacerlo en el más impenetrable secreto, por temor a compartir la infamia de sus hijos.

Los rigores diferían un tanto en la educación de las muchachas, pues se consideraba el desarrollo muscular como una dificultad en el período de gestación. A las muchachas jamás se les permitía la menor veleidad, ni se les toleraba la más pequeña emotividad, excepto en las exaltaciones religiosas y en la devoción al Inca. Se exigía la más completa obediencia, a veces en cuestiones penosas, perfectamente deliberadas. A la exigua minoría que demostraba habilidades consideradas corrientemente como masculinas, se le concedían ciertas libertades y alguna iniciativa, aunque solamente en aspectos convencionalmente admitidos.

Las mujeres, exceptuando las pocas que en su juventud habían sido clasificadas como superdotadas, eran relegadas a los deberes domésticos. No eran consideradas en pie de igualdad con el hombre, puesto que no eran tan útiles como él en la batalla. Ciertamente que, transcurridos los primeros años, dejó de haber batallas, pero ello a consecuencia tan sólo de ser los peruanos considerados invencibles. Éstos no deben olvidar nunca —había enseñado Zahatopolk— que únicamente por medio de la fuerza podrían mantener su imperio, y que un concepto falaz de la seguridad había resultado desastroso para las anteriores razas dirigentes. Por esto, las mujeres deben permanecer subordinadas, y los maridos deben ejercer en el hogar los hábitos de mando que necesitarían en el mundo.

La más estricta monogamia era observada. No le era permitido a hombre ni mujer alguno separarse de la senda de la virtud. No sólo el amor ilícito, sino todo amor, era considerado con reservas. Los padres decidían los casamientos, o los sacerdotes, cuando se trataba de huérfanos. Los interesados no hacían objeción alguna. Los fines de la vida no eran el placer, sino los deberes hacia el Estado y hacia el divino Zahatopolk. En los subsecuentes rarísimos casos de infidelidad, el culpable era degradado y obligado a vivir en el extranjero, como miembro de cualquier horda no peruana.

Zahatopolk enseñó que los peruanos deben conservarse como una orgullosa aristocracia gobernante, cuyos miembros no deben crecer demasiado de prisa, en evitación de que muchos de ellos caigan en la pobreza, ni deben mostrarse incapaces de vivir exclusivamente de las riquezas del Perú, pues el poder y no la riqueza debería ser su finalidad en las relaciones con el mundo exterior. Por esta razón el divino legislador decretó que cuando un matrimonio hubiese tenido ya tres hijos, todo hijo nacido con posterioridad debería ser comido reverentemente en su primer mes de vida, para probar dos cosas: que sus padres no intentaban en modo alguno crear escasez de alimentos y como símbolo de sumisión a Zahatopolk, dios de la fertilidad. Existió en cierto tiempo una secta herética que, descaminada por blandengues humanitarismos, mantuvo que el control de los nacimientos era preferible a consumir el exceso de niños, pero el divino dirigente señaló que el control de nacimientos es un pecado contra el don de la vida, concedido por Dios, mientras que comerse los niños hacía que éstos participasen con su carne en la vida de sus padres, de quienes procedía la vida del niño, y continuase siendo para siempre místicamente uno. De acuerdo con este principio, comerse los propios hijos es un acto profundamente religioso que fortalece, en un sentido material, la eterna continuidad de la corriente vital. Y así llegó a ser este acto universalmente entendido.

Aunque los peruanos formaban una aristocracia en relación a otras progenies inferiores, existía también una aristocracia entre los peruanos. Se trataba de una aristocracia en parte derivada del nacimiento, en parte de la destreza. Cualquier muchacho o muchacha de relevante talento podía ser admitido en sus filas, si bien la mayor parte de sus miembros eran descendientes de los capitanes que habían conducido

las fuerzas de Zahatopolk a la victoria en sus grandes guerras de liberación y conquista. El sacerdocio, muy poderoso, era escogido entre la aristocracia. En cierto sentido, los aristócratas tenían más libertad que el resto de las gentes. Por ejemplo: podían mantener relaciones amorosas con las mujeres de los plebeyos, sin hacerse por ello acreedores a censuras, y estaban parcialmente exentos de las rígidas leyes concernientes a la alimentación y el vestido.

La religión, en parte muy considerable, seguía las huellas del anciano Perú y de México. En cierto sentido, Zahatopolk resultaba identificado al sol, y eran sus divinos rayos los que hacían crecer las cosechas. Había también una diosa, representando a la luna, aunque en el culto tenía un lugar menos destacado, no obstante lo cual tenía un importante papel en el año zahatopolkiano. En la primera luna llena después del solsticio de invierno, en el momento en que el sol y la luna afrontaban el peligro de perder sus varias virtudes, ambos volvían a ser mágicamente vivificados por un antiguo y solemne rito. Durante un breve período de tiempo, Zahatopolk, como dios-sol, se encarnaba en el Inca reinante, mientras la diosa-luna encarnaba en una virgen cuya identidad se revelaba a los sacerdotes por medio de cierto signo sagrado. El sol y la luna se unían al objeto de comunicarse nueva y recíproca vida. La virgen elegida era solemnemente llevada al Inca por los sacerdotes, y su unión con ella hacía recobrar al sol sus fuerzas. Para que la unión resultase lo más completa posible, a la mañana siguiente el Inca consumía reverentemente a la dama, la cual ya no servía al propósito para el que la virginidad es esencial. Este rito sacratísimo, celebrado justamente después del solsticio de invierno, marcaba el comienzo de la gran fiesta pública de la Epifanía, durante la cual, momentáneamente, se relajaban muchos de los lazos de la frugalidad habitual.

Por supuesto que la unión anual de la virgen con el Inca obedecía exclusivamente a motivos religiosos. Aquél tenía una esposa, cuyo hijo mayor le sucedería. Su relación sexual con la joven elegida no se verificaba en tanto que Inca, sino representando temporalmente a Zahatopolk, y la virgen, mientras duraba el rito, era considerada como la novia de Zahatopolk. Ser la elegida era el mayor honor posible para una mujer, y las familias que habían gozado de tal distinción eran exaltadas por ello. La novia misma se regocijaba, a pesar de la muerte que le esperaba. La más hermosa poesía lírica conocida consistía en un canto de triunfo, de rígido y arcaico lenguaje ritual, celebrando el gozo de la novia al mero pensamiento de su absorción en el divino estómago.

Una vez, durante el primer siglo del régimen, una espantosa impiedad había hecho temblar la autoridad hasta sus cimientos. Un hombre que había sido reconocido como Inca se enamoró profundamente de la novia de Zahatopolk, que el impío se abstuvo de matar y consumir. En su lugar, la dejó vivir y la visitaba secretamente. Las consecuencias fueron tales como podían esperarse. El sol no pudo recobrar sus fuerzas, apareciendo cada mañana como en el solsticio de invierno. El supuesto Inca envejeció prematuramente y perdió los dientes y el pelo. Gran turbación y desesperación se originaron, combinadas con negras sospechas. En la fiesta del equinoccio de primavera, que se celebró en el tiempo normal, pese a los desfallecimientos del sol en elevarse debidamente, un rayo, surgido de un cielo límpido, fulminó al falso Inca. Después se descubrió que su madre había cometido un impío adulterio, lo cual le incapacitaba para el trono. Ante este accidente, cierto escepticismo había brotado entre los intelectuales, pero después de aquella contrariedad ninguna otra volvió a surgir, naturalmente.

La sagrada comarca del Perú comprendía los territorios que, durante la dominación hispánica, fueron conocidos con los nombres de Ecuador y Chile. En toda esta región, y tan pronto como la liberación se completó del todo, Zahatopolk decretó medidas para asegurar la pureza de la sangre india. Los blancos y los negros fueron exterminados, y todos los mestizos fueron esterilizados. Sin embargo, algunos en los

que la mácula de sangre extranjera no era evidente, consiguieron escapar y así, de vez en cuando, nacían niños con rasgos negros o blancos. Todos los recién nacidos eran examinados por médicos del Estado, y si alguna de esas taras quedaban al descubierto, los padres tenían que comerse al hijo y someterse a la esterilización. Mientras el régimen fue aún creciente, esta severidad solía causar algunos descontentos. En estos casos, los padres se hacían sospechosos a partir de ese momento, y eran sometidos a cuidadosa vigilancia por la policía secreta. Cuando hubieron transcurrido doscientos años de este proceso, las huellas de sangre extraña desaparecieron, y ya no hubo más que indios puros a todo lo largo y ancho de la tierra sagrada. Fuera del Perú la política oficial difería. Los mexicanos eran tratados casi como iguales. Se les admitía en el ejército y en los puestos de gobiernos extranjeros, a excepción de los supremos, a condición de poseer sangre pura. Se les daba también educación superior, e incluso eran admitidos en la universidad de Cuzco. Otros indios tenían privilegios menores, y se consideraba que sus méritos podían ser tales como para obtener pleno reconocimiento. Los blancos, negros, amarillos, los de piel oscura no roja, eran tratados como especies inferiores. Había una diferencia, empero. Los negros, que nunca aún habían conseguido culminar en un imperio mundial, eran despreciados, pero no temidos. Los blancos y amarillos, por la razón opuesta, eran temidos, y el menosprecio que se inculcaba hacia ellos tenía que ser cuidadosamente cultivado.

La educación se negaba a todos los no indios. Todos, sin distinción, tenían que realizar diariamente diez horas de trabajo manual. Mientras las tierras del Perú conservaban una primitiva y rústica sencillez y se evitaba con sumo cuidado todo daño a las bellezas naturales, el resto de la tierra estaba invadida de las instalaciones industriales más ultramodernas. Fábricas, minas, enormes montones de escorias, zarrapastrosas zonas urbanas, humo y mugre, todo ello se consideraba apropiado para la hez de los países extranjeros. Los peruanos creían y enseñaban que, mientras ellos eran hijos del sol, las otras razas eran abortos salidos del lodo.

Cuanto había sido enseñado por Zahatopolk en relación con los efectos relajadores del placer, fue usado para degradar a las poblaciones no indias. Al término de sus diez horas cotidianas de trabajo, encontraban aquéllas todas las facilidades para entregarse a excesos alcohólicos y a los embrutecedores efectos del opio. El matrimonio no estaba reconocido, y se alentaba la más universal promiscuidad. A los médicos se les prohibió combatir la creciente extensión de enfermedades venéreas. Todo peruano culpable de mantener relaciones sexuales con los miembros de una raza inferior, era inmediatamente eliminado. Los guardianes peruanos, necesarios para mantener en el orden a la bestial población, eran cuidadosamente protegidos contra la posibilidad de contagiarse de la degradación de su contorno. Se les estimulaba a contemplar a los nativos en el acto de comer guisantes, y este espectáculo nauseabundo galvanizaba su patriotismo hasta el más alto grado. La población no india del mundo iba disminuyendo como consecuencia de la enfermedad y los excesos. Algunos visionarios entreveían, en un futuro más o menos lejano, un mundo totalmente purgado de hombres no rojos, y en ese futuro imaginaban una igualdad de todos los hombres que, en el actual estado de cosas, no podía tolerarse. Sin embargo, tales utopías eran juzgadas arriesgadas y quienes las propagaban considerados con cierta suspicacia. Los gobernadores de comarcas extranjeras eran muy cuidadosamente seleccionados, pues la experiencia demostraba que aquéllos en cuya naturaleza existían determinados elementos de inestabilidad, estaban predispuestos a trastornos nerviosos de diferentes tipos. Algunos, innecesariamente, practicaban ciertas crueldades con los nativos; otros, cuyos desórdenes eran más graves, intentaban hacer amigos entre ellos y los trataban como a iguales en ciertos aspectos. Había incluso un tipo —reducido— de gobernadores, que creían en la fraternidad de todos los hombres y desenterraban documentos de la época greco-judaica que proclamaban esta grosera doctrina. Estos hombres hubieron de ser

tratados muy severamente, y la Escuela de Adoctrinamiento de Cuzco tuvo que iniciar cursos destinados a precaverlos contra el peligro. Con el fluir del tiempo, sin embargo, el peligro se aminoró, debido a las medidas adoptadas por el gobierno acertaron a degradar cada vez más a los nativos, reducirlos a un estado puramente animal. Después de algunas centurias, la supremacía peruana se hizo incommovible, aparentemente.

CAPÍTULO III

El trío

Las conferencias del profesor Driuzdustades continuaron a lo largo de un año académico, y dieron lugar a doctas discusiones entre Thomas y Diotima, en las cuales Freia, amiga de esta última, tomaba una parte menor. Diotima, a consecuencia, en parte, de las conferencias, y en parte por la lectura de la historia antigua, empezó a sufrir de perplejidades que la sorprendían e inquietaban. No se sentía muy segura acerca de que el canibalismo fuera necesario o deseable. El profesor Driuzdustades había explicado que la identificación de la novia con la luna no debía entenderse literalmente, sino solamente a modo de bella alegoría. Una mañana, un pensamiento terrible asaltó a Diotima: «¿Por qué, si la unión no es más que alegórica, no puede serlo también la práctica canibalesca? ¿Por qué no podía substituir un muñeco de pastelería a la novia viviente?» El carácter blasfemo de este pensamiento la heló completamente de terror, se estremeció y se puso lívida. Thomas, que estaba presente, inquirió acerca de tal reacción, pero el pensamiento había pasado fugitivamente y ella no consideró prudente revelarlo. Otras dudas la asaltaban también. En la biblioteca de la universidad halló un viejo volumen polvoriento que, con toda evidencia, no había sido hollado durante un muy dilatado espacio de tiempo. Contenía las más curiosas especulaciones acerca de los siglos oscuros, antes del advenimiento del sagrado Zahatopolk. No pudo resistir la conmoción que le producía su enorme antigüedad, pues algunas de aquéllas eran, incluso, anteriores al advenimiento de la era greco-judaica. En algunos de aquellos escritos encontró una doctrina según la cual las simpatías de un hombre no debían limitarse exclusivamente a los individuos de su propia raza, sino extenderse al conjunto de las razas humanas. Descubrió también que, en tiempos remotos, hombres que no habían sido rojos habían alumbrado pensamientos y pronunciado palabras que le parecían por lo menos tan profundos como cualquiera de los producidos durante la era zahatopolkiana. Empezó a considerar si la presente bestialidad de los hombres blancos, amarillos y oscuros era realmente, según se le había enseñado, debido a inferioridad congénita, o no habría sido producida, al contrario, por las instituciones establecidas por la administración peruana. De estas dudas apenas habló, pero algo de ellas se traslucía en sus veladas expresiones.

A Thomas le inquietó su estado de ánimo. La admiración que sentía por ella era tal que todas sus palabras tenían para él peso, y a pesar de que le alarmaba, no podía rechazar sus dudas, vagamente esbozadas, como solía hacer con las de sus restantes condiscípulos. Aunque se sentía confuso, su fe sobrevivía, porque le parecía que sin la dura estructura de la ortodoxia zahatopolkiana la sociedad se disolvería en el caos universal. En la guerra de todos contra todos temía asistir a la ruina de lo mejor de la civilización. ¿Qué sería de la ciencia y el arte? ¿Qué del orden en la familia? ¿Qué salvaguarda podría aprestarse contra las vastas destrucciones producidas en las luchas a escala mundial de hordas rivales? Le parecía que todos estos horrores podían sólo prevenirse con la monumental estabilidad de la ortodoxia tradicional. Permitir una vez la penetración de la duda, a través siquiera de la más insignificante hendidura,

significaría la disolución de todo el sistema. Una profunda noche, en cuanto a la cultura, se extendería por todo el globo, y los hombres de todas las latitudes se degradarían tanto como lo estaban los de las más abyectas poblaciones del presente. Semejantes pensamientos le hacían estremecerse cada vez que Diotima, como al desgaire, dejaba apuntar sus provocativas opiniones.

—¡Oh Diotima, cuidado! —solía decirle—. Estás embarcada en una peligrosa aventura mental, una aventura conducente a un oscuro e insondable abismo en que te verás absorbida, si no desandas camino. No deseo verte seguir sola por ese camino, pero, a pesar de cuanto te amo, no puedo acompañarte en él.

Freia, que en ocasiones se hallaba presente en las discusiones, era incapaz de apreciar la gravedad de las mismas. Diotima, a quien conocía desde la niñez, le era cara a través de muchos comunes acuerdos. Y Thomas, como hijo brillante de un brillante padre, destinado en el asenso general a seguir impulsando la secular tradición de la cultura zahatopolkiana, inspiraba respeto a la joven, para quien todo lo establecido era sagrado. Y, sin embargo, se hallaba mucho menos confusa de lo que debiera, pues empleaba la mayor parte de su tiempo en sueños resplandecientes de mística exaltación, y cuanto no se ajustaba a su estado anímico le parecía debido a algún error. Cuando Diotima decía algo que parecía subversivo, Freia solía sonreír amablemente y decir:

—Por supuesto, querida, que no sientes eso que dices.

Y Diotima, que no consideraba posible ni deseable perturbar las creencias de Freia, le daba la razón en apariencia, como si no hubiese intentado más que un mero pasatiempo intelectual.

La familia de Diotima pertenecía a la más elevada y rancia aristocracia del Perú. En la guerra de liberación, sus antepasados habían mandado uno de los mayores ejércitos de Zahatopolk, y en las centurias subsiguientes habían contribuido con dignidad a mantener el orden existente. En diferentes ocasiones, la novia del sol había pertenecido a la familia, y los retratos de aquellas desposadas, perpetuamente orlados de guirnaldas de mirto sin cesar renovado, ocupaban el sitio de honor en la estancia que servía de comedor a la familia. La imponente mansión familiar se hallaba en el mejor barrio de Cuzco y tenía un maravilloso jardín que llenaba las escarpadas laderas de las colinas con el color y el aroma de muchas flores. La familia de Freia, si bien no del todo tan augusta, era también aristocrática. Por otro lado, Thomas debía su admisión en esos preeminentes círculos al intelecto y a los servicios públicos de su distinguida familia. Cierta ligera condescendencia era quizá casi natural en la actitud de las viejas familias en relación a individuos como él. Pero el gobierno proclamaba que la estabilidad del régimen necesitaba los servicios continuos de los mejores cerebros disponibles, y la prudencia recomendaba una aceptación social tan íntegra como fuera posible de cuantos habían ascendido por aquel medio de la escala social. Por lo cual, no era sorprendente que al mencionar Diotima a sus padres los nombres de sus dos amigos, Thomas y Freia, conviniesen aquéllos en que su hija debía invitarlos al objeto de inspeccionarlos y juzgarlos con la perspicacia que siglos de supremacía habían contribuido a desarrollar.

Los padres de Diotima, a pesar de que ella nunca les hablaba de sus secretos pensamientos, habían adivinado en ella una intrepidez intelectual que deploraban profundamente. Parecía tener la mala costumbre de dejar que los argumentos determinasen su conclusión, en lugar de fijar primero la conclusión, para posteriormente adaptarles los argumentos. Intuían que en esto se ocultaba algo anárquico y peligroso, pero aunque les intranquilizaban sus turbulentas especulaciones (que eran, de hecho, mucho más turbulentas de lo que ellos imaginaban), lo consideraban como propio del entusiasmo juvenil que las experiencias del mundo real se encargarían de sosegar. Se felicitaban de su amistad con Freia, cuya ejemplar piedad había sido atestiguada por muchos y comunes amigos. En ocasiones lamentaban con ansiedad que su hija no se pareciese más a esta imperturbable santa. Los testimonios de los profesores de Diotima,

concernientes a la gran habilidad y aplicación de la muchacha en los estudios, contribuían a mitigar sus temores. El tiempo le enseñaría, pensaban, que el intelecto no es todo, y le daría las preocupaciones morales que por el momento parecían faltarle. Thomas, garantizado por la gran reputación de su padre y por su propia y excelente ejecutoria, representaba exactamente el tipo de amigo que hubieran podido desear para su hija. La única duda que tenían respecto a él era debida a su fama de brillante intelecto, puesto que, según les parecía, no era el intelecto lo que en su hija necesitaba desarrollo. Ahora bien, por lo que sabían de Thomas, el intelecto jamás le había conducido a extravío —aquí se establecía una nueva semejanza con su padre— y existían todas las razones para suponer que llegaría a ser tan valioso para la estabilidad del orden social como su distinguido progenitor. Tales eran las consideraciones que movían a la madre de Diotima a invitar a Thomas y a Freia a tomar el té.

La madre de Diotima era agradable como anfitriona y deseosa de sosegar a sus huéspedes, aunque no podía prescindir de maneras un tanto majestuosas que ellos, al principio, encontraron intimidantes. Su lenguaje era siempre correcto, y sus sentimientos impecables, sin permitirse jamás ninguna licencia gramatical ni descuido alguno de vocabulario. Ningún sentimiento que se separase de lo correcto lo más leve, dejaría de recibir, cuando menos, la censura de un leve arqueado de las cejas. Diotima prestaba muy poca atención a los tabús sociales de su madre. Su lenguaje era inconstante: algunas de sus palabras demasiado eruditas, otras tenían un cierto sabor a jerga. No podía resistirse a exteriorizar agudezas que en ocasiones resultaban irreverentes, y una vez, incluso, llegó a burlarse de un hombre eminente que era amigo de su padre.

—Querida mía —decía su madre—, nunca encontrarás marido si usas expresiones tan poco elegantes y semejante falta de respeto hacia tus mayores. — Observando que Diotima, de modo obvio, tenía a Thomas en gran consideración, y esperando que el muchacho ejerciera un efecto restrictivo sobre su temeraria hija, la señora se volvió hacia Thomas y le dijo:— Estoy segura de que el profesor Driuzdustades no lo aprobaría, ¿no es cierto, Thomas?

Ante semejante pregunta, Thomas se encontró intolerablemente embarazado. Secretamente estaba de acuerdo con su anfitriona, pero la lealtad no le permitía desasistir a Diotima. Sin embargo, Freia acudió en su ayuda. Prorrumpió en manifestaciones de entusiasmo acerca de la belleza del lugar.

—¡Qué gran felicidad la de ustedes —dijo— poder sentarse en este exquisito jardín contemplando las eternas nieves, conscientes de que nuestro sagrado reino es tan eterno y sublime como esos elevados picos!

La madre de Diotima compartía estos sentimientos, pero dudaba que expresarlos fuera compatible con el buen gusto, pues aunque el entusiasmo es bueno en su momento, debe ser siempre mantenido dentro de los límites de las buenas maneras y el decoro. Mientras vacilaba tratando de hallar la respuesta apropiada al éxtasis de Freia, Diotima exclamó con vehemencia:

—¡Vamos, vamos, Freia, los picos no son eternos! ¡Conocemos por la geología que surgieron por un cataclismo, y un día, cualquier otro cataclismo los destruirá! ¿No temes que pueda haber un tinte de blasfemia al comparar el régimen de Zahatopolk con esos pesados bloques de las alturas?

Esta observación produjo un penoso silencio, que Thomas procuró suavizar con estas palabras.

—¡Oh, por supuesto, Diotima está bromeando! ¡Temo que en ocasiones su sentido del humor la lleve demasiado lejos!

—Sí, aunque creo que no debemos ser excesivamente severos con ella —dijo su madre—. Recuerdo perfectamente cómo hace muchos años, su padre, que es hoy todo lo grave que yo pudiera desear, me enojaba por su impertinencia al enjuiciar a los hombres

eminentes de generaciones previas. Ella aprenderá como todos nosotros lo hemos hecho.

Con estas palabras sedativas terminó la reunión.

La duda, una vez instalada en los pensamientos de Diotima, se fue nutriendo de diversos descubrimientos. El viejo volumen que había encontrado avivó su deseo de proseguir la búsqueda en ciertos lugares de la biblioteca de la universidad, demasiado polvorientos y arcaicos como para ser frecuentados. En uno de ellos encontró el relato contemporáneo del malvado Inca que había eludido el deber de devorar a la sagrada novia. Descubrió que en aquel tiempo el Inca tuvo muchos partidarios que mantenían que la impotencia del sol para recobrar su vigor era sólo aparente. Mantuvieron que los sacerdotes adelantaban los relojes públicos durante el día, y los atrasaban durante la noche, para dar la impresión de que los días no alargaban ni se acortaban las noches. Sostuvieron también que la caída del pelo y los dientes del Inca se debía a la administración de un veneno lento, y que su muerte se debió, no a la fulminación de un rayo, sino a la descarga eléctrica producida por dos polos altamente cargados. Naturalmente, su sucesor se opuso a esta secta, que fue reducida con gran crueldad. Pero Diotima observó que únicamente la persecución, no los argumentos, fue utilizada contra ella.

Otro golpe a su vacilante fe fue asestado involuntariamente por un tío suyo, que ocupaba una elevada posición en la casa del Inca. Este hombre enfermó en una ocasión gravemente, y en su delirio dijo muchas cosas que fueron consideradas por cuantos las oyeron como locos desvaríos. Pero a Diotima, que ocasionalmente tuvo a su cargo el deber de cuidarle, le pareció que aquellas delirantes fantasías encerraban verdad.

—¡Ja, ja! —reía el hombre—. La gente se imagina que son los sacerdotes quienes eligen la sagrada novia. Cómo sufrirían al saber que es elegida por los eunucos de la corte como la más apropiada a la concupiscencia del Inca.

Los eunucos de la corte formaban un cuerpo de individuos cuya sola misión pública consistía en cantar antiguos himnos al sol en el magnífico templo que servía de centro a la religión de Zahatopolk. Sus exquisitas ideas y etéreas voces colmaban a todos los oyentes de lo que ellos consideraban el espíritu divino. Mientras escuchaban, sus corazones se elevaban al cielo, y un cierto grado de mística unión con la Divinidad parecía entrar en la conciencia de cada oyente devoto. Era horrible pensar que aquellos hombres pudiesen ser confidentes de algo que no sería sino un engañoso disfraz de religión. Y, sin embargo, era esto precisamente lo que los desordenados delirios de su tío movían a Diotima a pensar.

Estas dos revelaciones de fraude religioso, uno acaecido hacía largo tiempo y otro reiterándose año tras año hasta el presente, produjeron en Diotima una profunda revulsión de la que, por el momento, poco dejó apreciar. En sus conversaciones con Thomas, reservaba sus más peligrosos pensamientos, confiando impulsarle con suavidad y llevarle poco a poco a su propia manera de pensar. Consideró que cualquier choque prematuro le alejaría. Freia, pese a su exquisita belleza, era demasiado insípida y superficial como para excitar los sentimientos profundos de Thomas. En cuanto a éste, encontraba embriagadora a Diotima, casi locamente excitante, pero, a la vez, terrible. Con ella sentía la excitación del alpinista ante una rampa helada y resbaladiza. No podía desviarse, no podía aprobar, y era incapaz de rechazar completamente.

CAPÍTULO IV

Freia

Un día en que el trío se hallaba sentado junto a un arroyuelo de la montaña, ocupado en profunda discusión, Diotima vio a dos hombres que les observaban desde detrás de unos árboles, a los que, por el uniforme que llevaban, identificó como eunucos de la corte. Uno de ellos señalaba en dirección a Freia, y el otro asentía gravemente con la cabeza. Sus acompañantes no vieron esta escena que, a la luz de las revelaciones de su tío, tenía una obvia significación. Se puso pálida y en voz baja dijo:

—Volvamos a la ciudad.

—¿Qué te ocurre? —inquirieron los otros.

Cuando se hubieron alejado una distancia conveniente les explicó que había llegado a su conocimiento que Freia sería la próxima novia de Zahatopolk.

—Pero ¿cómo puedes tú saberlo? —preguntaron los otros dos.

—No os lo puedo explicar ahora —replicó—. Pero ya veréis cómo estoy en lo cierto.

Poco después, la elección de Freia se hizo pública. La muchacha se sintió inundada de humilde éxtasis, y experimentó todas las emociones que en los días de la síntesis greco-judaica habían sido atribuidas a la Madonna en el acto de la Anunciación. Diotima resultó profundamente afectada, y la fe religiosa no pudo impedirle pensar que su amiga de toda la vida iba a correr una suerte espantosa. Por supuesto, Thomas tenía conciencia de la escasa ortodoxia de los sentimientos de la muchacha. No podía admitir que tuviese razón en esto, ni soportar el pesar de considerarla equivocada. Como era de esperar, los padres de Freia se sintieron colmados de aquel gran honor que venía sobre la familia. La madre de Diotima se alegró de la amistad que unía a la novia con su hija, y hacía alarde de tal amistad ante todos los visitantes. Freia, pocos días después del anuncio de la noticia, fue separada de todo contacto profano y sometida a un largo proceso de purificación y santificación, que debía presidir la apoteosis. Diotima sufría, y Thomas trataba, aunque sin éxito, de alegrarse del honor que le había sido discernido a su común amiga. Diotima, que alentaba la esperanza de su total conversión, procuraba evitar que sus desacuerdos abocasen nunca a una ruptura. Las relaciones entre ambos permanecieron en este estado de duda e interinidad durante todo el mes de la preparación de Freia.

Freia, bajo la influencia del sistema lentamente perfeccionado en el curso de siglos por los sagrados eunucos, se absorbió más y más cada vez en místico éxtasis. Era tratada por los eunucos oficiantes como un ser divino. Antiguos y hermosos vestidos, usados sólo por las novias de Zahatopolk, fueron traídos para ornamento suyo. Cada mañana, a la salida del sol precisamente, la llevaban al baño, en la sagrada corriente, prohibida a todos bajo pena de muerte, excepto a la novia de Zahatopolk. En una capilla ricamente adornada, cuyas paredes resplandecían con mosaicos en los que se representaba la vida terrena de Zahatopolk, Freia escuchaba los cantos entonados por

los eunucos con voces de celestial pureza. La alimentaban de manera diferente al resto de hombres y mujeres. Le eran proporcionados libros de poesía antigua, en los que se celebraban los éxtasis de la luna ante los abrazos del sol, y representaciones de Zahatopolk y su novia en un santo y apasionado abrazo. Así, en un mundo de viejas leyendas y ritos, los recuerdos de su vida anterior se hicieron cada vez más confusos, y se movía y alentaba como en un sueño y le parecía que día a día el espíritu de la diosa se enseñoreaba de ella.

Finalmente llegó la noche suprema. Con un vestido de rutilante azul adornado de innumerables estrellas, y con una llameante antorcha en la mano, descendió lentamente las sagradas escaleras hacia el Inca, que ya esperaba. Mientras bajaba, Freia entonó un cántico de inmensa antigüedad y de hermosura casi insoportable. Con las últimas notas llegó al pie de la escalera, y contempló ante ella la figura largo tiempo esperada del Inca.

El Inca, un hombre de gruesos labios, nariz aporrada y ojos porcinos casi enterrados en fofa carne, le pareció, no obstante, un ser divino, digna encarnación de Zahatopolk. El Inca se hizo cargo de ella abruptamente, diciendo:

—Y ahora, este vestido fuera. No me tengas esperando toda la noche.

Ella consideró que así es como un dios debía conducirse, y acogió con transporte la oportunidad de humillarse ante él. Cuando el rito se cumplió, el Inca se quedó dormido y empezó a roncar, mientras ella, reverente, contemplaba su durmiente forma. Hacia la mitad de la noche los sacerdotes abrieron en silencio una puerta secreta y le hicieron una señal. Lentamente, en éxtasis, ella los siguió hacia la muerte.

El Inca despertó a su debido tiempo y bajó a desayunar.

—Bien considerado —murmuró al tomar el primer bocado—, la han cocinado magníficamente este año.

CAPÍTULO V

Diotima

Después que Freia hubo sido llevada hacia la deificación y la muerte, el estado de ánimo de Diotima cambió. Hasta entonces había estado llena de alegría e ingenio. Le habían agradado los juegos intelectuales y seguía las consecuencias extremas de un argumento, más de acuerdo con la lógica que con las implicaciones sociales. Ahora, sin embargo, bajo el impacto producido por la muerte de Freia, se sintió angustiada por las consecuencias sociales de las creencias falsas. Ya no podía seguir aceptando por más tiempo ni una sola palabra de la teología oficial. Se le apareció claramente que Zahatopolk había sido tan sólo un hombre y que su doctrina, fundada en la supremacía peruana, no dejaba de ser más que una concreción de la vanidad nacional. El conjunto de ritos relacionados con el solsticio de invierno acabó pareciéndole absurdo y cruel al mismo tiempo. Intuía que Freia no había sido sacrificada a un dios, sino a los apetitos de un bruto. Pero la rebelión contra un sistema tan firmemente enraizado no era fácil, y durante cierto tiempo revistió la forma de meros debates internos. A medida que la rebelión se hacía más concreta en sus pensamientos, reducía cada vez más sus manifestaciones externas. Thomas, que había temido su levantisca actitud espiritual, creyó entonces que ésta remitía. Cuando él argumentaba contra aquellos atisbos de duda que ella manifestara anteriormente, Diotima no rebatía los argumentos y él imaginaba que la había convencido. Diotima vio que él la amaba, y le habría correspondido a no ser por el sentimiento cada vez más poderoso en ella de entrega a una tarea de espantosa dificultad. Este sentimiento la hizo retraerse y consideró imposible entregarse de todo corazón a una pasión hacia un objeto meramente humano. Thomas percibía su alejamiento, y sufría por ello. Al fin, llegó un día en que ella consideró imposible seguir ocultándole por más tiempo los pensamientos que dominaban a su ser durante todas las horas en que no dormía.

En las horas tempranas de cada mañana, Thomas y Diotima paseaban juntos en un valle profundo de los Andes. A sus pies veían la cálida belleza de profusas flores de primavera. Sobre sus cabezas, a increíbles alturas, se hallaban los picos nevados, precipitándose casi insolentemente en el sombrío azul del espacio. La mayor parte del valle permanecía aún en la sombra, pero aquí y allí rayos deslumbrantes de sol penetraban entre las sombras de las montañas. La calma esculpida en las facciones perfectas de Diotima simbolizaba para Thomas la síntesis de la cálida belleza de los parajes inferiores con la fría sublimidad de las altitudes. El escenario y la mujer, combinados, le producían un sentimiento de éxtasis casi sobrehumano. El amor ardía en él como un fuego, pero era contenido por algo superior al amor —temor, admiración, reverencia y percepción clara de lo que es posible alcanzar a un ser humano—. Ninguna de las palabras de amor ordinarias le parecían adecuadas, y durante un espacio de tiempo caminó en estremecido silencio. Al fin, se volvió hacia ella y dijo:

—Ahora estoy empezando a saber cómo debería vivirse la vida.

—Sí —dijo ella—, debería ser amable y maravillosa como las flores, inmutable y clara como las cumbres, inconmensurable y profunda como el cielo. Es posible vivir así la vida, pero no entre la fealdad y el horror que reinan en nuestra comunidad.

—¡Fealdad, horror! ¿Qué quieres decir?

—Hay fealdad —dijo la muchacha— cuando a un simple ser humano, por el hecho de ser considerado un dios, se le permiten todas las abominaciones.

Al oír estas palabras, Thomas tembló y se apartó vivamente.

—¿Un simple ser humano? —preguntó—. No puedes estar refiriéndote al divino Zahatopolk.

—Sí, a él —dijo ella—. No es divino. El mito que le exalta ha sido creado por el miedo: miedo de la muerte, de los golpes del destino, miedo de los poderes de la Naturaleza y miedo de la tiranía humana. Desde esos picos que nos miran rueda hacia el valle, de tiempo en tiempo, súbita muerte. Se piensa que los poderes que gobiernan en las cumbres son crueles, y se considera que únicamente una devota crueldad puede aplacar su terrible implacabilidad. Pero todo temor es innoble, e innobles los mitos que origina, y los hombres a quienes los mitos exaltan son también innobles. Zahatopolk no es un dios, sino un hombre grosero, más bajo en muchos aspectos que las bestias. El rito en que Freia fue sacrificada no es de origen divino. Nada es de origen divino. Los dioses son reflejos de nuestros terrores ante la impenetrabilidad de la noche, representan la dimisión del hombre ante las fuerzas que pueden destruirle físicamente; encarnan la sumisión ante el tiempo, el cual no puede valorar el momento eterno si en el orden temporal no es más que un momento. Yo no cederé a esa sumisión. Mientras viva estaré erguida como las montañas. Si el desastre llega, como seguramente llegará, sin ningún género de duda, será sólo un desastre externo. El arcano de mi creencia en no importa qué, permanecerá insumiso.

Mientras ella hablaba, un espantoso conflicto parecía desgarrar a Thomas. Una parte de él, aquella que un momento antes se había unido con ella en unidad trascendente, se inflamaba con las palabras de Diotima y ansiaba creer. Pero otra parte, igualmente fuerte, si no más aún, se situó contra ella. Todo cuanto le habían enseñado, cuanto conocía de la sociedad en que vivía, los sentimientos de temor y reverencia que le habían sido inculcados desde la infancia, se alzaron en oposición, y tras frías e impías palabras oídas le llenaron de cósmico terror. Era mejor, consideraba, un dios, cruel si se quería, pero no totalmente extraño, al menos, puesto que experimentaba pasiones como las suyas propias. Un dios semejante era preferible a un universo vasto, frío y sin vida, impensable creador y destructor, indiferente a los seres humanos que han producido sin finalidad alguna para destruirlos sin ningún remordimiento. Este terror cósmico fue en aquel momento superior incluso a su amor. Pálido y temblando se volvió hacia ella y dijo:

—No. No puedo aceptar tu mundo, no puedo vivir con tus pensamientos. No puedo mantener viva la inquieta llama de la efusión humana en medio de las frías ráfagas de tan inconmensurable inhumanidad. Si tu tarea ha de ser la de destruir la fe de mis padres, nuestros caminos deben marchar separados.

Siguieron paseando lentamente hasta que llegaron a la única casa que el valle contenía. Allí encontraron a los eunucos esperándolos.

—Has sido elegida —le dijeron a Diotima, y se la llevaron.

Thomas la estuvo contemplando hasta que se perdió de vista, pero no dijo palabra ni hizo movimiento alguno.

La elección de Diotima como la novia del año fue comunicada oficialmente a sus padres, y también al profesor Driuzdustades, para justificar sus ausencias de clase. Sus padres, siguiendo una costumbre inmemorial, dieron una gran fiesta para celebrar el honor conferido a su hija. Asistió toda la aristocracia de Cuzco, llevando regalos de boda y expresando discursos de felicitación. La madre aceptaba los regalos y los

discursos con una cortés pretensión de humildad, pero el padre, erecto y majestuoso, mantenía una actitud de viejo soldado en la que la satisfacción aparecía oculta tan sólo a medias por el decoro. La fiesta resultó un éxito social inmenso, y la familia de Diotima, obviamente, aún añadió nuevos lauros a sus ya añejos blasones.

El profesor sintió también que se proyectaban sobre él algunos rayos de la gloria de Diotima. Indudablemente, la diosa luna había observado que, bajo su influencia, Diotima se había hecho digna de convertirse en vehículo de su encarnación. El profesor felicitó a su hijo por la amistad que le unía a la dama elegida, pero se inquietó un poco al constatar que Thomas no aparecía tan boyante como la solemnidad requería.

Pero al cabo de unos días empezaron a correr espantosos rumores. Se murmuraba que Diotima no aceptaba el honor de la debida actitud espiritual, que se había negado a participar en las ceremonias de purificación, que negaba la voluntad de la luna de entrar en su cuerpo, que hablaba irrespetuosamente acerca del Inca, e incluso, ¡oh abismo de infamia!, que se atrevía inclusive a mantener que el sol y la luna seguirían su imperturbable marcha aunque los ritos de la Epifanía no fueran oficiados.

Por desgracia, estos rumores tenían demasiado fundamento, y sacerdotes y eunucos se hallaban consternados. Nada parecido, ni remotamente, había sucedido desde el tiempo lejano en que el falso Inca se había negado a comerse a la novia. En su perplejidad, decidieron contemporar. No dejarían vislumbrar al Inca la actitud recalcitrante de Diotima, pero pondrían en juego todas las medidas conducentes a quebrantar su resolución y a obtener su consentimiento. Con este propósito prepararon una serie de entrevistas de Diotima con todos aquellos que eran considerados más calificados para convencerla.

La primera de estas entrevistas fue con su madre. Su madre había sido siempre altiva y un tanto imperiosa, poco dada al despliegue de emociones, y en tales casos dominándolas perfectamente. Ahora todo había cambiado. Se sentía profundamente humillada y era incapaz de encararse con el mundo. No se atrevía a ver a sus amigos por temor a sus críticas o —lo que era todavía peor— a su conmiseración. Encontró a su hija en una celda completamente vacía, vestida con atuendo de penitencia y sometida a régimen de pan y agua. Entre colvulsos suspiros, corriéndole las lágrimas por las mejillas, la madre profirió confusas palabras de dolor y de reproche.

—¡Oh Diotima! —dijo—. ¿Cómo puedes arrojar sobre tus padres semejante abismo de infamia? ¿No recuerdas los años de tu inocente niñez en que, bajo mis cuidados, fuiste creciendo corporalmente y en sabiduría hasta elevar cada día más nuestra esperanza acerca de tu porvenir? ¿No tienes consideración alguna hacia la orgullosa familia que durante muchos siglos ha mantenido en alto el estandarte de la historia en este glorioso país? ¿Serías capaz de infligir sobre los que te han amado la suerte más horrible que puede caer sobre un ser humano, me refiero a la vergüenza, que puede enviar sobre nosotros una hija indecorosa? ¡Oh Diotima, no puedo llegar a creerlo! Di que se trata de un mal sueño y que mi amor puede ser para ti como hasta ahora.

En este momento los sollozos ahogaron el timbre de sus palabras y no pudo proseguir.

Las incoherentes palabras de su madre no afectaron a Diotima. Altiva y fría en apariencia, replicó:

—Madre, algo hay en juego superior al afecto de los padres, superior al orgullo familiar y a este reino que ha sobrevivido durante mil años. Pero este reino, aunque sé que tú no puedes reconocer el hecho, está fundado sobre la mentira, la crueldad y la infamia. Me niego a participar de éstas. Si tus lágrimas no me conmueven, no es por frialdad de corazón. Es porque ardo en un fuego mayor que todo cuanto puedas imaginar. No puedes comprenderlo ni aprobarlo, y te ruego olvides que una vez tuviste una hija como yo.

Lentamente, y en el mayor grado de desesperación, la madre se volvió para marchar y dejó a Diotima en plena soledad.

Habiendo fracasado su madre, al día siguiente fue llevado el padre a la celda de la muchacha. La forma en que se condujo fue diferente a la de su esposa.

—Vamos, vamos —dijo—, ¿por qué te obstinas, joven alocada? Veo que te ha perturbado el conocimiento demasiado temprano de cosas que cuantos vivimos en la proximidad de la Corte conocemos y aceptamos hace mucho tiempo. ¿No supondrás, verdad, que las personas inteligentes creen toda esa palabrería acerca de la luna y del sol? ¿O que imaginan que el Inca, a quien todos conocemos y despreciamos, acceda una vez por año a la divinidad, por oficio del calendario? Sabemos perfectamente que ningún motivo religioso le inspira durante la noche sagrada, y, sin embargo, no originamos sobre esta cuestión el tumulto con que tú amenazas, porque sabemos que esas creencias, si bien todo lo desprovistas de base que se quiera, son útiles para el Estado. Hacen que el gobierno sea reverenciado, y nos permite mantener el orden en casa y el imperio fuera. ¿Qué crees que sucedería si el populacho llegase a pensar como tú? Habría desórdenes en el Perú; en el extranjero habría insurrecciones, y muy pronto todo el andamiaje de la sociedad civilizada se vendría abajo. ¡Temeraria muchacha! Te niegas a ser sacrificada al Inca, y no has pensado que el verdadero sacrificio se realiza por la ley y el orden y la estabilidad social, y no por un príncipe grosero. Tú ensalzas la verdad, pero ¿cómo puede la verdad salvar a un imperio? ¿Es que el profesor ha omitido enseñarte que todos los imperios, y siempre, han sido construidos sobre mentiras útiles? Temo que seas una anarquista, y si no te retractas no debes abrigar la menor ilusión de que el Estado tenga piedad de ti.

—Padre —replicó la muchacha—, doy por sentado que es natural que el Estado peruano sea un dios para ti, teniendo en cuenta nuestras tradiciones familiares. Hace falta cierto esfuerzo de imaginación para concebir un tipo de sociedad diferente a aquel en que has vivido siempre, y temo, padre, que la imaginación no es en ti un punto fuerte. En mis pensamientos contemplo un mundo mejor que el que ha creado nuestra estirpe: un mundo con más justicia, más piedad, más amor y, sobre todo, más verdad. Pueden sobrevenir cataclismos y desórdenes hasta el advenimiento de este mundo mejor, pero ellos incluso son preferibles a la rigidez muerta de nuestras infamias públicas y privadas.

A estas palabras, el padre se puso rojo de ira y exclamó:

—¡Impertinente criatura, te abandono a tu suerte!

A continuación salió a la luz del sol.

La próxima visita de la obstinada prisionera fue la del profesor. Entró en la celda con un aire de suave y aparente benignidad y se dirigió a ella con tonos en que la autoridad quedaba enmascarada en una persuasión premeditada.

—Mi querida muchacha —dijo—, lamento encontrarte y no puedo evitar la consideración de que parte de la culpa me corresponde, porque en el año durante el cual has seguido mis conferencias de adoctrinamiento, debía yo haber conseguido llevarte a una apreciación más justa de los deberes sociales que la reflejada en tus opiniones actuales. Pero indícame, Diotima, en qué puntos y por qué razón disientes de las doctrinas, cuya misión de inculcar me ha correspondido, quizás indignamente.

—Bien —dijo la muchacha—. Puesto que usted me pregunta, le contestaré. No creo en sus hechos, no creo en sus teorías. Juzgo su concepción de la utilidad social intolerablemente estrecha, y su creencia en la inmutabilidad del dogma tan inerte como para producir la muerte en la inteligencia y en el sentimiento. Considero intolerable su indiferencia por la verdad, y su aceptación de los poderes establecidos propia de un obsequioso parásito. Ahora, después de aclarar la atmósfera, estoy dispuesta a oír lo que usted tenga que decir.

El profesor, ante estas rudas palabras, se sonrojó, y por un momento estuvo

tentado de replicar de igual modo, pero esto habría supuesto una traición a sus tradiciones de orden. Diotima se había conducido bruscamente, y se había manifestado con ambigüedad y confusión de un modo que no podía sino deplorar demasiado. Se había contentado con refugiarse en la región de los meros hechos, que para los iniciados representan sólo las primeras estribaciones de acceso a las elevadas cumbres de la sabiduría. Reprimiendo su disgusto con su esfuerzo, se dijo a sí mismo que la muchacha estaba sobreexcitada, y que la dieta de agua y pan podía haber contribuido a su mal humor. Su dilatada experiencia de conferenciante vino en su ayuda y replicó a su diatriba de modo admirable, verdaderamente como le correspondía, y en consideración a la juventud de la muchacha.

—Diotima —dijo—, éstas son cosas que al parecer desconoces, y que, aun en esta hora tardía, debo exponer a tu consideración con todo el vigor de que sea capaz. Empezaré con lo que está en la base de todo lo demás: ¿Niegas la calidad de dios supremo al divino Zahatopolk?

—En efecto —dijo ella—. Se nos enseña que bajó del cielo de una manera milagrosa. Por mi parte sé que descendió de un helicóptero desde un aeroplano escondido entre las nubes. Se nos ha enseñado que no murió, sino que ascendió a los cielos cuando su trabajo en la tierra hubo terminado. Esto tampoco lo creo. Creo que una camarilla de generales le rodearon durante su última enfermedad y le aislaron de todo contacto con el mundo exterior. Creo que arrojaron su cadáver en el cráter de Cotopaxi. A este respecto, leyendas secretas se han ido transmitiendo en mi familia, a la que perteneció el principal instigador de esta conjura. Todos se juramentaron para guardar el secreto y sólo los hombres están iniciados. Pero los hombres sufren fiebres, éstas producen delirio y en el delirio pueden ser revelados hasta los más graves secretos.

En este instante, el profesor comprendió que se hacía necesaria una conferencia sobre la verdad:

—Dando por supuesto que en el plano mundano de los hechos sensibles las cosas fuesen tal como tú dices, ¿no alcanzas a ver que hay un sentido más elevado en el que la doctrina ortodoxa de nuestro país conlleva una verdad más profunda que cualquier leyenda de helicópteros y camarillas militares? ¿Qué tienen que ver los helicópteros con la divinidad? Son simples teorías: ingeniosas, sin duda alguna; convenientes, sin duda, pero indignas de ocupar un lugar central en la doctrina básica de la cosmografía. Si, verdaderamente, nuestro divino fundador se dignó utilizar algún mecanismo, lo hizo sin duda con algún sabio propósito que no nos incumbe penetrar. Y cuando niegas que descendió de los cielos, ¿estás tan segura del lugar en que están los cielos? ¿No has aprendido aún la gran verdad espiritual de que los cielos están allí donde hay pensamientos celestiales? Y allí donde Zahatopolk ha sido visto, no importa el lugar, allí, asegúrate de este hecho, existe una morada para los pensamientos celestiales. En cuanto a su muerte, pueden decirse muchas cosas similares. ¿Qué significación tiene que su tegumento terrestre se helara y llegase a fenecer? ¿Qué importa si sus discípulos le devolvieron ese fuego terrestre, lo más próximo que hay en la tierra al fuego divino, que le permitió instruir a sus discípulos? No era el tegumento terrestre lo que había que adorar, puesto que nuestro dios ha de ser adorado en espíritu y en verdad, y el espíritu y la verdad moran en el alma, no en el cuerpo. Las rudas palabras que has expresado en relación al supremo dios, pueden haber estado en armonía, en líneas generales, con el hecho material, pero desde el punto de vista espiritual, como te he enseñado, el único que nos interesa desde el momento en que somos seres que participamos, aunque imperfectamente, de la divina esencia, esas palabras, digo, son extremadamente falsas y deben ser combatidas con toda la fuerza que nuestra sagrada religión puede inspirar.

—Profesor —replicó la muchacha—, sin duda lo que dice usted es impresionante, pero he llegado a una conclusión que usted encontrará sorprendente.

Creo que hay hechos y ficciones, hay verdad y mentiras. Sé que quienes predicán la doctrina del áureo punto medio, a la que sospecho está usted adherido, consideran que se debería mantener un punto intermedio entre verdad y falsedad, como admirablemente expresó usted en el discurso que acabo de oír. Pero, para mi conciencia, los hechos son rudos, se resisten a ser negados. Sé que, en una orgía brutal, el Inca gozó y luego se comió a mi amiga Freia. Éste es un hecho. Y aunque usted trate de envolver el hecho, no importa cómo, en un manto de niebla y mito, seguirá siendo un hecho, y en tanto usted trate de eludirlo con su propia mirada, compartirá su vileza y se cubrirá de infamia.

—Vamos, vamos —dijo el profesor—. Éste es un lenguaje muy fuerte y no puedo creer que hayas estudiado la teoría filosófica de la verdad tan a fondo como tu curso académico exigía que hubieras hecho. ¿No sabes que la verdad de una doctrina reside en su utilidad social y en su profundidad espiritual, y no en un irrisorio y vulgar hecho, susceptible a ser medido con una regla de a pie por cualquier patán? Considerados por medio de una valoración auténtica, ¿qué mezquinos resultan tus sentimientos para con tu amiga Freia! ¡Cuánto más profundo, más en consonancia con las necesidades de la raza humana ha sido su éxtasis, en aquellos momentos de apoteosis! Considera lo que ella ha cumplido. En unos momentos, algunas de cuyas facetas encuentras inadmisibles en tu arrogancia, ella se ha identificado con la diosa luna. En medio de eterna quietud y eterna belleza, lo que en ella había de inmortal surca los cielos, liberada de los sufrimientos y tribulaciones de esta vida mortal. Y considera cuánto debe la humanidad a ese ritual majestuoso en que su vida terrena halló fin. Ten en cuenta la poesía, la dulce y conmovedora música, los mosaicos gloriosos, el templo, cuyas sublimes y severas líneas arrebatan los ojos y el espíritu a la vez, hacia los cielos. ¿Desearías que todo esto desapareciera de la tierra? ¿Querrías reducir la humanidad a un mero pedestristo, calculador y polvoriento? ¿Llegarías a desear la extinción de la poesía, la música y la arquitectura? Y, sin embargo, ¿cómo podría sobrevivir ninguna de éstas sin el divino mito, no empleo en modo alguno la palabra en sentido peyorativo, por el cual han sido inspiradas? Pero, veamos. Aunque la belleza no tuviera para ti una significación concreta, ¿qué me dices de la estructura social? ¿Y de la ley, la moralidad y el gobierno? ¿Supones que estas cosas podrían supervivir? ¿Crees que los hombres se abstendrían del crimen, del robo, e incluso de relaciones sexuales con no-peruanos, si no sintiesen pesar sobre ellos los ojos de Zahatopolk? ¿Y no te paras a pensar que desde el momento en que la verdad es socialmente útil, las doctrinas de nuestra sagrada religión son verdaderas? Renuncia, te lo suplico, a tu ególatra orgullo; sométete a la sabiduría de los siglos y pon de este modo término al tormento y a la vergüenza que estás haciendo caer sobre tus padres, maestros y amigos.

—¡No! —exclamó Diotima—. ¡No y mil veces no! La elevada verdad de que usted habla, para mí no significa más que altisonante palabrería. La utilidad social que estima tanto no es más que preservación de privilegios injustos. La maravillosa moralidad de que usted charla significa la opresión y la degradación de la gran mayoría de la raza humana. Mis ojos están abiertos y todas sus tortuosas palabras no bastarán para obligarme a cerrarlos de nuevo.

El profesor, encolerizado al fin, exclamó:

—¡Entonces, parece en tu insolente arrogancia, miserable apóstata! ¡Te dejo entregada a la suerte que has merecido sobradamente!

Y tras estas palabras, la dejó.

Sólo quedaba una posibilidad para atraer a Diotima al arrepentimiento. Se sabía que Thomas la había amado y se creía que ella le había correspondido. Quizá lograría triunfar el amor donde la autoridad había fracasado. Se decidió que Thomas tuviese una entrevista con ella, que, en caso de resultar infructuosa, pondría fin a los esfuerzos realizados para apartarla del camino del error.

Thomas había estado atravesando un difícil tiempo de conflictos, temores y miserias. Como hombre enamorado, sufría por la muerte de sus esperanzas. Como joven ambicioso, cuyo acceso al éxito se había presentado despejado hasta aquel momento, temía la suspicacia que pudiese originar su condición de íntimo amigo de una hereje. Como estudiante de teología e historia, que por sí mismo jamás había abrigado tentación de poner en duda la sabiduría de su padre, estaba asustado por las peligrosas consecuencias que se seguirían, de generalizarse las creencias de Diotima. Desde que se produjo la apostasía de esta última, había percibido que muchos amigos le evitaban, y vio que estaba perdiendo la posición de dirigente dentro de su propio grupo. Su padre, al volver furioso de su entrevista con Diotima, le habló con grave severidad:

—Thomas —le dijo—, Diotima está inspirada por el espíritu del mal, al cual, hasta aquí, he prestado insuficiente atención en mi teología. Peligrosos pensamientos emanan de ella como lúgubres llamas de un fuego sulfuroso. No sé qué ubicación puede haber hallado en tu cerebro el veneno. Por bien tuyo, espero que escasa. Ahora bien, si quieres recobrar el respeto general que hasta este momento ha regocijado mi corazón paternal, tendrás que ser muy claro y manifestar a la faz de todo el mundo que eres totalmente opuesto a sus viles herejías, y que ningún resto de afecto embotará tu vivo deseo de verla purgar justamente su infamia. Sin embargo, queda todavía una leve esperanza. Es posible que tengas éxito donde sus padres y yo nos hemos estrellado. Si lo consigues, todo irá bien. Si, por el contrario, fracasas, tu deber consistirá en probar por medio de tu celo que no has sufrido contaminación alguna.

Llevando aún en los oídos la llamada de estas alarmantes palabras, Thomas franqueó la puerta de la celda de Diotima. Durante un instante, el espectáculo de su belleza y su serenidad le embargaron. Su humano amor y el deseo apasionado de que pudiese salvarse aún, dieron al traste en aquel primer momento con la prudencia y la ortodoxia. Prorrumpió en llanto y exclamó:

—¡Oh, Diotima, ojalá pudiese salvarte!

—Mi pobre Thomas —replicó ella—, ¿cómo puedes alentar semejante loca ilusión? No importa lo que haga; mi vida está arruinada. Tanto si muero como novia de Zahatopolk, con público honor e íntima vergüenza, como si muero como una criminal, despreciada y execrada por todos, excepto mi propia conciencia.

—¡Tu propia conciencia! —contestó él—. ¿Cómo puedes erigirla como único arbitro contra tanta sabiduría y siglos tan dilatados? ¡Oh, Diotima! ¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Cómo puedes saber que todo entre nosotros es malo? ¿No tienes ningún respeto por mi padre? ¿Estás dispuesta a echar un baldón sobre tus antepasados? Te he amado. He esperado que tú pudieras amarme. Pero ya veo que esta esperanza era vana. Es angustiioso tener que decirlo, pero ya no puedo continuar amándote porque laceras todos mis sentimientos más profundos. ¡Oh Diotima, es más de lo que puedo soportar!

—Siento de todo corazón —dijo ella— haber atraído sobre ti este cruel dilema. Hasta aquí has tenido todas las razones para esperar realizar una carrera fácil y honorable. De aquí en adelante tendrás que escoger. Si me condenas, tu carrera podrá aún ser fácil. Si no lo haces, puede ser honorable. Pero sé, pese a que quieras engañarte a ti mismo, que en tu fuero interno no podrás ser feliz si me condenas. Quizá podrás silenciar tus dudas durante las horas activas del día, mientras escuches el aplauso del público, pero durante la noche contemplarás una visión en la cual te convocaré a un mundo mejor, y aunque me vuelvas la espalda te despertarás en plena agonía. Porque estoy segura de que has visto, siquiera en vislumbres, la visión por cuya culpa estoy dispuesta a ser condenada. No son el sol ni la luna, como pretendemos, quienes inspiran nuestro credo oficial, sino el orgullo y el temor: orgullo de nuestro imperio y temor de perderlo. Y la vida humana no debería construirse sobre estas pasiones. Debería construirse sobre la verdad y el amor y ser vivida sin temores, en felicidad que todos pudieran compartir. Deberíamos sentirnos incapaces de experimentar satisfacción

cuando descansa sobre la degradación de los demás. Debería considerarse innoble buscar una mezquina seguridad a expensas de las fuentes interiores de gozo y de vida que brotan en quienes abren su espíritu al mundo en valerosa aventura. Nos hemos dejado encadenar, y fuera de nuestro territorio las cadenas han sido impuestas por nosotros a las víctimas. No hemos llegado a comprender que quien aprisiona a otros se convierte él mismo en un prisionero, un prisionero del miedo y del destino. Y las cadenas que hemos forjado para los demás nos tienen confinados en un calabozo mental. Recuerda el sol que halla su camino hacia el interior de nuestro valle. Aún así, la luz debe abrirse paso hasta los lugares tenebrosos del mundo. Y pese a que hoy no tengas conciencia de ello, tu misión consistirá en realizar este trabajo cuando yo haya muerto.

Por un momento sus palabras encontraron eco en el corazón de Thomas, pero él hizo acopio de toda su resolución y su momentánea vacilación se convirtió en ira.

—¿Cómo puedes pensar así? ¿Cómo puedes creer que tan vana charla pueda inducirme a abandonar cuanto reverencio? Continuar hablando contigo no tiene ya sentido. Debes morir, y yo debo vivir para combatir el mal que tú interpretas como bien.

Tras estas palabras, se precipitó fuera de la celda.

Después del fracaso de Thomas, las autoridades ya no mantuvieron la esperanza de conseguir la retractación de Diotima. Fue elegida una nueva novia, y Diotima fue condenada a morir públicamente en el mismo instante en que debía haber gozado de la unión mística con la divinidad.

El día de la expiación fue declarado fiesta pública. El poste del suplicio fue instalado en la plaza central de la ciudad. Los asientos de los notables estaban en las filas de enfrente. Detrás y en pie se hallaba toda la población de la ciudad, dominada por ávida impaciencia. La gente reía, bromeaba y chillaba, y comía nueces y naranjas. Se permitía bromas groseras y se exaltaba ante la expectación de la tortura que estaba a punto de presenciar. Los notables, en las filas delanteras, se comportaban con más compostura, y el Inca, en su trono, se retraía en majestuoso silencio. Thomas, debido a la autoridad de su padre, se hallaba entre los notables. Había sido sospechoso de participar de las herejías de Diotima, y se había defendido con cierta vehemencia de tales imputaciones. Como recompensa y prueba a la vez, iba a participar plenamente en el espectáculo de su muerte.

Diotima fue conducida desnuda al lugar del suplicio, y su conducta reveló una serenidad incommovible. La multitud gritó: «¡Ahí está la infame mujer!» «¡Ahora sabrá quién es Dios!» Fue atada al poste, y antorchas llameantes prendieron el fuego. Cuando las llamas la alcanzaron, la muchacha miró hacia Thomas: una singular y penetrante mirada en que expresaba a la vez angustia, piedad y mensaje. Piedad por la debilidad de él, y mensaje para llevar adelante el trabajo emprendido por ella misma. Su angustia destrozó el corazón de Thomas, la piedad de la muchacha resquebrajó su virilidad, y su llamamiento encendió en la mente del muchacho una llama no menos devastadora que la que en aquel instante consumía el cuerpo de Diotima. En una recapitulación deslumbradora vio que se había equivocado, que lo ejecutado en aquel momento era una abominación; comprendió que ella había defendido cuanto hay de espléndido en la vida humana, y que los dignatarios, al igual que las multitudes, eran víctimas envilecidas de un temor bestial. En este instante terrible se arrepintió, pero la palabra arrepentimiento es demasiado incolora para expresar lo que sintió: una pasión de intensidad semejante a la que había arrastrado a Diotima a las llamas, una pasión por entregarse al trabajo que ella ya no podía llevar a cabo, para liberar a la humanidad de los grilletes del miedo y de la crueldad engendrado por éste. Creyó que gritaba en voz alta: «¡Diotima, estoy contigo!», pero en este momento cayó desvanecido, y, sin duda, el grito no debió ser proferido sino en su propio corazón.



CAPÍTULO VI

Thomas

Durante largo tiempo, Thomas permaneció en el hospital gravemente enfermo e incapaz de hilvanar pensamientos coherentes. Visiones intolerablemente espantosas flotaban en su mente, visiones de mujeres torturadas y hombres brutales, de llamas de muerte y de bestiales gritos de triunfo. Lentamente, la razón volvió por sus fueros. La salud se afianzó y con la salud una inflexible determinación que transformó completamente su carácter. Ya no fue el joven amable y confiado deseoso de seguir las huellas de su padre y alcanzar el éxito fácil y llano que el ejemplo paterno le garantizaba. Con el espíritu galvanizado por devoradora pasión examinó todas las pretensiones del sistema peruano y percibió los poco laudables motivos que lo inspiraban y sostenían. Su intelecto, entrenado para trabajar con mecánica perfección dentro de los límites impuestos por la ortodoxia, franqueó esos límites, sin perder el filo de una precisión implacable. Pero no fue sólo su intelecto quien se liberó, sino también, y aun en mayor grado, su corazón. Los peruanos habían sido enseñados a reverenciar al Estado como el revestimiento terrenal de Dios, y a limitar su simpatía a aquéllos que servían al Estado con lo mejor de sus facultades. Pero el Estado había destruido a Diotima y al rebelarse ante esa crueldad se encontró en franca rebelión contra todas las demás crueldades, todo lo inhumano, todo el resto de las instituciones que aherrojaban la simpatía humana, no solamente en su propio país, sino allá donde se encontrasen seres humanos. Amor, odio e intelecto se fundieron en un todo resistente como el acero. Amor, en primer lugar, hacia Diotima, y, por extensión, al resto de las víctimas. Odio hacia quienes le habían condenado, y, de aquí, hacia el conjunto del sistema que había hecho posible la condenación. El intelecto, que le decía que la divinidad de Zahatopolk era un mito, que el sol y la luna no eran divinidades sino masas sin vida, que la prohibición del control sobre los nacimientos era supersticioso y que los hombres, al devorar a sus hijos, mataban en sí mismos la capacidad para la simpatía y el afecto. Con toda su inteligencia, corazón y voluntad decidió, aunque no hubiera sino un solo camino remoto, establecer en la tierra un sistema mejor que aquel reverenciado desde siempre, un sistema más en consonancia con la visión de Diotima. El sentimiento de culpabilidad que se guarecía en lo más entrañable de su ser podía sólo ser paliado, pensó, si realizaba aquel ofrecimiento a la memoria torturadora de Diotima.

Pero el ofrecimiento a su memoria, si había de aplacar su remordimiento, tenía que traducirse en un cambio del mundo, no en dedicación personal, en martirologio inútil. Con una ardiente determinación interior que revestía al exterior la frialdad del hielo, se puso en acción. Imaginó primero un plan para llevar a la práctica. En público, y con todos aquéllos en quienes no podía confiar plenamente, no alentaba palabra alguna de crítica del orden establecido. A su padre, como a casi todo el mundo, por otra parte, le aparecía completamente limpio de las dudas que pudiera alguna vez haber sentido. La desconfianza con que en los últimos días de Diotima había sido enjuiciado

se desvaneció pronto, y su carrera oficial progresó fácilmente, de triunfo en triunfo. Adquirió el carácter de un dirigente ante sus contemporáneos y sus palabras eran oídas como vehículo de gravedad y sabiduría.

Su más ardiente amigo y admirador era un joven llamado Paul. A éste le abrió su corazón en hora avanzada de una noche de verano, explorando al principio y luego por grados, a medida que iba hallando, cada vez más entusiásticamente, una respuesta afirmativa. Paul había experimentado dudas en ocasión de la muerte de Diotima en la hoguera, pero estas dudas, sabiamente, habían quedado inexpresadas. Mientras Thomas hablaba, las dudas de Paul adquirían nuevo rigor. Hablaron durante toda la noche de estío, hasta que alboreó. Cuando se separaron, lo hicieron como conjurados para la promoción de cualquier revolución que se evidenciase factible. Gradualmente, agruparon en torno a ellos una sociedad secreta de rebeldes conscientes. Los estudiantes de ciencia encontraron imposible la aceptación de la divinidad del sol y de la luna; los de historia no podían creer en la inferioridad de otras razas; en cuanto a los de psicología, se indignaron por la canibalística desviación del afecto paterno. A pesar de todas las precauciones empezaron a filtrarse desde los círculos de la corte historias acerca de la conducta poco divina del Inca. Pero Thomas ocultaba aún su juego.

Alentaba en secreto a sus discípulos más capaces en la misión de emprender investigaciones del tipo que el gobierno había proscrito hasta entonces bajo pena de muerte. El poder peruano había residido en los hongos letales del Cotopaxi, pero un joven y brillante físico descubrió una profilaxis contra la plaga. Varios de entre los conjurados de Thomas llegaron a ser gobernadores de remotas provincias. Estos puestos, como implicaban exiliarse del Perú, eran considerados desagradables, y confiados, en general, a jóvenes en el primer escalón de su carrera oficial. Estos hombres, muy cauta y secretamente, pusieron manos a la obra de terminar con la degradación que había sido la base de la política del Perú en sus proyecciones extranjeras. Paul, que continuaba siendo lugarteniente de Thomas, llegó a ser gobernador de la provincia de Kilimanjaro. Los montañeses de esta región, debido a las austeridades impuestas por la naturaleza, habían conservado el vigor y la intrepidez. Se ganó la confianza de los principales de entre ellos y les participó, por primera vez en muchos siglos, la esperanza de liberarse de un yugo indigno. Muchos de los conspiradores permanecieron en puestos claves del Perú, completamente insospechados por parte de sus superiores.

En fin, después de veinte años de cuidadosa preparación, Thomas juzgó que había llegado el momento para la acción abierta. El curso total por el que iban a discurrir los acontecimientos fue cuidadosamente estudiado. Thomas, que en aquella época era rector de la universidad, anunció para un día determinado una revelación sensacional. A todos sus adherentes, excepto a aquellos a quienes se les había asignado misiones especiales, se les pidió que asistiesen al lugar donde él hablaría. Igual que su padre en otro tiempo, Thomas subió al estrado, pero las palabras que fluyeron de su boca diferían grandemente de las de su padre. Confesó todas sus creencias y todo aquello en que ya no creía. Para asombro de los no complicados en el complot, sus más subversivos sentimientos recibieron calurosos aplausos. Hubo desconcierto y pánico, pero las autoridades, como se había previsto, consiguieron aprehenderle y fue condenado, como Diotima, a morir en medio de las llamas, en la fiesta de la Epifanía.

Lo que acaeció después de estos acontecimientos no era lo previsto por el gobierno. Uno de los científicos amigos de Thomas había descubierto el procedimiento de provocar lluvia artificial, y el diluvio hizo imposible encender las llamas en que debería perecer. Su amigo Paul, conociendo la hora exacta señalada para el suplicio, desplazó desde el cuartel general del gobierno de Kilimanjaro un enorme avión que viajó a velocidad supersónica hasta que llegó a las nubes de lluvia sobre Cuzco. Desde este punto, el avión despachó un helicóptero que descendió sobre la plaza del mercado y

arrebató a Thomas, el cual fue llevado a Kilimanjaro, dejando al populacho con la convicción inconvencible de haber asistido a un milagro. El gobierno se encontró paralizado por la defección de muchos de sus funcionarios. Cuando las autoridades de Cuzco conocieron la noticia de la rebelión de Kilimanjaro, imaginaron poder atajarla por medio de la plaga de hongos, pero cuando supieron que los habitantes de África eran inmunes a la plaga, se apoderó de ellos un gran terror que se trocó en consternación cuando hallaron que los científicos de Thomas habían descubierto la manera de producir la muerte radiactiva desde las estribaciones de la nueva montaña sagrada. Hacía tantos siglos que no habían tenido de qué temer que en la presente crisis su coraje se derrumbó, y cuando la flota de aviones de los emisarios de Thomas se cernió sobre ellos amenazando lanzar el polvo mortal que habían transportado, toda la aristocracia gobernante se rindió, bajo promesa de respeto para sus vidas. Kilimanjaro se convirtió en la sede del Gobierno. Thomas fue proclamado presidente del mundo, y Paul su primer ministro. Todos reconocieron que una nueva era había comenzado, poniendo término a la de Zahatopolk.

Tan pronto como su régimen se hubo establecido firmemente, Thomas se puso a trabajar para eliminar la degradación a que estaban sometidas las poblaciones no indias. Disminuyó las horas de trabajo físico, mantenidas en el límite de diez por los peruanos, no por motivos económicos, sino con el exclusivo fin de que el cansancio arrebatase a los trabajadores cualquier iniciativa. Utilizando el trabajo de su fiel equipo de científicos incrementó considerablemente las reservas alimenticias del mundo, y por su declaración de autorizar los medios anticonceptivos, contribuyó a que el aumento sirviese a la salud y al bienestar y no solamente a una más rápida multiplicación. Concedió una parte de poder político a los que tenían suficiente educación, y, en cuanto a ésta, fue propagada lo más activamente posible a todos los confines del mundo. En muchos de los países hasta aquí oprimidos se produjo una gran floración de la pintura, la poesía y la música. Las energías frustradas, que durante siglos habían permanecido latentes, se manifestaron en forma de vida lujuriente semejante a la conocida antes tan sólo en ciertos países, durante pocos pero maravillosos siglos. Enseñó que no hay dioses. Y aunque el populacho atribuía su huida a un milagro, él hizo cuanto pudo por persuadir al mundo de que los milagros son imposibles. No dejaba de haber quienes querían conferirle la posición ocupada previamente por Zahatopolk, pero él rehusó manifiestamente la proposición e hizo que esa tendencia fuese combatida en todas las escuelas. Bajo su régimen desaparecieron los sacerdotes y los aristócratas, así como las razas dirigentes y los esclavos.

CAPÍTULO VII

El futuro

Hasta aquí el relato de la gran revolución, dado por Paul, el amigo de Thomas, después de que el dilatado gobierno de este último fuese interrumpido por su muerte. Este relato de su vida y doctrinas ha constituido desde siempre el libro sagrado de la Era Kilimanjaro. Pero se ha descubierto paulatinamente que algunos pasajes de las doctrinas de Thomas se prestan a erróneas interpretaciones, y que la lectura general del libro de Paul puede resultar peligrosa. Éste no fue muy cuidadoso en cuanto a señalar cuándo se le debía interpretar literalmente, y cuándo sólo de modo simbólico. Ahora es un hecho universalmente reconocido que Thomas fue de hecho un dios, y Diotima una diosa. Sabemos que ambos participaron de humanidad durante un cierto tiempo, pero al sobrevenir su muerte terrenal recobraron la vida celestial, que habían interrumpido unos años para salvarnos. Cuando Thomas negó su naturaleza de dios, lo hacía en realidad en vista de su manifestación terrena, como ahora reconoce todo el mundo. Todo esto fue cuidadosamente explicado unos cinco siglos después de su muerte por el gran apologista Gregorius.

Durante un tiempo se permitió aún la circulación del libro de Paul, a condición de que los comentarios de Gregorius acompañasen el texto, pero incluso esto llegó a considerarse peligroso, y actualmente el libro, con los comentarios, sólo puede ser leído por los doctores licenciados. Y todavía así resulta peligroso. Nueva Zelanda posee una copia en la Universidad de Auckland. Esta copia fue últimamente devuelta a la universidad con una nota singular escrita en su página final. La nota decía:

«Yo, Tupia, de la tribu de Ngapuhi, morador de las estribaciones del Ruapehu, no estoy persuadido de la justicia de las glosas de Gregorius. Estoy convencido de que Thomas era más sabio que Gregorius, y quiso expresar literalmente todas las cosas que estos sacerdotes de mentalidad teológica encuentran turbadoras. Mi misión consistirá, si es posible, en retrotraer el mundo hacia aquel viejo conocimiento que su libertador se propuso extender.»

Son éstas palabras ominosas, cuyas consecuencias aparecen aún harto inciertas.



FE Y MONTAÑAS

CAPÍTULO PRIMERO

El delegado Nepalés en la Unesco estaba sorprendido y confuso. Era la primera vez que había abandonado la seguridad de sus glaciares y precipicios de su país natal para trasladarse a los turbadores peligros del Occidente. Habiendo llegado por vía aérea la tarde anterior, se había sentido demasiado cansado para observar algo de su contorno, y se había dormido pesadamente hasta que la siguiente mañana estuvo bien avanzada. Se asomó por una ventana a una calle llamada Piccadilly, según le informó el camarero que le llevó el desayuno. Pero el aspecto de la calle distaba de ser el que el cine le había llevado a anticipar. No había tráfico ordinario sino, por el contrario, una inmensa procesión de hombres y mujeres a pie, que enarbolaban banderas cuyas inscripciones resistieron las consultas que hizo a su libro de frases. Las inscripciones de las banderas se repetían con tan cortos intervalos que, al fin, las descifró todas. Expresaban cosas diversas que —se vio obligado a suponer— revelaban una significación moral. Las más corrientes eran: «¡Salud al molibdeno, hacedor de cuerpos sanos!» Otra que aparecía con gran frecuencia era: «¡Arriba el molibdeno!» Y una tercera, menos frecuente: «¡Larga vida a la sagrada Molly B. Dean!» Un grupo singularmente feroz portaba la siguiente inscripción en su bandera: «¡A muerte los infames imanes!» La procesión abarcaba una enorme extensión, y a intervalos como de un cuarto de milla había bandas de música y un coro que cantaba lo que parecía, sin duda, el himno de guerra de los manifestantes:

*El molibdeno, el mejor de los metales,
es bueno para todo:
cura enfermedades del pecho*

y hace crecer nuestros músculos.

Este himno era cantado con la tonadilla de «Hay un libro que puede leer quien se apresura», pero tal himno era desconocido por el delegado, por cuanto él había carecido de los beneficios de la educación cristiana.

Después de haber llegado a creer que la procesión no terminaría nunca, sobrevino un claro, y después apareció un sólido escuadrón de policía montada. A continuación, una nueva procesión, con banderas completamente diferentes, algunas de las cuales decían: «¡Gloria a Aurora Bohra!» Otras manifestaban: «¡Todo el poder para el polo Norte!», y otras todavía: «¡Por el magnetismo a la magnificencia!» Los manifestantes de esta segunda procesión entonaban también un himno, tan ininteligible para él como el himno de la primera procesión. Cantaban:

*Voy adelante
hacia el Norte
en mi carro de propulsión a chorro.*

*Desciendo en el Polo
para bien de mi espíritu,
y aprendo a considerar a Bohra muy superior a Harriet*

A cada momento sentía crecer su curiosidad, y al final se sintió desbordado por ésta. Se lanzó a la calle y se unió a la procesión. Con cortesía verdaderamente oriental se dirigió al vecino que andaba a su lado con las palabras:

—Señor, ¿querría dignarse tener la gran amabilidad de explicarme por qué esta musical multitud marcha hacia el Oeste con tan rítmica persistencia?

—Dios le bendiga —dijo el hombre al que se dirigió—. ¿Quiere decir que no sabe nada de los imanes? ¿De dónde puede usted proceder, pues?

—Señor —replicó el delegado—, debe usted perdonar mi ignorancia. Acabo de descender hace poco de los cielos, y he vivido hasta este momento en los Himalayas, en una región habitada exclusivamente por budistas y comunistas, los cuales son gentes apacibles y tranquilas, no muy dados a estos singulares peregrinajes.

—¡Dios me bendiga! —dijo su vecino—. En tal caso, llevaría más aliento del que yo puedo disponer para poner a usted al corriente de todo.

Entonces el delegado continuó marchando en silencio, esperando que el tiempo le ilustrara sobre aquellos acontecimientos.

Finalmente, la procesión llegó junto a un enorme edificio circular de nombre Albert Hall, según le informó un vecino. Parte de la procesión fue admitida al interior, pero la gran mayoría se vio obligada a permanecer fuera. En principio, al nepalés le fue negada la entrada, pero expuso su posición oficial como delegado y el interés profundo de su país por los fenómenos de la cultura occidental, y al fin le fue concedido un asiento bastante alejado, exactamente hacia la mitad de la plataforma.

Cuanto vio y oyó le pareció ilustrativo sobre las maneras y costumbres, creencias y hábitos de pensamiento concernientes a la extraña gente entre la que se hallaba. Pero había aún tanto que seguía siendo ininteligible para él, que tomó la determinación de entregarse a un serio trabajo de investigación y redactar un informe aclaratorio para conocimiento de los sabios himalayos.

El trabajo resultó oneroso, y pasaron doce meses hasta tanto lo consideró digno de los sabios ojos de quienes le habían enviado. Durante estos doce meses tuve la buena suerte de trabar amistad con él y de participar de sus conocimientos. El siguiente relato del gran debate y de los acontecimientos que le precedieron y siguieron, está basado en su informe. Sin sus esfuerzos, mi propio relato no habría podido ser tan exhaustivo ni

tan extraordinariamente preciso.

CAPÍTULO II

Las dos sectas a cuyo debate había asistido el delegado nepalés habían emergido después de un período de oscuridad y crecido con pasmosa rapidez, que casi todo el mundo, excepción hecha de los intelectuales, creía en una u otra de las dos agrupaciones. Se llamaban los Molibdenos y los Imanes del Norte, o simplemente los Imanes. Ambos tenían su principal oficina en Londres. Los negocios de los Molibdenos eran dirigidos por Zeruah Tomkins, y los de los Imanes por Manasseh Merrow. En los dos casos, la doctrina fundamental de la secta era simple.

Los Molibdenos creían que la estructura humana requiere, para un desarrollo integral en cuanto a fuerza y salud, una gran dosis de molibdeno en las dietas hasta entonces corrientes. Su texto favorito era: «El que come, come en el Señor. Y el que no come, no come en el Señor», pero luego cambiaron el orden de las palabras de la segunda mitad del texto, de manera que se leía así: «El que no come, en el Señor no come.» El que come, aclaraban ellos, quiere decir una persona que come molibdeno. El fundamento de esta posición está en una historia cuya veracidad no puedo garantizar. Grandes rebaños de corderos de una cierta comarca de Australia que se había secado, habían ido pereciendo lentamente porque sus escasos pastos, a diferencia de los de Europa y Asia, se hallaban totalmente desprovistos de molibdeno. Algunos bioquímicos y médicos —no los más eminentes de su profesión, probablemente— habían hecho declaraciones acerca de la importancia dietética del molibdeno, y tales afirmaciones fueron tomadas por los fieles en apoyo de su credo. Había habido una demanda considerable de este no muy común metal en la industria de armamentos, pero la disminución progresiva de la tensión entre los países había reducido esta demanda. Sin embargo, ahora, debido al crecimiento de los Molibdenos, la demanda del metal ya no dependía de la amenaza de guerra. Los Molibdenos se oponían a la guerra. Consideraban hermanos a todos los hombres, a excepción de los Imanes del Norte, y éstos deberían ser vencidos, no por la fuerza de las armas, sino por la pura luz de la verdad. Los Imanes del Norte hallaron el secreto de la felicidad humana en una dirección completamente diferente. «Todos somos —afirmaban— criaturas de la Tierra, y la Tierra es, como saben todos los niños de las escuelas, un gran imán. Todos debemos compartir, en mayor o menor grado, las propensiones magnéticas de nuestra sublime madre, pero, si no nos sometemos a su benéfica autoridad, acabaremos oscuros y confusos, por lo cual deberíamos dormir siempre con la cabeza en dirección al polo Norte magnético, y con los pies orientados hacia el polo Sur magnético. Los que duermen de acuerdo a tal prescripción, participarán gradualmente en los poderes magnéticos de la Tierra. Serán vigorosos, saludables y sabios.» Así creían, al menos, inmoviblemente, los Imanes del Norte.

En las dos sectas había un círculo interior y otro exterior. Los componentes del círculo interno eran llamados «adeptos», y los del exterior, «adherentes». Los miembros de los círculos internos y externos usaban distintivos por los cuales eran reconocidos. Los Molibdenos llevaban un anillo hecho de molibdeno, y los Imanes del Norte un broche en forma de imán. Los adeptos se dedicaban a la vida santa, consistente, en parte, en la observancia de los ritos y, en parte, en el trabajo de misiones. Las dos comunidades de adeptos eran saludables, felices y virtuosas. El alcohol y el tabaco les

estaban prohibidos. Se acostaban temprano: los Molibdenos, al objeto de que el salúfero molibdeno que habían consumido pudiese absorberse en el torrente de la sangre; y los Imanes del Norte, para que los magnéticos poderes de la Tierra operasen plenamente durante las horas de oscuridad. Los adeptos, mantenidos por su fe, se veían poco afligidos por las fricciones que desazonan a los que no están preparados de ese modo. Ciertamente, en los primeros tiempos habían tenidos sus dificultades. Insensatos fanáticos habían empujado a las doctrinas eminentemente sanas de ambas sectas más allá de los límites de la prudencia. Hubo en una ocasión, entre los Molibdenos, una fracción extrema que sostenía que la santidad podía medirse por la cantidad de molibdeno consumido cada día. Algunos llegaron tan lejos que su piel se hizo metálica y quedó patente que, por muy sublimes que fueran sus principios en materia de molibdeno, como en cualquier otra cosa, era imposible entregarse a excesos. Los ancianos, después de una reunión tormentosa, se vieron en la necesidad de disciplinar a los fanáticos. Pero, después de este penoso incidente, ningún otro conflicto similar volvió a surgir nunca.

Entre los Imanes se produjo una diferente desviación hacia el fanatismo. Hubo algunos que mantenían: «Si la virtud viene mientras yacemos echados en la dirección de las líneas de corrientes magnéticas de la Tierra, resulta claro que debemos permanecer siempre así, y que levantarnos de la cama significa disipar la virtud vivificadora que la Tierra confiere a aquéllos que la adoran realmente.» De acuerdo a su teoría, estos exaltados se quedaban en la cama las veinticuatro horas del día, originando no pocas molestias a sus familiares y amigos, menos entusiastas que ellos, evidentemente. Esta herejía, como la de los Molibdenos, fue reducida, aunque con dificultad, por la autoridad de los viejos, y se decretó que, excepto en épocas de mala salud, ningún Imán del Norte pasaría más de doce horas cada día en la cama.

Estas dificultades de ambas sectas pertenecían, sin embargo, a los primeros tiempos. En los últimos, el ardor misionero y el éxito rápido se combinaron con la salud y el vigor para llenar de alegría sus vidas. Únicamente una cuestión turbaba a los adeptos: los Molibdenos no podían comprender por qué la Providencia permitía el crecimiento de los Imanes del Norte, y éstos no acertaban a comprender por qué la Providencia permitía el crecimiento de los Molibdenos. Ambas sectas se consolaban considerando que debe haber misterio en todas partes, y que al limitado intelecto humano no le está permitido penetrar en los designios de la Providencia. Sin duda, en la plenitud de los tiempos, la verdad se impondría, y la secta que había proclamado a los cuatro vientos la verdad, acabaría por alcanzar universal aceptación. En el interregno, era misión de los adeptos propagar la luz por medio del ejemplo, el precepto y la incansable predicación en todo tiempo. En este sentido, y para los indiferentes, el éxito de los dos partidos era asombroso.

Al comienzo, las dos sectas habían tenido que afrontar el ridículo de que les cubrían los incrédulos. «¿Por qué molibdeno? —decían estos detractores—. ¿Por qué no estroncio? ¿O bario? ¿Cuál es la gloria especialísima de ese elemento?» Cuando los creyentes contestaban asegurando que era éste un misterio inteligible sólo para aquéllos que aún tenían fe, esa respuesta era recibida con burlas.

Los Imanes del Norte se vieron obligados a enfrentar dificultades similares: «¿Por qué no el polo Sur magnético?», decían los escépticos. Algunos, especialmente entre los habitantes del hemisferio meridional, llegaron incluso hasta a dormir con la cabeza en dirección al Sur y desafiaron a los Imanes del Norte a combates de lucha destinados a demostrar que el polo Sur magnético es tan vigorizador como el opuesto del Norte. Estos desafíos eran tratados por los Imanes del Norte con el desprecio que merecían. Replicaban que los fieles del régimen preconizado realizarían no sólo la salud física y la fuerza, sino también la armonía interior por saturación del magnético poder de la Tierra. Acaso en «meras» concreciones materiales algunos podían ser superados

por ciertos incrédulos, mas en cuanto a la perfecta armonía entre el cuerpo y el espíritu los verdaderos creyentes seguían detentando la supremacía. En lo tocante a la pretensión de que el polo Sur era tan bueno como el polo Norte, si eso fuese así, ¿cómo explicar que el Creador hubiese situado mucha más tierra en el Norte que en el Sur? Este argumento, aunque suscitó gran irritación en América del Sur, África del Sur y Australia, resultó en realidad incómodo de combatir. Solamente el firme fervor de los Molibdenos era impermeable a los argumentos de los Imanes del Norte.

Cada bando argüía, y con evidente justicia, que para enfrentar la fe en el error, sólo la fe en la verdad resultaba adecuada. La fría razón, por sí sola, no había conseguido nunca prevalecer contra el desbordante ardor de fanáticos alucinados. Mientras las dos sectas fueron recientes, algunos hombres de ciencia y algunos escritores satíricos habían tratado de oponerse a sus puntos de vista por la fuerza combinada de las estadísticas y el ridículo, pero se vieron impotentes para contener la marea popular, y en el tiempo presente sólo se oponían a ambas sectas algunos hombres a quienes una superior inteligencia (o que se juzgaban a sí mismos dueños de ella), había alejado de las masas de la humanidad. Los periódicos más caros, que tenían reducidas tiradas, continuaban siendo independientes o neutrales. Decían lo menos que podían acerca de las actividades de las dos sectas, y ello influyó en que personas de elevada educación no tuviesen conciencia de cuanto estaba sucediendo alrededor de ellas. En los primeros tiempos, los periódicos más baratos intentaron aplacar a los dos partidos, pero fracasaron. Cualquier palabra de elogio dirigida a los Imanes del Norte suscitaba la furia de los Molibdenos. Cualquier mención a los Molibdenos que no fuese peyorativa, hacía afirmar a los Imanes que no volverían a leer jamás periódico tan infame. Así, los periódicos populares se vieron obligados a tomar partido. *El Rayo Cotidiano* se inclinó por los Imanes del Norte, y *El Trueno Cotidiano* por los Molibdenos. Día tras día, cada uno de ellos retrataba del modo más sombrío la degradación moral e intelectual del partido opuesto y las cumbres casi increíbles de pureza, devoción y vigor alcanzadas por el partido defendido por el periódico. Bajo la influencia de la pericia periodística, el espíritu de partido creció cada vez más, la unidad nacional se perdió, y llegó incluso a temerse el desencadenamiento de una guerra civil.

Tampoco quedaba el problema confinado a Inglaterra, y, en verdad, sus más graves manifestaciones se reflejaban en una creciente tensión entre los Estados Unidos y Canadá, que se originó como consecuencia de causas que no hemos explicado aún.

CAPÍTULO III

La fundadora de los Molibdenos fue una cierta viuda americana, de mediana edad, llamada Molly B. Dean. Su esposo había sido un hombre muy rico, pero manso de espíritu, con esa mansedumbre heredada del cielo, de acuerdo con el Evangelio. Poseía, consecuencia de bienes heredados y también de hábiles inversiones, una gran parte de las tierras de Colorado. Su esposa, a quien legó su inmensa fortuna, era una de esas damas que han nacido evidentemente para ser viudas. Quienes desposan a tales damas no llegan nunca a edad avanzada. Y, como era debido, el señor Dean murió en lo mejor de su vida. No obstante, ella no pareció reconocer tal hecho como parte inevitable de su destino, puesto que en una ocasión, hablando sobre los méritos del molibdeno, se sintió llevada a confiar:

«¡Ah, si yo hubiese conocido en fecha más temprana los benéficos efectos del molibdeno, mi querido esposo Jehoshaphat podía estar aún a esta parte del gran velo!»

La señora Molly B. Dean, cuya religión y numen para los negocios no iban reñidos, como pudiera uno desear, descubrió, al examinar los negocios de su marido, después de la muerte de éste, que resultaba poseedora de las nueve décimas partes de las existencias de mineral de molibdeno del mundo. Le sorprendió la similitud del nombre de este elemento con su propio nombre. Tal similitud —quedó convencida de ello— no podía ser puro azar. Debía ser el trabajo de la Providencia. Debía ser misión gloriosa suya la de dar nombre a una nueva fe, más pura que ninguna otra de las anteriores y no menos ventajosa para ella misma.

A los adherentes de la nueva fe se les enseñaría a consumir molibdeno y deberían llamarse, de acuerdo con este nombre, Molibdenos. Los resultados del momento de pensamiento creador crecieron rápidamente y pronto pudieron sostenerse sobre las dos piernas de la fe religiosa y la habilidad para los negocios. Por temor a que una de ellas interfiriese el campo de la otra, fundó una compañía llamada Metales Amalgamados, sobre la que se reservó el control, aunque su nombre no apareció. A la vez logró inculcar sus creencias religiosas en la mente de Zeruah Tomkins, un hombre algo más joven que ella, que había obtenido gran éxito como predicador baptista, pero había caído en desgracia a consecuencia de un pequeño lapsus concerniente a la ortodoxia. La poderosa personalidad de la mujer le dominó completamente. El aceptaba cada una de sus palabras como revelación divina, y acabó galvanizado por un inmenso ardor hacia la regeneración de la humanidad a través del original evangelio de la fundadora. La capacidad organizadora de este hombre era tan grande como su celo, y ella le confió sin restricción alguna los intereses terrenos de la santa hermandad de los Molibdenos.

Los Imanes del Norte debían su origen, aunque ellos no tuvieran clara conciencia de este hecho, a un hombre importante llamado sir Magnus North. Sir Magnus era una figura prominente en la vida nacional de Canadá y el propietario de vastas extensiones de tierra en el despoblado Noroeste, en que él sostenía la existencia de grandes riquezas minerales. Decidió situar Noroeste «en el mapa», y para ello contrató a eminentes geofísicos a los cuales encomendó la misión de situar el polo Norte de manera más exacta que la vigente hasta ese mismo momento, y descubrió, como había esperado, que aquél se hallaba en el centro mismo de las tierras de que era

propietario. Descubrió también, o mejor, descubrieron los exploradores empleados por él, que en el polo Norte existe una montaña magnética y que, consecuencia de la acción volcánica, o resultado de la radiactividad, el suelo está caliente en los alrededores, la nieve no permanece y hay un lago que no se hiela en el invierno. Con estos datos a la vista, planeó una gran campaña. Ayudado por un profesor de antropología que había estudiado las creencias de los esquimales y de los indios del Norte, formuló los principios básicos del credo que se convirtió en el de los Imanes del Norte. Ahora bien: los hombres, como le fue advertido por los antropólogos y él mismo conocía por sus experiencias mercantiles, no están gobernados por la fría razón. Aunque para una mente racional los argumentos en favor del credo que se disponía a propagar debían parecer irresistibles, buscó y halló una llave de acceso al corazón de los hombres, que era a la vez más suave y más coactiva. Comprendió que no le correspondía el papel de misionero de la nueva secta. El misionero debía ser dinámico y místico al mismo tiempo, alguien capaz de pulsar las fibras más escondidas del corazón humano; alguien que pudiese introducir en los sentimientos de los hombres y las mujeres aquella extraña e inquieta paz que crea felicidad, mas no blanda inactividad.

La búsqueda de este fundador la confió a su antropólogo, que entrevistó a dirigentes de sectas en Los Angeles, Chicago y en todo lugar en que se buscaban ardorosamente nuevas creencias. Actuando a las órdenes de sir Magnus, no reveló su propósito. Finalmente, preparó una corta lista de tres y la sometió a sir Magnus para la decisión final. De los tres había uno que sir Magnus consideró sobresaliente. Era una mujer y había estado enardeciendo la ciudad de Winnipeg, de la que era oriunda, con la promesa de una gran revelación por venir, si bien nada había añadido sobre la naturaleza de tal revelación. Era una mujer de proporciones majestuosas: seis pies, cuatro pulgadas de estatura, y sus restantes proporciones a escala. Muchos de los que la contemplaban rememoraban la estatua de la Libertad, pero ella era todavía más augusta. Había únicamente algo en contra suya, su nombre, pues se llamaba Amelia Skeggs. Sir Magnus, al reflexionar sobre el futuro a que aspiraba, hallaba difícil imaginarse el mundo adherido a la skeggenidad o al skeggenismo. Recordó la suerte sufrida por los muggletonianos, que tenían todo en su favor excepto el desafortunado nombre de Muggleton. Esta dificultad le hizo vacilar durante cierto tiempo, pero al fin encontró una solución triunfadora. Cuando la hubo descubierto decidió que había llegado el momento de revelar a la majestuosa Amelia el gran destino que había planeado para ella.

—Señorita Skeggs —dijo—, conozco, por sus elocuentes prédicas, que tiene usted conciencia de un gran destino. La naturaleza la ha creado para dominar la humanidad, no sólo por su espléndida apariencia física, sino también por la grandeza del espíritu que la habita. Usted sabe que una misión le está destinada, aunque ignora por el momento cuál es esta misión. Me está reservado, como humilde emisario de la Providencia, la tarea de señalarle el camino hacia esa sobresaliente eminencia espiritual a que usted se sabe destinada.

Pasó a explicarle los principios que llegarían a ser los de los Imanes del Norte.

Mientras sir Magnus hablaba, ella se sintió inflamada de espiritual ardor y todas sus dudas se disiparon. Se hallaba ante el Evangelio que había esperado. Ésta era la gozosa verdad que convertiría al Canadá en la Tierra Santa y conduciría la fe universal en humildes peregrinaciones ante sus magnéticos altares.

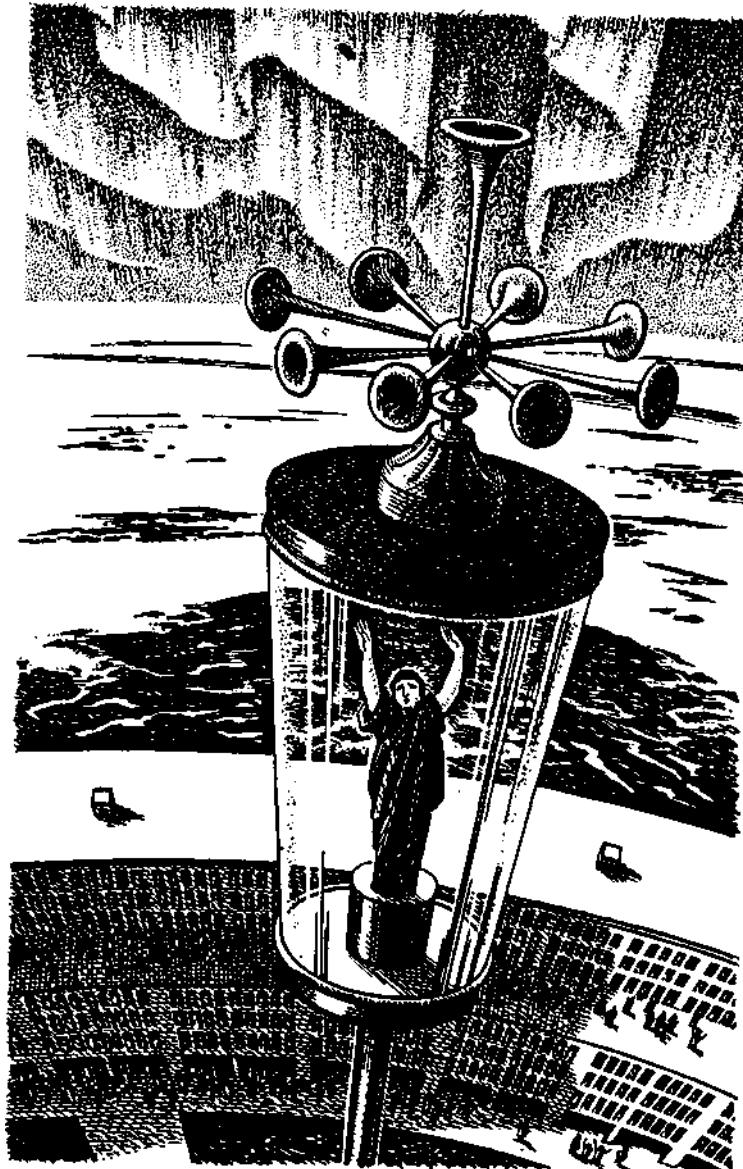
Sir Magnus debía dar un nuevo paso.

—Debe usted llevar en religión —le dijo— un nombre diferente al que ha tenido en el mundo, un nombre apropiado, cuyas simples sílabas reflejan ya su sagrada tarea. De ahora en adelante todas las naciones del mundo la conocerán por un nuevo y espléndido apelativo: SALVE AURORA BOHRA.

Ella se separó de sir Magnus embriagada, exaltada, llena de místico éxtasis y

altos propósitos. A partir de este momento la colaboración de ambos fue perfecta. Aunque actuando bajo sus instrucciones, ella mantenía en secreto la participación de sir Magnus.

En corto espacio de tiempo, Aurora Bohra fue conocida y aureolada por el éxito en amplios círculos. Tuvo la fortuna de contar con la asistencia de Manasseh Merrow, un hombre que, poseyendo gran habilidad organizadora, tenía siempre conciencia de su propia limitación, de su falta de esas cualidades espirituales que, de adolescente, había admirado en su madre, a quien veneraba. Esa deficiencia fue colmada en él por Aurora Bohra, por quien sentía una devota e indeclinable adoración. Si alguien le hubiese preguntado si la amaba, semejante blasfemia le habría ofendido. No era amor, sino adoración lo que sentía por ella. El hombre puso a su disposición su gran habilidad para los negocios prácticos, y, así, la dejó libre para la expresión del melifluido éxtasis, que era la base de su influencia sobre hombres y mujeres.



CAPÍTULO IV

Una de las primeras empresas a la que los Imanes del Norte debían su éxito, fue la creación de un gran sanatorio circular alrededor del polo Norte. Este sanatorio recibió el nombre de casa magnética. En este enorme edificio la cabecera de cada cama apuntaba exactamente hacia el polo Norte magnético, el cual se hallaba en el punto central del patio circular. Los pies de las camas apuntaban exactamente hacia el polo Sur magnético. Debido a su situación, los efectos curativos del magnetismo terrestre eran en este sanatorio mucho más grandes que en cualquier otro lugar. La mayoría de los adherentes aseguraban la salud física y mental siguiendo simplemente el régimen

establecido; pero otros seguían manifestando en los primeros meses de su adherencia huellas de la neurastenia que habían contraído en sus días de incredulidad. Tales espíritus inquietos, siempre que proveyesen los medios necesarios, eran transportados al sanatorio polar en lujosos aviones a propulsión. El sanatorio polar estaba provisto de todos los lujos, y aunque el tabaco y el alcohol estaban universalmente prohibidos desde el punto de vista de la fe religiosa, allí se permitían con fines curativos.

Uno de los primeros de estos neurasténicos visitantes, cuyo nombre era Jedidiah Jelliffe, había sido arrastrado al borde de la locura por una dama exquisitamente hermosa llamada Harriet Hemlock. El magnetismo de Aurora Bohra le curó completamente. Llevado de su gratitud él celebró su curación en un verso inmortal, que llegó a convertirse en el himno de marcha de los Imanes del Norte, el mismo que había asombrado los oídos del delegado nepalés.

En la ubicación misma del polo magnético, que se hallaba en el centro exacto del patio circular, había una percha o mástil en que flotaba casi siempre la bandera de los Imanes del Norte. El estandarte representaba la cabeza de Aurora Bohra, de la que irradiaba, en todas direcciones, la Aurora Boreal. Pero una vez por día, tras un período durante el cual los fieles estaban obligados a retirar su mirada, bajo amenaza de severas penas, la bandera era reemplazada por una especie de púlpito aéreo desde el que la majestuosa sacerdotisa, vestida con flotante vestido, dirigía su palabra de inspirada sabiduría. Sobre su cabeza había instalados nueve altavoces, ocho de ellos en posición horizontal, apuntando al norte, sur, este y oeste, nordeste, suroeste, sudeste y noroeste. Eran semejantes a trompetas de plata. Pero existía, además, otro altavoz, una trompeta de oro puro, señalando en dirección al cielo de manera que las palabras fuesen oídas tanto en los cielos como en la tierra.

Ella se hallaba de pie sobre un pedestal, invisible para los fieles situados abajo, muy por debajo de la estancia circular cuyas paredes eran del más transparente cristal, y giraba lentamente en torno al mástil metálico. Aurora agitaba los brazos al hablar, como esbozando un incipiente abrazo, y todo su cuerpo se ondulaba con lentitud, como obedeciendo las líneas de las corrientes magnéticas, a la vez que miraba con sus grandes ojos penetrantes y, sin embargo, contemplativos, que en ocasiones llameaban, o se velaban, según los casos. Su voz, algo totalmente diferente a cuanto los oyentes percibieran hasta entonces, combinaba la majestad del rumoroso trueno de la montaña con el insinuante arrullo de la paloma.

«Queridos hermanos y hermanas en magnetismo —solía decir—: es privilegio mío hablaros de nuevo acerca de nuestra sagrada fe, y transmitir, por medio del poder que me ha sido misteriosamente conferido, la fuerza y la paz de nuestra magnética madre Tierra. A través de mis venas fluye su fuego; en mis pensamientos anida su inefable calma. Ambos llegarán hasta vosotros, mis queridos oyentes, si bien posiblemente en menor grado. ¿Es vuestra vida angustiosa e inquieta? ¿Teméis que el ardiente afecto que antes recibíais de vuestro esposo o esposa haya disminuido? ¿No acompaña el éxito a vuestros negocios? ¿Os tratan vuestros vecinos con menos respeto que el que sin duda merecéis? No os inquietéis, queridos amigos. Los brazos de nuestra gran madre Tierra os envuelven. Vuestras aflicciones, permitidas por un instante, no lo son sino para probar vuestra fe. Arrojad vuestras preocupaciones, y dejad que la salud magnética penetre en vosotros. El amor, la fuerza y la alegría os pertenecerán como me pertenecen.»

Cuantos escuchaban resultaban afectados de diferentes modos. Los cansados se animaban; los irritables se sentían llenos de paz; los embargados por amargas preocupaciones empezaban a encontrarlas triviales, y, en la adoración a Aurora, se encontraban todos unidos en mutua armonía.

Los Molibdenos tenían también su palacio de recreo, situado en lo más alto del Acme Alp, en Colorado. Era ésta una montaña de unos diez mil pies de altura, cubierta

de nieve por espacio de ocho meses cada año, pero admirable los restantes cuatro meses, con prados alfombrados de gencianas y otras flores silvestres. Desde su cumbre se ofrecía una vasta perspectiva en todas las direcciones en que se extendían las montañas y valles, bosques y arroyos, y el rojo río Colorado, serpenteando en la lejanía a través de los obstáculos. No fue, sin embargo, la belleza de perspectiva solamente lo que hizo este lugar recomendable a Molly B. Dean. Poseía a sus ojos un mérito aún superior. Acme Alp estaba situado exactamente en el centro de la región de molibdeno, que constituía su dominio. El palacio recreativo de la cumbre era conocido en todos los confines como el sanatorio Acme. Debido a la verticalidad de las laderas, el sanatorio no podía ser alcanzado más que en helicóptero. Los visitantes llegaban en avión hasta Denver y allí eran transbordados a una de aquellas ingeniosas máquinas que, formando verdaderas flotas, estaban siempre a la espera de los huéspedes de aquel lujoso establecimiento.

Menos impresionante quizá que el sanatorio de los Imanes, el sanatorio Acme no era en modo alguno menos confortable. Los recién llegados se alarmaban un poco, en ocasiones, ante la insólita calidad del *menú*. Se encontraban con que en la primera comida les era ofrecido molydacio, mulligatawny, molyb polyb, carnero molibdenizado y merengues molyfluos, u otras variantes, pues Molly B. Dean tenía conciencia de que la monotonía debía ser cuidadosamente evitada en la dieta, y por tal razón ésta era ofrecida cada noche de modo diferente. Había gran diferencia entre las atmósferas creadas por Molly B. Dean y Aurora Bohra, respectivamente. Ésta última creía en los poderes místicos de la Tierra y alentaba una cierta pasiva receptividad como fuente de vigorosa acción subsiguiente. Por el contrario, Molly B. Dean era partidaria de hacer resaltar en cada individuo su propia energía, su propia fuerza de voluntad y el control sobre el destino propio. ¡Todo esto no debía realizarse por medio de la ayuda externa! En sus emotivos discursos radiados, que habían de ser obligatoriamente escuchados por los huéspedes antes de la cena, solía incitar a todo hombre y mujer —¡ah!, y a todo niño también— a extraer de sí aquel fundamento de resolución sobre el que, en último término, dependemos todos. Había ideado una técnica para el desarrollo de esos poderes.

«¿Sentís a veces —decía— cierta repugnancia por levantaros de la cama al llegar la mañana? ¡No cedáis a ella! Empezad vuestro día conscientes con un acto de voluntad. Montad vuestro caballo mecánico y, después de cinco minutos de duro ejercicio con ese saludable mecanismo, entregaos a ejercicios musculares, esta vez sin ayuda alguna. Tocad con las manos la extremidad de vuestros pies noventa veces, manteniendo las rodillas rígidas como una varilla. Después, ya no tendréis dificultad alguna en vuestro baño frío, aunque el agua se haya obtenido de nieve fundida. Completada vuestra higiene personal, bajaréis a tomar el desayuno comunal llenos de apetito y energía, dispuestos a cualquier evento que ofrezca la jornada. ¿Vuestra correspondencia está plagada de aburridas obligaciones? ¿Y qué? La hacéis frente con sólo una parte insignificante del poder de que habéis hecho acopio en vuestro régimen anterior al desayuno. ¿Que el valor de vuestras inversiones ha disminuido? Aquí toda preocupación es superflua, pues la claridad intelectual derivada de los ejercicios con el caballo mecánico os permitirá elegir sin dificultad, con juicio agudísimo, nuevas inversiones cuya futura prosperidad será incuestionable. Y si os asaltasen pecaminosos pensamientos, como muy bien puede suceder incluso en este santo palacio, o desearais permanecer en la cama un período de tiempo mayor, o un baño menos frígido, o se os ocurriese apetecer carnero no molibdenizado; si llegarais incluso, sin duda tentados por Satán, a albergar el espantoso pensamiento de que el estroncio pudiera ser igual al molibdeno, en todas y en cualquiera de esas terribles situaciones podéis hallar la salvación por medio de una simple regla: en primer lugar, recorred diez veces el patio del palacio, y abrid después al azar el sagrado volumen: *Molibdeno, tratamiento para*

desarreglos mórbidos. No importa por qué página abráis el volumen encontraréis un texto salutífero, y entonces seréis capaces, por vosotros mismos, de rechazar los hórridos pensamientos perturbadores de la corriente pura que representa vuestra límpida fuerza vital. Sobre todo, recordad esto: "No es en el pensamiento donde reside la salvación, sino en la acción, acción esforzada, acción salutífera, acción generadora de poder. Cuando las infamias de Satán amenacen descaminaros, no debéis volver hacia tortuosos pensamientos, sino hacia la acción. Y en cuanto a qué clase de acción, eso lo hallaréis en el sagrado volumen. ¡Acción! ¡Acción! ¡Acción! ¡Acción en el santo nombre del molibdeno!»

CAPÍTULO V

La gestión administrativa de los dos palacios recreativos fue confiada por Molly B. Dean y Aurora Bohra a las manos de sus correspondientes gerentes, el señor Tomkins y el señor Merrow. Cada uno de estos hombres comprendió que la secta que representaban estaba expuesta a la enemistad de la otra secta. Cada cual estaba persuadido de que la secta rival estaba compuesta de inescrupulosos bribones, que no se arredrarían ante nada con tal de arruinar a sus antagonistas. Por esta razón, ambos instalaron no sólo en las dependencias públicas, sino también en cada habitación, micrófonos que repetían lo que se suponía conversaciones privadas de los huéspedes. Ambos descubrieron que existían murmuradores, digamos incluso incipientes escépticos, que habían logrado ser admitidos a pesar de todas las precauciones del comité de recepción.

En Acme Alp, el centro de desafección fue localizado, por medio de hábil trabajo de los servicios secretos, en un tal señor Wagner. El señor Wagner le había parecido a la dirección exactamente el tipo de individuo para quien el sanatorio estaba destinado. La dirección comprendió que había sido un hombre de negocios eficiente, hasta que fue afligido por la indecisión. El señor Wagner empezó a decir:

«He estudiado el mérito de esto y aquello y he encontrado los argumentos respectivos de un peso exactamente igual. ¿Qué debo hacer en tales circunstancias?» Estaba el peligro de que en esta disposición de ánimo se disipase su fortuna. Había buscado su salvación en el molibdeno y aparentemente había esperado hallarla, pero, si bien su estado mejoraba, la cura permanecía incompleta, y se decidió que un periodo en Acme Alp resultaba indispensable. Dio su consentimiento con la debida sumisión a las autoridades, y dejando entonces sus intereses en manos de subordinados buscó la saludable atmósfera de aquella activa casa de descanso.

Mas su conversación ordinaria era de la clase que difícilmente puede obtener aprobación. Solía decir, dirigiéndose a cualquier relación accidental establecida después de la comida:

—¿Sabe?, es maravilloso lo que hace el molibdeno. Pero hay algunas cosas que me turban y para las cuales no encuentro respuesta en el Sagrado Volumen. Por el hecho de que el molibdeno está concentrado principalmente en Colorado, puede suponerse que los habitantes de esta comarca consumen más molibdeno que los que viven en otras partes de esta gran República, pero al examinar las estadísticas vitales no he encontrado diferencias sustanciales entre la salud de Colorado y la de los restantes Estados. Lo confieso: este hecho me desconcierta. Hay otra cosa que me deja en suspenso: solicité de un físico conocido mío que examinase minuciosamente el nivel de permanencia del molibdeno en el cuerpo de uno de nuestros adeptos que hubiese ingerido la cantidad de metal sagrado prescrito por nuestra reverenciada dirigente y en el organismo de un ciudadano corriente. Con gran asombro por mi parte aprendí que la cantidad de metal retenido en el cuerpo de un saludable Molibdeno no es mayor que la retenida en el cuerpo de un hombre cuya dieta es normal. Estoy seguro de que debe haber una respuesta a todas estas perplejidades, pero me gustaría saber cuál es. No deseo molestar al señor Tomkins, que es un hombre muy ocupado. ¿Puede usted sugerirme alguna manera de resolver mis dificultades?

Se descubrió que había conversaciones de este tipo con cierto número de personas en Acme Alp, pero en definitiva no se pudo probar nada contra él y, al fin, se decidió dictaminar su curación y enviarle de nuevo a su casa.

Una contrariedad semejante acaeció poco después en la casa magnética. Un cierto señor Thorney, que era, o se le suponía, viajero de tierras inexploradas, volvió de una expedición, o eso dijo él al menos, agotado por las penalidades que una serie de contratiempos habían atraído sobre él. Cansado y desanimado, buscó la fuerza generadora de vida ofrecida por los Imanes del Norte. Se hizo adherente, y los amigos que tenía entre los fieles esperaban que realizase rápidos progresos. Pero éstos se revelaron descorazonadoramente lentos, y aparecía incapaz de volver a experimentar el entusiasmo que le había impulsado a emprender sus viajes. Las autoridades decidieron que sólo una visita al polo magnético podría completar su cura. Sin embargo, allí, como en Acme Alp, habían sido instalados micrófonos por la sabia prudencia de quienes prevenían las maquinaciones de sus adversarios. Y se confirmó que, si bien las conversaciones del señor Thorney no podían condenarse como definitivamente heréticas, contenían, no obstante, una sutil tendencia a disminuir la firmeza en las creencias de quienes le escuchaban. Se sospechaba que no reverenciaba debidamente a Aurora Bohra, a quien el fiel nunca veía, excepto cuando se hallaba en el púlpito aéreo.

—¿Ha considerado usted alguna vez —solía decir a cualquier vecino— cómo es realmente la alta Aurora?

—No —solía contestar el vecino, con un tono ligeramente sorprendido—; y no estoy seguro de considerarlo correctamente.

—¡Oh, mire! —solía replicar—. Después de todo, ella es una mujer real de carne y hueso. Teniendo por mis viajes la práctica de observar, me tomé la libertad de calcular su peso con mi sextante. Calculados los pies, que me era imposible ver, llegué a la conclusión de que su estatura varía entre seis pies, tres pulgadas y media y seis pies cuatro pulgadas. Mis apreciaciones no pudieron ser más exactas debido a las propiedades refractoras del cristal a través del cual la vemos, pero pude asegurarme, más allá de toda duda, de que es una magnífica figura de mujer.

Era anómalo aludir en estos términos a la diosa tutelar, pero debe reconocerse, aunque sea penoso, que algunos se identificaron con el punto de vista de Thorney, y se sentían en adelante menos inclinados a atribuir poderes sobrenaturales a la noble dama. Donde hallaba terreno apropiado para la semilla de su irreverencia, Thorney iba más lejos aún. Decía:

—¿No sabe? Existe una circunstancia conocida por pocos hombres blancos, pero no por mí, que encuentro sumamente difícil de explicar, sobre la base de los principios magnéticos que todos hemos aceptado. En cierto lugar remoto del Tíbet hay un valle de extraordinaria angostura, casi un precipicio, que, según mis investigaciones, corre en dirección al polo Norte magnético. Aunque el valle es tan estrecho, hay quienes pasan el verano en él, porque contiene diamantes. Tienen que dormir con las cabezas hacia el norte, o bien hacia el sur. Algunos escogen el primero, otros el segundo. Cabía esperar que los que duermen con la cabeza en dirección norte fuesen superiores en todos los conceptos a los que duermen en dirección contraria, pero aunque estuve entre ellos una considerable temporada e hice investigaciones acerca de su pasado, no fui capaz de descubrir ninguna de las diferencias que nuestra fe nos obliga a postular. Sin duda existe para esto alguna respuesta concluyente, pero soy incapaz de imaginar cuál pueda ser. Si usted o cualquiera de sus amigos pueden resolver mis perplejidades, les estaré profundamente agradecido.

Tan pronto como los micrófonos revelaron su costumbre de plantear semejantes cuestiones a los demás visitantes del palacio circular, las autoridades decidieron que, aunque se trataba de un genuino investigador de la Verdad, la forma y métodos de investigación no eran de la clase que deben ser estimulados. Por esta razón se decretó su

curación prematuramente y fue enviado a casa con la recomendación de meditar en silencio, si de algún modo quería hacerlo, acerca de los curiosos problemas que había suscitado un tanto imprudentemente.

CAPÍTULO VI

A pesar de estas insignificantes dificultades, ambos movimientos prosperaron. Los imanes del Norte consiguieron el apoyo de todo el mundo en Escandinavia, a excepción de la *intelligentsia*, y esta región influyó sobre Islandia y Groenlandia, cuyos hombres de ciencia probaron de modo concluyente que, en el curso del tiempo, el polo magnético les pertenecería. En los Estados Unidos, por el contrario, florecieron los Molibdenos. El Estado de Utah, en que fueron descubiertas considerables reservas de molibdeno, abandonó solemnemente el *Libro del Mormón*, que fue sustituido por *Molibdeno, la cura de los desarreglos mórbidos*. Como recompensa, en cierto modo, por este acceso a la verdadera fe, Molly B. Dean decidió la incorporación de Utah a la Tierra Santa. Y en todo el mundo occidental los aturdidos jóvenes, que habían sido incapaces de inclinarse por el Kremlin o por el Vaticano como objetos de adoración, encontraron paz mental y emocional en uno u otro de los dos nuevos credos.

En cuanto a Inglaterra, donde las dos facciones se hallaban muy equilibradas, un conflicto agudo amenazaba más que en ninguna otra parte. Los concursos ya no suscitaban interés, los viejos equipos de fútbol fueron olvidados, y únicamente las grandes contiendas entre Molibdenos e Imanes atraían a las multitudes. No sólo en fútbol, sino en cualquier competición atlética, los Molibdenos e Imanes se enfrentaban con varia fortuna y sin superioridad decisiva de ninguno de los dos bandos. Se constató, con cierto disgusto, que las multitudes ya no poseían una naturaleza plácida, y que luchas estallaban entre adherentes irascibles de las doctrinas rivales. Al final se adoptó un sistema consistente en separar de los Molibdenos a los Imanes y situar a unos a la derecha y a la izquierda a otros. Aquéllos que confesaban ser neutrales eran vistos con desprecio y obligados a quedarse en casa.

Los más independientes intelectuales se hubiesen sentido encantados de hacer las paces con ambos partidos, pero esto fue imposible. A estos contemporizadores se les decía enérgicamente: «El que no está con nosotros, está contra nosotros.» La revista *The Tempora Supplementary Letters* publicó un penetrante artículo sobre los dos credos: «Debe admitirse —decía el artículo— que para el intelecto fríamente crítico hay dificultades en los dos evangelios, que están aportando nuevas esperanzas y nueva vida a nuestro agotado Occidente. Pero aquéllos que están imbuidos de las grandes tradiciones, los que han absorbido y digerido mensajes de los grandes pensadores, desde Platón hasta santo Tomás de Aquino, no rechazarán a la ligera los nuevos credos, aunque aparezcan imposibles, como le ocurrió a Tertuliano con la fe cristiana, el cual, a pesar de esa imposibilidad —quizás a causa de ella misma—, aceptó de todo corazón los nuevos principios que trascendían la razón. Toda persona de juicio recto, independientemente de las dificultades que le ofrezca la elección entre Molibdenos e Imanes, aprobará cuanto de común hay en ambos movimientos. No hace tanto tiempo todavía que una fría filosofía mecanicista dominaba el pensamiento de los maestros conocidos. Las fuentes de sabiduría que no derivan de la mera observación del hecho bruto, sino que manan del corazón humilde, abierto a la gracia del gran espíritu de la Verdad, constituyen la lozanía espiritual de los Molibdenos e Imanes conjuntamente. Se desvaneció la insolencia de los socialistas; la sombría certidumbre de los que ignoran las eternas verdades sobre las que descansa nuestro mundo occidental. En los

Molibdenos e Imanes, en su conjunto, hay tanto de lo que todo amante de la Verdad debe felicitar, que no podemos por menos que lamentar su separación y rivalidad. Creemos —y en esta creencia nos asisten otros muchos— que una amalgama es posible, la cual, una vez efectuada, daría a la fe en nuestros valores occidentales esa inmovible fuerza necesaria en las luchas decisivas contra el ateísmo oriental.»

Esta sesuda exposición alcanzó influyentes apoyos. El gobierno británico, desgarrado entre el amor a la Commonwealth y su dependencia de los Estados Unidos, observaba con la mayor alarma la creciente tensión entre el Canadá y la mitad occidental de los Estados Unidos. Tal tensión, de no suavizarse, podía anular del todo el trabajo de las Naciones Unidas, e incluso el de la OTAN. En Inglaterra el número de adheridos a cada partido era análogo. Ambos eran fuertes, pero debían descartar la idea de lograr la supremacía. El gobierno británico sondeó al señor Tomkins y al señor Merrow con propuestas para la celebración de una conferencia, acompañadas de serias sugerencias tendentes a establecer, por lo menos, un *modus vivendi* entre las dos sectas.

Los señores Tomkins y Merrow consultaron por un teléfono de larga distancia a las grandes sacerdotisas Molly B. Dean y Aurora Bohra. Esta última consultó secretamente con sir Magnus Norh. La consecuencia de las varias consultas realizadas fue la decisión de celebrar un gran mitin en el Albert Hall, en el que, en público debate, un cierto tipo de acuerdo sería sancionado. Al menos éste era el resultado que esperaba el gobierno. Pero los objetivos de los dos partidos eran diferentes. Tan firmemente persuadidos de su invencibilidad estaban ambos, que no dudaron un momento de la victoria en pública confrontación, y fue con este espíritu con el que aceptaron las propuestas del gobierno.

Quedó convenido que la gran reunión sería presidida por el profesor de Religiones Comparadas de la Universidad de Oxbridge. Este sabio y cortés universitario sabía todo acerca de la religión de los extintos tasmanos, las creencias de los hotentotes y el credo de los pigmeos. Por estas razones el gobierno le consideraba idóneo para acoger con afable impresión a los dos bandos: Molibdenos e Imanes. Pero por temor a que el profesor, más bien llevado por la urbanidad que por la energía, fracasase, le fueron asignados algunos cientos de membrudos ayudantes, cada uno de los cuales había sido cuidadosamente seleccionado para asegurar una imparcialidad total ante los dos partidos. Se echó a suertes para decidir qué partido estaría a la derecha y cuál a la izquierda. La derecha correspondió a los Imanes, la izquierda a los Molibdenos. Esta división fue respetada en el escenario y en el local y en todas las galerías, y un amplio pasaje se practicó entre ambos partidos, y, a lo largo de toda la reunión, los ayudantes neutrales circularon a través del pasaje, llevando órdenes estrictas para preservar la paz a toda costa.

Aurora Bohra y Molly B. Dean bajaron de sus montañas para inspirar a sus fieles en estos momentos cruciales. Cada una de ellas se hallaba sentada en un tronco, cerca del centro del escenario, separada tan sólo una de la otra por la anchura del pasaje. Molly B. Dean amaba a toda la humanidad, pero no amaba a Aurora Bohra. Ésta amaba a toda la humanidad, con excepción de Molly B. Dean. Después de estudiar a la asamblea, Molly B. Dean dirigió una venenosa mirada a Aurora Bohra, con sus ojos agudos, negros, hostiles; una mirada que hubiese hecho estremecerse a cualquiera con menos personalidad que Aurora Bohra, la cual, después de mirar al techo como en raptó, dejó vagar de aquí para allá sus grandes ojos, sobre la multitud reunida. En ocasiones, sus ojos parecían dirigirse hacia el trono opuesto, sin ver nada en esa dirección. Las miradas de medusa de Molly B. Dean no la afectaban; únicamente en la extática contemplación de la gran cúpula dejaba traslucir aquellas sublimes emociones que la habían convertido en quien era.

Los señores Tomkins y Merrow, cargados con brazadas de papeles, estaban en sus pupitres, aprestados con todos los hechos y con los argumentos mejor calculados

para abrumar al partido contrario.

Inmediatamente detrás de Zeruiah Tomkins se sentaba su hijo y presunto sucesor, Zachary. Éste había sido educado por su padre con las más cuidadosas miras de preservación de su ortodoxia. En ningún momento había dudado de los principios de los Molibdenos, ni imaginado otro destino que no fuera el de ayudar a su padre mientras éste viviera y continuar su labor una vez la muerte le llamara a regiones aún más felices. No obstante, y a pesar de una dieta adecuadamente sazónada con molibdeno, era un joven un tanto débil, cuyos pensamientos, en los ratos libres, se volvían más bien hacia la poesía que hacia la teología. Y aunque se daba por supuesto que el molibdeno confiere una vigorosa alegría física a sus devotos, él era víctima, para íntima vergüenza suya, de una visión del mundo un tanto melancólica. Consideraba *La oda al otoño*, de Keats, indebidamente alegre; y él mismo escribió una oda al otoño, que empezaba así:

*Las hojas otoñales,
las gavillas de cebada,
sugieren el mañana,
la nieve y el dolor.*

En ocasiones le hubiera gustado ponerse al trabajo y realizar la especie de digestiva alegría que constituía el ideal de su secta; pero, pese a todos sus esfuerzos, la melancolía y la languidez invadían su ser más profundo, siempre que podía escapar al ajeteo de la oficina de los Molibdenos.

Detrás de Manasseh Merrow, y exactamente enfrente de Zachary, se sentaba la hija del señor Merrow, Leah. Ésta, lo mismo que Zachary, había sido educada en la más estricta ortodoxia, y se suponía también que llegaría a suceder a su padre. Ahora, como en el caso de Zachary, encontraba dificultades para preservar el estado de conciencia propio de un adepto. Había, incluso, momentos en que no podía llegar a reverenciar a Aurora. El tiempo libre que le dejaba el trabajo en la oficina de su padre lo empleaba en tocar el piano. Mendelssohn era su favorito, pero en ocasiones llegaba hasta a tocar a Chopin. No obstante, su verdadera preferencia no estaba de parte de la música clásica, sino que se inclinaba más bien por viejas y románticas canciones, tales como *Gaily el trovador* y *La hija del alcalde de Islington*. No era precisamente una belleza, pero su expresión estaba matizada de cierta angustiada exaltación y sus ojos eran grandes y tristes.

Como era natural, Zachary y Leah, a lo largo del mitin, se hallaban más interesados en el partido opuesto que en el propio. Zachary dirigió una breve mirada sobre Aurora Bohra, pero su opulencia física le desagradó indeciblemente. Leah tropezó por un momento con la penetrante mirada de Molly B. Dean, y se sintió tan llena de terror, que suspiraba por esconderse. Cada uno de ellos, pasado este momento de alarma, se consolaron por la comprobación de una alarma igual al otro lado del pasaje. Sus ojos se encontraron. Ambos habían supuesto, hasta ese instante, que cuantos apoyaban la fracción adversaria eran viles y malvados. Ambos, al encontrar esos ojos asustados, experimentaron un sobresalto. «Sin duda alguna —pensó cada uno por su lado—, no hay nada infame en lo que esos ojos expresan. ¿Se habrá equivocado mi querido padre? ¿Es posible que los sentimientos que experimento puedan albergarse en el pecho de un oponente? ¿Es posible la existencia de una común humanidad que desborde esas diferencias?» Y al pensar así, ambos continuaban mirándose a los ojos fijamente.

Mientras tanto, proseguía el mitin, aunque, al principio, los dos jóvenes apenas tenían conciencia de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

El profesor se levantó para dirigir al congreso su discurso de apertura, el cual había preparado con el mayor cuidado. El primer ministro y él habían repasado cada

palabra, para eliminar el más ligero vislumbre de crítica o falta de neutralidad. Algo nerviosamente se aclaró la voz y empezó:

—Reverendas pitonisas; señoras y caballeros: Todos tenemos conciencia de que en esta vasta asamblea hay desacuerdo. («¡Escuchad, escuchad!», se oyó decir en todos los ámbitos del local); pero hay un punto en que, así creo y espero, estaremos todos de acuerdo: todos nosotros tenemos ansia de buscar la verdad y proclamarla una vez hallada.

A estas palabras, de ambos lados del *hall* surgieron exclamaciones estentóreas de: «¡No, no! ¡No en el otro lado!» El pobre profesor, algo desconcertado, suprimió varias frases melifluas y continuó:

—Bien, como quiera que sea, esto ha sido decidido por hombres cuya sabiduría me inspira un respeto profundo, que la división de nuestro gran país en dos facciones rivales ocasiona hoy, como ya lo hizo en tiempos de la guerra de las Rosas y volvió a ocasionar en las lamentables disensiones entre el rey, el parlamento del siglo XVII, el peligro de que, absorbidos por las luchas intestinas, perdamos de vista el peligro de allende los mares. A consecuencia de ese peligro, ha sido convocada esta asamblea, en la esperanza de que, sin que ello signifique disminución alguna de fervor, sin disminución alguna en la profundidad de las convicciones religiosas, puedan unirse los dos credos y forjar, con su unión, un arma de irresistible fuerza para repeler cualquier enemigo que pueda amenazar nuestra existencia nacional.

En este punto, le interrumpieron. De todas partes llegaban gritos de: «¡Eso es fácil! ¡Que los otros se unan a nosotros!» El profesor omitió nuevamente la lectura de varias páginas de su preparado discurso, a la vista del cariz de la reunión, para terminar rápidamente:

—No soy yo quien ha de decidir los acuerdos a que pueda llegarse —concluyó—. Eso les toca decidirlo a ustedes, puesto que vivimos en democracia. Tan sólo repetiré que la ocasión es oportuna y la responsabilidad que les incumbe grande. ¡Que Dios bendiga sus deliberaciones!

Ya desde las primeras palabras del mitin era evidente que el cariz del mismo se presentaba difícil. Se utilizó el procedimiento poco usual de hacer anunciar el orden del día por medio del delegado de la policía, en vez de hacerlo por medio del presidente. Con tono autoritario, muy diferente del empleado por el profesor, anunció que serían autorizados tres oradores por bando, y que el sorteo efectuado arrojando al aire una moneda había decidido que el debate sería abierto por un Molibdeno. También anunció que tenía acantonada una fuerte reserva de policía y que, al primer signo de desorden, el *hall* sería desalojado. Impresionada, la asamblea se calmó durante cierto tiempo, y escuchó los dos primeros discursos sin que se produjeran excesivas interrupciones.

Estos discursos fueron pronunciados por el señor Tomkins y el señor Merrow. Cada uno de ellos ensalzó los méritos y los éxitos de su propio movimiento, y evitó cuidadosamente referirse a los de su rival. Hubo toses y bostezos, y no pocos, vencidos por la opresiva atmósfera, se durmieron. Parecía que la reunión iba a terminar en medio del aburrimiento más completo. Pero había pólvora en reserva. Una vez sentado el señor Merrow, el señor Tomkins invitó al señor Thorney a dirigirse a la reunión. Desde las primeras palabras se evidenció que el señor Thorney no tenía la menor intención de disposición conciliatoria:

—Señoras y caballeros e Imanes del Norte —empezó—: soy el jefe de los Servicios Secretos Molibdenos. Conozco cosas que ustedes no conocen. Conozco la renta de sir Magnus North, así como la extensión de su propiedad en el territorio del Noroeste. Sé que cada mañana emplea muchas horas, no sé si en comercio lascivo o lucrativo, con la supuesta mujer santa, la señorita Bohra.

A estas palabras, y durante un momento, la asamblea se quedó completamente estupefacta. Los Imanes conocían al señor Thorney como amigo, y, en cuanto a los

Molibdenos, no acababan de comprender su nuevo rol. Mientras la asamblea permanecía aún en el más embarazoso silencio, el señor Wagner se puso en pie de un salto y vociferó:

—¡Han prestado oído a mentiras, pero yo les diré la verdad! ¿Qué conocen ustedes acerca de la Compañía Metales Amalgamados? ¿Qué saben de las fortunas de sus principales accionistas? ¿Y qué del papel del molibdeno en sus transacciones? Yo, como jefe del Servicio Secreto de los Imanes, puedo darles la asombrosa respuesta: la fortuna es inmensa, se basa sobre el molibdeno y su afortunada propietaria es la viuda Dean.

Al momento mismo de sentarse, ambos lados estaban galvanizados por el más elevado grado de furia. «¡Muerte a sir Magnus y vergüenza sobre su infame amante!», se gritaba desde un lado. «¡Abajo los insaciables plutócratas! ¡Al patíbulo la criminal Molly!», replicó el otro bando. Por un corto espacio de tiempo cooperaron en el esfuerzo para reducir la fuerza de vigilantes. Una vez conseguido esto, los santos rivales se mezclaron en salvaje pelea. La policía, que había conservado sus posiciones, despejó la sala con gases lacrimógenos. Con ojos llorosos y estruendosos estornudos, los desconcertados millares de asambleístas se derramaron sobre la calle. Reavivados por el aire puro reanudaron la refriega en grupos desorganizados, y se destrozaron la ropa, se cruzaron golpes, muchos fueron pateados en el suelo y se vociferaron numerosos insultos. Bien avanzada la noche, el tumulto continuaba todavía, hasta que, al fin, completamente extenuados, los santos combatientes se quedaron dormidos sobre el frío pavimento.

CAPÍTULO VII

Mientras todo esto sucedía, los personajes principales del escenario habían sido compelidos por la policía a utilizar una salida secreta. El presidente, consciente de que su misión había terminado, se mostró muy propicio a partir. El delegado nepalés, que había presentido la llegada del desastre, puso una mano en el hombro del profesor y le dijo:

—Yo cuidaré de usted.

Ambos fueron empujados a un automóvil de la policía.

—¡Oh! ¿Dónde iremos? —preguntó el profesor.

—A la embajada nepalesa —dijo su nuevo amigo.

Llegó allí cansado y desanimado, pero poco a poco reaccionó por la amabilidad que encontró, y cuando hubo tenido tiempo de reunir sus pensamientos, sucedió que le ofrecieron una plaza de profesor, de su propia disciplina, en la Universidad Himalaya, del Nepal, con tal que accediese a suscribir un documento en una lengua que le era desconocida. Lo hizo y estableció así sus credenciales, las cuales, como descubrió mucho tiempo después, consistían en la afirmación de que Tensing había sido el primero en escalar la cumbre del Everest. Tras esto, el avión le llevó a la sede de sus nuevas actividades académicas. Al cabo de diez años publicó su monumental trabajo: *Religión y superstición entre los aborígenes de Occidente*. Pero esta obra no ha aparecido en ninguna lengua europea.

Las dos sacerdotisas enfrentaron a la policía con un problema dificultoso, pues, olvidada de toda otra consideración, Molly B. Dean se había precipitado sobre el pasaje para iniciar un ataque frenético sobre la robusta Aurora. Logrando alcanzarla con las uñas, le practicó grandes y sangrientos arañazos en la cara, pero su rival le dio un empujón con la mano abierta y la envió directamente al suelo. Desde esa posición, Molly exclamó:

—¡Vieja ramera!

—¡Ladrona, marimacho! —replicó Aurora, con una voz estremecedora y muy diferente a la que estaban acostumbrados sus discípulos.

Algunos policías levantaron a Molly B. Dean, mientras otros diez, con las porras en la mano, empujaban a Aurora Bohra. Las colocaron en una furgoneta y allí, a través de una activa fila de policías, ellas continuaron gritándose sus insultos. Ambas fueron acusadas de atentado a la paz y confinadas durante la noche en celdas separadas, que invitaban a reflexiones que distaban de ser agradables.

El señor Tomkins y el señor Merrow, ninguno de los cuales había esperado la intempestiva intervención de sus agentes secretos, se retiraron con protección policíaca a sus respectivas oficinas. Allí, profundamente deprimidos, con la cabeza entre las manos, contemplaron la ruina de su labor de toda la vida. Aunque la abstinencia total, excepto en los palacios recreativos, constituía un rígido principio de ambas sectas, estos dos hombres abnegados fueron hallados en el suelo al día siguiente por las asistentas, yaciendo junto a una botella vacía cada uno de ellos.

En cuanto a Zachary y Leah, habían estado tan absorbidos en recíproca contemplación que no tuvieron conciencia de lo que sucedía a su alrededor hasta que la cuestión se hizo alarmante. Detrás de ellos, entre los neutrales, se hallaba sentado

Ananias Wagthorne, un funcionario del Ministerio de Cultura que había sido delegado para obtener datos por si alguna acción burocrática debiera ser emprendida. Era una persona amable y observadora, y había estado considerando la mutua contemplación en que se habían absorbido los jóvenes. En la confusión final que siguió tendió una mano a cada uno, y dijo:

—Permitid que os escolte hasta dejaros en lugar seguro.

Aunque algo embarazados por su proximidad, los jóvenes obedecieron, puesto que, además, cualquier otra resolución ofrecía dificultades. Ayudado por la policía, Ananias los sacó de aquel embrollo y los llevó a su piso, y allí los presentó a su esposa, que escuchó de manera muy comprensiva el relato de todo aquel monumental chasco. Su esposa era una mujer amable, llena de simpatía por los jóvenes.

—Creo que estos muchachos no deberían intentar ir a sus casas esta noche. Las calles están agitadas y nadie sabe lo que puede originar un furioso tumulto. Si el señor Zachary se contentase con el sofá del salón, la señorita Leah podría ocupar la habitación disponible, y ambos podrían quedarse aquí por esta noche.

Los dos aceptaron con agradecimiento y pronto; extremadamente cansados como estaban, se quedaron dormidos.

Como el gran mitin se había celebrado en sábado, el señor Wagthorne pudo permanecer en casa a la mañana siguiente y dedicarse a la labor de reconfortar a los jóvenes, procurando disminuir sus perplejidades. Ninguno de los dos sabía qué pensar acerca de las espeluznantes revelaciones que había oído. ¿Podía ser que la fe molibdena estuviese construida sobre fraudes financieros? El pensamiento de Zachary retrocedía estremecido ante esa espantosa posibilidad. ¿Era posible que la fe de los imanes no fuese sino un accidente en la carrera de sir Magnus hacia la riqueza y el poder? Esta sugestión de pesadilla parecía vaciar la vida de Leah de todo objeto. El señor Wagthorne, hallándolos desconsolados e inapetentes a la hora del desayuno, les hizo preguntas acerca de sus dudas. Ambos le preguntaron:

—¿Pueden ser ciertas estas cosas?

—Temo que sean demasiado ciertas —aclaró él—. Mis deberes oficiales han consistido en hacer investigaciones sobre las dos sectas. Por la Cámara de Comercio conozco ciertamente la extensión de los intereses de la señora Dean en la Compañía de Metales Amalgamados; y por la Administración de los Territorios del Oeste he descubierto las vastas áreas poseídas por sir Magnus, con sus posibilidades casi ilimitadas de riqueza mineral. La relación de sir Magnus con Aurora Bohra es conocida hace tiempo por la policía, que les ha vigilado. Vuestros padres, mis queridos jóvenes, estoy convencido, ignoraban totalmente las revelaciones hechas ayer en el mitin. Estoy seguro de que están honradamente y de todo corazón persuadidos de que las doctrinas que predicán son verdaderas y beneficiosas. Es posible que, cuando hayáis tenido tiempo de reflexionar, cada uno de vosotros coincidirá con su padre y continuará con sus creencias, pero creo más probable que percibáis lo que yo considero son los hechos de esta penosa situación, y aprenderéis a construir vuestras vidas sobre cimientos más firmes que hasta el presente.

—Pero ¿es posible —exclamaron ambos— que movimientos tan vastos, tan potentes, al mover el espíritu de la gente, no estén basados más que en el fraude y la locura?

—Más que posible. — Replicó. — Entre mis obligaciones cuentan las de estudiar la historia de tales movimientos, que han sido numerosos. Algunos florecieron brevemente, otros han durado durante siglos. Y no hay ningún género de relación entre la vitalidad y vida de un movimiento y el sentido común de sus fundamentos.

En este momento, tomó de las estanterías un gran volumen titulado *Diccionario de sectas, herejías, partidos eclesiásticos y escuelas de pensamiento religioso*.

—No creáis —dijo— que tenéis alguna razón de que avergonzaros, o que os

diferenciáis del resto de la humanidad en la capacidad de creer en lo que posteriormente aparece como absurdo. En este volumen se recuerdan insensateces semejantes en el transcurso de los últimos dos mil años, y un pequeño estudio os convencerá de que, en comparación con muchos otros, vuestros credos han tenido sensibilidad y moderación. Vuestras respectivas herejías empiezan con la letra M.¹ Veamos qué nos dice este libro en esta letra. Permitid que os recomiende el estudio de las doctrinas de Macario. Os aseguro que son dignas de atención, así como las de los Majorinianos, los Malakanes, los Marcellinianos, los Marcosianos, los Masbothianos, los Melquisidorianos, los Metangismonitanos, los Morelstschiki y los Muggletonianos. Por ejemplo, tomáis los Marcosianos, que siguieron a Marcos el Mago, un perfecto adepto de las imposturas mágicas, que unía las bufonerías de Anaxilao a los artificios de la magia, y con tales artes seducía a las mujeres de los diáconos y justificaba las licencias más desorbitadas por la doctrina de «haber alcanzado una altura sobre todo poder», lo cual le autorizaba a actuar en todos los sentidos como le placía. También podéis dar gracias de que nada de lo vuestro tiene parecido alguno con lo mantenido por esta secta de los Morelstschiki, «cuya costumbre consistía en reunirse cierto día del año en un lugar retirado y habiendo excavado un pozo profundo procedían a llenarlo de leña, paja y otros combustibles, mientras cantaban fantásticos himnos relacionados con la ceremonia. Después, el fuego era aplicado al combustible apilado, y numerosos individuos iban saltando a las llamas estimulados por los himnos triunfantes de quienes les rodeaban, con objeto de hacerse acreedores a un supuesto martirologio, por medio de esos actos suicidas». No, queridos y jóvenes amigos, no os atormentéis considerando que habéis vivido en la locura, pues la locura es natural en el hombre. Consideramos que la diferencia que nos separa del mono estriba en nuestra facultad de pensar, pero no recordamos que ésta equivale a la de andar en un niño de un año. Verdad que pensamos, pero pensamos de tan deficiente manera, que muchas veces considero preferible que no fuésemos capaces de hacerlo. Pero ahora tengo que atender con urgencia a ciertas cosas, de manera que os dejaré solos por el momento.

Encontrándose, pues, *tête-a-tête*, guardaron al principio un embarazoso silencio, que rompió Zachary al decir:

—No sé discernir aún lo que he de pensar sobre lo oído ayer y sobre lo que nos ha dicho nuestro amigo, pero hay algo de lo que estoy seguro y es de lo siguiente: Cuando miré al otro lado del pasaje y vi la pureza cristalina y la noble claridad que brillaba en sus ojos, ya no pude seguir creyendo que todos los Imanes del Norte eran seres degradados.

—¡Oh, señor Tomkins! —replicó la muchacha—. ¡Qué contenta estoy que haya dicho esas palabras, y... y... yo... sentí lo mismo acerca de los Molibdenos!

—¡Oh, señorita Mellow! —replicó él—, ¿puede ser que algo se haya salvado de entre tantas ruinas? Arrastrados a la soledad, separados por la duda y la desesperación de anteriores compañeros y esperanzas, ¿es posible que nos hayamos encontrado el uno al otro, en esta noche de aparente soledad?

—Creo que es posible, señor Tomkins —dijo ella.

Con estas palabras cayeron el uno en brazos del otro. Durante un corto espacio de tiempo olvidaron sus penas en el común éxtasis, pero después Leah suspiró y dijo:

—Pero, ¿qué vamos a hacer, Zachary? ¿Podemos romper el corazón de nuestros padres? Aunque, ¿cómo podemos hacerlo de otro modo? ¿Sería posible que nos casáramos y continuásemos manteniendo nuestros anteriores principios?

—No —replicó él—. Eso sería imposible. Debemos confesar a nuestros padres la pérdida de nuestra fe, no importa el dolor que podamos causarles. Querida Leah, tú y yo, y de ahora en adelante, debemos ser uno solo en el pensamiento, la palabra y la

¹ Imán es *magnet*, en inglés. (*N. de t*)

acción, y esto resultará imposible si continuamos adscritos a diferente confesión.

Con el corazón lleno de preocupación resolvieron enfrentarse a sus padres, y fortalecidos por el nuevo fuego de su amor, ninguno de ellos flaqueó ante la ruda prueba.

CAPÍTULO VIII

Tras mantener una conversación posterior, Zachary y Leah decidieron posponer hasta el día siguiente la confrontación con sus respectivos padres, tanto más cuanto que los Wagthorne les habían pedido amablemente que permanecieran con ellos otra noche. Después del almuerzo se marcharon a pasear a los jardines de Kensington, y no habiendo conocido hasta aquel instante otra cosa que el trabajo semanal en la oficina y los gigantescos mítines dominicales, los jóvenes se vieron conmovidos por la belleza de la naturaleza silvestre y gozaron emociones que otros sólo encuentran en los Alpes o en las cataratas Victoria.

—Empiezo a pensar —dijo Zachary mientras alegraba los ojos contemplando un macizo de tulipanes de múltiples colores— que hemos vivido aquí con preocupaciones demasiado limitadas. Estos tulipanes, estoy seguro, nada deben al molibdeno.

—¡Qué alentadoras resultan sus palabras de sabiduría! —replicó Leah—. Estoy persuadida de que tampoco el magnetismo ha hecho nada para producir esta agreste belleza.

Convinieron en que sus mentes y sus corazones se iban ensanchando a cada instante que pasaba del momento en que habían escapado de las ligaduras del dogma. Habían sido compelidos a venerar las cosas materiales y ninguno se había mostrado sobresaliente en el menester. Se les había inducido a despreciar todo lo delicado y sutil, todo lo frágil y evanescente. Zachary, con íntimo rubor, había saboreado antologías de poetas, mas con el sentimiento de un oculto morfinómano al tomar sus dosis subrepticias. En cuanto a ella, prefería los momentos en que su padre estaba ausente, para dedicar al piano horas distraídas a sus ocupaciones. Afortunadamente, su padre no tenía oído para la música, y en una ocasión en que la sorprendió al piano pudo persuadirle de que se hallaba estudiando el libro de himnos magnéticos. Ahora, por fin, sabían que ya no tenían que sentirse avergonzados por sus gustos.

Sin embargo, no dejaban de sentir temores, tanto en lo que se refería al mundo como a ellos mismos.

—¿Piensa usted —le preguntó ella con cierta vacilación— que es posible ser buenos sin la ayuda de una fe? He vivido hasta este momento una vida intachable. Jamás he proferido una palabra mala ni he probado el alcohol. Nunca he sufrido la mancilla pulmonar del tabaco. Nunca he dormido con la cabeza en otra posición que apuntando al polo magnético. Nunca he ido a la cama demasiado tarde ni me he levantado después de la hora prescrita. Y entre mis amigos he hallado igual devoción por el deber. ¿Me será posible seguir viviendo de igual modo cuando ya no sienta que todas mis acciones, todo mi aliento es un servicio de devoción y homenaje a la tierra, el gran imán?

—¡Ay, que la misma perplejidad turba mi conciencia! Temo que pueda llegar a tocar la punta de mis pies menos de noventa y nueve veces cada mañana, e incluso a aceptar la tentación de un baño templado. Ya no puedo considerar como hecho cierto que el consumo de tabaco y alcohol conduzca al infierno. Pero ¿qué será de nosotros, con tales dudas? ¿No llegaremos, por la senda del placer, hasta la degradación moral y la ruina física? ¿Qué freno podría preservarnos a nuestros correligionarios, de un descenso gradual hacia la embriaguez, el libertinaje y el desastre? ¿Qué diremos cuando

al enfrentar a nuestros padres arguyan éstos, como no dejarán de argüir, que credos como los suyos, verdaderos o falsos, son necesarios para preservar a la humanidad? No veo todavía el camino que pueda llevarme a una respuesta clara. No obstante, esperemos, que la cólera paterna nos inspirará cuando llegue el momento.

—Así lo espero —dijo ella—; pero confieso mis temores, porque incluso cuando nos fortalecía el dogma, ninguno de nosotros estaba totalmente exento de pecado. Usted con sus poetas y yo con mi piano, éramos culpables de impostura. Si aún pecábamos en el pasado, ¿qué llegará a ser de nosotros ahora?

Oprimidos por este solemne pensamiento, volvieron gravemente y en silencio a tomar el té a casa de los Wagthorne.

Cuando llegó la mañana del lunes se fueron a buscar a sus respectivos padres, dispuestos a tener con ellos las explicaciones que fuesen necesarias, y a buscar el mayor grado de conciliación posible. Zachary encontró a su padre en la oficina rodeado de una enorme confusión. Sobre su mesa de despacho se apilaban las cartas de dimisión, y los artículos destructores publicados en periódicos hasta entonces amigos eran presagios de ruina. Después de un domingo dedicado a la recuperación, la mayor parte de los que habían combatido entre sí como devotos de esta secta o la otra llegaron a la conclusión de que ambas debían ser igualmente repudiadas. Durante la noche del sábado, la mitad de los combatientes habían respaldado al señor Tomkins, y la otra mitad al señor Merrow. En este momento, aunque no era la hora del día indicada para un motín, los pocos que entraban en las oficinas demostraban idéntica hostilidad hacia ambos, y sólo quedaba una considerable fuerza de policía para proteger a los que habían permanecido fieles, de la hostilidad unánime de quienes sentían que habían sido engañados.

Aunque el señor Tomkins conservaba su fe, era incapaz de comprender los designios de la Providencia al permitir lo ocurrido. Cuando vio a Zachary, un fulgor de renaciente esperanza apareció por un momento en su expresión.

—¡Ah, querido hijo mío! —dijo—. ¡A qué género de tribulaciones estamos expuestos los buenos! Pero tú, a quien yo desde la más tierna infancia he educado en la verdadera fe; tú, cuya vida intachable e inmovibles creencias han contado entre las mayores alegrías de mi ardua existencia; tú, seguro estoy de ello, no me abandonarás en esta hora difícil. Ya no soy joven, y reconstruir de nuevo desde sus primeros fundamentos esa gran Iglesia que tan cerca ha llegado del triunfo final, puede ser tarea superior al poder de mis años en declive. Mas tú, con el fresco vigor de la juventud, con el ardor impetuoso de quien jamás ha tenido que combatir la duda o la incertidumbre, tú, lo siento así, reconstruirás el arruinado edificio y lo harás más puro, más espléndido, más resplandeciente que el destruido por la feroz acción del sábado.

Zachary estaba profundamente conmovido y sus ojos se llenaron de lágrimas. Deseaba de todo corazón dar la respuesta que su padre ansiaba oír, pero no pudo.

Algo todavía más afectivo que las dudas intelectuales en cuanto a los beneficios fisiológicos del molibdeno le impidió asentir. El recuerdo de Leah hacía imposible el sometimiento a su padre. Este nunca consentiría en una unión con un Imán del Norte. Zachary comprendió que debía hablar, cualquiera que fuese el dolor de su padre.

—Padre —dijo—. Por mucho que sienta tu dolor, no puedo hacer lo que deseas. He perdido mi fe. Se nos asegura que el molibdeno cura las enfermedades del pulmón, pero tú debes haber sabido, o sospechado al menos, que yo sufro de tuberculosis pulmonar. Se nos dice que el molibdeno fortalece los músculos, pero cualquier ganapán sin dios de los arrabales puede vencerme luchando. Acaso para estas cosas pudiera encontrarse una explicación, pero lo más difícil es que amo a Leah Merrow...

—¡Leah Merrow! —dijo su padre tragando saliva.

—Sí, Leah Merrow, y ella ha accedido a ser mi esposa. Tampoco ella puede continuar creyendo en la fe en que ha sido educada. Ella, lo mismo que yo, está dispuesta a aceptar los hechos más penosos, aunque contribuyan a destrozarse un mundo

de entrañables creencias. Ni tu obra, ni la del señor Merrow, pueden continuar inspirando nuestras vidas. Deseamos vivir liberados de dogmas, libres para aceptar no importa qué que provenga de los hechos, con mentes abiertas a los vientos del cielo, no envueltas en la lana o algodón de un cómodo sistema.

—¡Oh Zachary! —contestó su padre—. ¡Atormentas mi corazón! ¡Remueves el puñal en la espantosa herida! ¿No basta con que el mundo se haya vuelto contra mí? ¿Tiene que unirse mi hijo a mis enemigos? ¡Oh, temible día! Y no es sólo a mí, sino al mundo entero a quien arruinarás por tu veleidad sin corazón. ¿Qué sabes tú de la naturaleza humana? ¿Cómo puedes calcular las salvajes y anárquicas fuerzas que liberarán tus «libres vientos del cielo»? ¿Qué crees tú que retiene a los hombres de asesinar, del instinto incendiario, del pillaje y del libertinaje? ¿Imaginas que las débiles fuerzas de la razón pueden acometer esta gran tarea? Por desgracia, al abrigo de una vida sin aristas, no has podido llegar a conocer el lado más oscuro de la naturaleza humana. Tú has creído que la amabilidad y la bondad crecen naturalmente en el corazón del hombre. No has comprendido que son excrecencias antinaturales de creencias antinaturales. Y estas creencias son las que he tratado de inculcar. Y en esta hora sombría puedo aceptar que los Imanes del Norte se han entregado también a esta tarea. Sigo creyendo todavía que nuestro credo es tan superior al de ellos, como superior es el sol de mediodía al último destello del crepúsculo. Pero lo que tú ofreces no es el crepúsculo, sino la negra impenetrable oscuridad. Y qué oscuridad la de los actos factibles en la noche, ¿verdad? Si éste ha de ser tu trabajo, entre tú y yo se levantará una enemistad más profunda y más implacable que la que me ha separado de los Imanes del Norte.

Zachary reaccionó ante estas palabras de modo totalmente diferente al esperado por su padre.

—¡No! —dijo—. ¡No! La humanidad no debe ser salvada por la falsedad organizada. ¿Qué estabas construyendo realmente mientras imaginabas construir la virtud? ¡La fortuna de Molly B. Dean! Imaginabas que era mujer santa. Mas, ¿era santidad lo que la inspiraba cuando arañó el rostro de Aurora Bohra? ¿Santidad lo que la indujo a disimular sus intereses financieros en el anonimato de la Compañía de Metales Amalgamados? Y abordando un tema más próximo a nosotros, ¿no ves que estaban sacrificando mi vida a tu credulidad? ¿Y tienes consciencia de que han rechazado el tratamiento que reclamaba mi salud, simplemente porque no es el que prescribe tu secta? ¿No puedes comprender que mi caso es tan sólo un ejemplo de los males que los hombres pueden sufrir cuando sustituyen los hechos por el dogma? No quiero creer que la naturaleza humana sea tan mala como tú afirmas. Pero aunque verdaderamente tengas razón en éstos, ningún sistema de disciplina impuesta sanará el mal, porque los que se reservan el derecho de imponer la disciplina actuarán inspirados por sus propias malas pasiones y encontrarán algún procedimiento indirecto para infligir los tormentos deseados por su maldad. No; lo que tú deseas es sistematizar el mal, y el mal reducido a sistema es más temible que cualquier cosa que pueda ser producida por la incoercible pasión anárquica. Adiós, padre. Mi amor y mi simpatía están contigo, pero no mi esfuerzo, de ahora en adelante.

Con estas palabras, se separaron.

La entrevista de Leah con su padre siguió un curso similar, y llegó a una conclusión similar. El señor Tomkins y el señor Merrow intentaron continuar el viejo laborar, pero el veleidoso viento de la moda había desertado de ellos y sólo unos pocos permanecieron fieles. Los señores Tomkins y Merrow se vieron obligados a abandonar sus palacios-oficinas, que la señora Dean y sir Magnus no consideraron ya oportuno seguir financiando. Los dos hombres, habiendo llegado a depender de los ofrecimientos de los pocos fieles que quedaron, se hundieron en la pobreza.

En cuanto a sir Magnus y Molly B. Dean, aunque sufrieron ambas pérdidas cuantiosas, siguieron siendo ricos, y finalmente recuperaron con creces sus pérdidas asociando sus intereses. Consecuencia de este hecho fue que la fricción entre los Estados Unidos y Canadá cesó, y los gobiernos se regocijaron ante la unificación de su empresa. Aurora Bohra, que no podía creer que su éxito se debiera al dinero de sir Magnus, permaneció al frente del sanatorio y siguió acogiendo como anteriormente a los pocos huéspedes que aún llegaban. Pero de manera gradual, el lugar se fue quedando desierto y los escasos fieles observaron un decaimiento de sus poderes. Los más fanáticos de entre los adheridos que continuaban, atribuyeron su declive a la influencia maligna del molibdeno, y empezaron a considerarla sospechosa de apostasía; pero, ¡ay!, que la evidencia de una explicación más sencilla se impuso poco a poco de manera abrumadora. Aurora se entregó en primer lugar a los excesos alcohólicos, y posteriormente se hundió en los tristes dominios del hachís. Finalmente, fue necesario llevarla, rabiosa y maniática, a un manicomio, donde permaneció el resto de sus días.

Zachary y Leah, que habían estado siempre a cubierto de la necesidad y dado por seguro que seguirían el camino de sus padres en sus cómodos y bien remunerados empleos, se encontraron en la urgente necesidad de algún medio de subsistencia. Zachary, que impresionó al señor Wagthorne por su capacidad para asimilar un punto de vista totalmente nuevo y había adquirido amplios conocimientos en el curso de sus subrepticias lecturas, encontró un empleo subalterno en el Ministerio de Cultura, por recomendación del señor Wagthorne. Zachary y Leah se casaron y fueron ayudados por la señora Wagthorne para establecerse en un pequeño piso. Absorbida en sus quehaceres domésticos y en su amor a Zachary, Leah no encontraba tiempo para pensar ni para considerar ciertos hechos concretos. Zacarías encontró mucho más difícil la adaptación. Con anterioridad, las decisiones habían sido fáciles, ahora eran difíciles. ¿Debería hacer esto o aquello? Se halló cercado por las vacilaciones y sin un norte hacia el que encaminar sus pasos. Adquirió la costumbre de pasar sus domingos haciendo largos y solitarios paseos.

Una mañana de invierno en que regresaba cansado, bajo la llovizna y la niebla, se halló al exterior de un pequeño tabernáculo donde un reducido grupo de Molibdenos se entregaban aún a prácticas devotas, mientras, acompañados por el órgano, cantaban la bien conocida letrilla:

*El molibdeno es el mejor de los metales;
es bueno para altos y bajos:
cura las enfermedades del pecho
y hace crecer nuestros músculos.*

Zacarías suspiró y dijo para sí mismo: «Ojalá pudiese volver a las viejas sublimidades! ¡Ah, qué dura es la vida de la razón!»